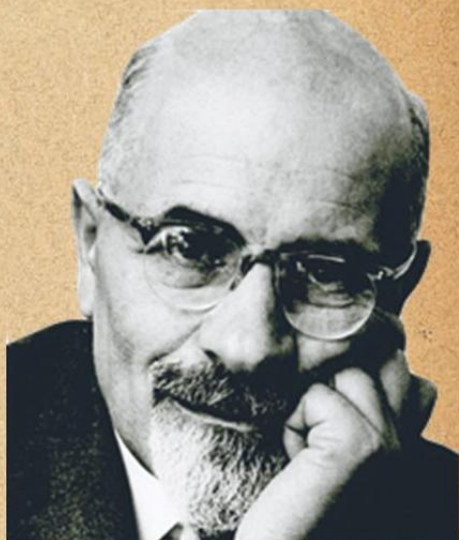


*Isaak Deutscher*



**LA REVOLUCION  
INCONCLUSA  
RUSIA  
1917-1967**

1967

Fondo documental

**EHK**

Dokumentu fondoa

**Euskal Herriko Komunistak**

ISAAC DEUTSCHER

# La revolución inconclusa

## RUSIA 1917-1967

Nota sobre la conversión  
a libro digital para su estudio.  
En el lateral de la izquierda aparecerán  
los números de las páginas que  
se corresponde con las del libro original  
El corte de página no es exacto,  
porque no hemos querido cortar  
ni palabras ni frases,  
es simplemente una referencia.  
<http://www.abertzalekomunista.net>

Traducido del inglés con IA

Las conferencias George Macaulay Trevelyan pronunciadas en la Universidad de  
Cambridge en enero-marzo de 1967

Nueva York OXFORD UNIVERSITY PRESS 1967

## Contenido

3	I	La perspectiva histórica,
21	II	Rupturas en la continuidad revolucionaria,
41	II	La estructura social,
61	IV	El estancamiento en la lucha de clases,
79	V	La Unión Soviética y la revolución china,
97	VI	Conclusiones y perspectivas,

## I. Perspectiva histórica

¿Cuál es el significado de la revolución rusa para nuestra generación y nuestra época? ¿Ha colmado la revolución las esperanzas que despertó o ha fracasado en el intento? Es natural que estas preguntas se planteen de nuevo ahora que ha transcurrido medio siglo desde la caída del zarismo y el establecimiento del primer gobierno soviético. La distancia que nos separa de estos acontecimientos parece lo suficientemente larga como para ofrecer una perspectiva histórica. Aun así, puede que la distancia sea demasiado corta. Ésta, ha sido la época más concurrida y cataclísmica de la historia moderna. La revolución rusa ha planteado cuestiones mucho más profundas, ha agitado conflictos más violentos y ha desencadenado fuerzas mucho mayores que las que habían intervenido en las mayores convulsiones sociales del pasado. Sin embargo, la revolución no ha llegado a su fin. Sigue en marcha. Todavía puede sorprendernos con sus giros bruscos y repentinos. Todavía es capaz de redibujar su propia perspectiva. Nos adentramos en un terreno que los historiadores temen pisar o deben pisar con miedo.

Para empezar, está el hecho, que todos damos por sentado, de que los hombres que actualmente gobiernan la Unión Soviética se describen a sí mismos como los descendientes legítimos del Partido Bolchevique de 1917. Sin embargo, esta circunstancia no debe darse por sentada.

4

No hay precedentes en ninguna de las revoluciones modernas que puedan compararse con la agitación de Rusia. Ninguna de ellas duró medio siglo. Ninguna de ellas mantuvo una continuidad comparable, por relativa que fuera, en las instituciones políticas, las políticas económicas, los actos legislativos y las tradiciones ideológicas. Pensemos tan sólo en el aspecto que presentaba Inglaterra unos cincuenta años después de la ejecución de Carlos I. Para entonces, el pueblo inglés, tras haber vivido bajo la Commonwealth, el Protectorado y la Restauración, y haber dejado atrás la Revolución Gloriosa, intentaba, bajo el gobierno de Guillermo y María, ordenar, e incluso olvidar, toda esta rica y tormentosa experiencia. Y en los cincuenta años que siguieron a la destrucción de la Bastilla, los franceses derrocaron su antigua monarquía, vivieron bajo la República jacobina, el Termidor, el Consulado y el Imperio; vieron el regreso de los Borbones y los derrocaron una vez más para poner en el trono a Luis Felipe, cuyo reino burgués había agotado, a finales de la década de 1830, exactamente la mitad de su contrato de arrendamiento de

vida: la revolución de 1848 ya se vislumbraba en el horizonte.

Por su mera duración, la revolución rusa parece hacer imposible la repetición de algo parecido a este ciclo histórico clásico. Es inconcebible que Rusia vuelva a llamar a los Romanov, aunque sólo sea para derrocarlos por segunda vez. Tampoco podemos imaginar que la aristocracia terrateniente rusa regrese, como lo hicieron los franceses bajo la Restauración, para reclamar las propiedades, o una compensación por las propiedades, de las que habían sido desposeídos. Los grandes terratenientes franceses sólo habían estado en el exilio unos veinte años; sin embargo, el país al que regresaron había cambiado tanto que eran extraños en él y no podían recuperar sus glorias pasadas. Los terratenientes y capitalistas rusos que se exiliaron después de 1917 han muerto; y seguramente a estas alturas sus hijos y nietos se habrán desprendido de sus posesiones ancestrales hasta en sueños. Las fábricas y minas que poseían sus padres o abuelos son una pequeña fracción de la industria soviética que se ha fundado y desarrollado desde entonces bajo propiedad pública. La revolución parece haber sobrevivido a todos los posibles agentes de restauración. No sólo los partidos del *antiguo régimen*, sino también los mencheviques y los socialrevolucionarios, que dominaron la escena política entre febrero y octubre de 1917, hace tiempo que dejaron de existir incluso en el exilio, incluso como sombras de sí mismos. Sólo el partido que obtuvo la victoria en la insurrección de octubre sigue ahí en todo su poder proteico, gobernando el país y ostentando la bandera y los símbolos de 1917.

5

Pero, ¿sigue siendo el mismo partido? ¿Se puede hablar realmente de continuidad de la revolución? Los ideólogos soviéticos oficiales afirman que la continuidad nunca se ha roto. Otros dicen que sólo se ha conservado en su forma exterior, como una cáscara ideológica que oculta realidades que no tienen nada en común con las altas aspiraciones de 1917. La verdad me parece más compleja y ambigua de lo que sugieren estas afirmaciones contradictorias. Pero supongamos por un momento que la continuidad es una mera apariencia. Todavía tenemos que preguntarnos qué ha llevado a la Unión Soviética a aferrarse a ella con tanta obstinación. ¿Y cómo puede perdurar tanto tiempo una forma vacía, sin el correspondiente contenido? Cuando los sucesivos dirigentes y gobernantes soviéticos reafirman su lealtad a los propósitos y objetivos originales de la revolución, no podemos tomar sus declaraciones al pie de la letra; pero tampoco podemos descartarlas como totalmente irrelevantes.

También en este caso los precedentes históricos son instructivos. En Francia, a una distancia similar de 1789, a los hombres en el poder no se les habría ocurrido presentarse como descendientes de Marat y Robespierre. Francia casi había olvidado el gran papel creativo que el jacobinismo había desempeñado en su fortuna; sólo recordaba el jacobinismo como el monstruo que se había situado detrás de la guillotina en los días del Terror. Sólo unos pocos doctrinarios socialistas, hombres

como Buonarotti (él mismo víctima del Terror), trabajaron para rehabilitar la tradición jacobina. Inglaterra sufrió durante mucho tiempo su repulsión contra todo lo que Cromwell y los santos habían representado. G. M. Trevelyan, a cuya noble obra histórica rindo aquí mi respetuoso homenaje, describe cómo esta "pasión negativa" influyó en las mentes inglesas incluso en el reinado de la reina Ana.

6

Desde el final de la Restauración, dice, el miedo a Roma se había reavivado; sin embargo, los acontecimientos de cincuenta años atrás eran responsables de un miedo contestatario al puritanismo. El derrocamiento de la Iglesia y de la aristocracia, la decapitación del rey y el rígido gobierno de los santos habían dejado una impresión negativa casi tan formidable y permanente como el recuerdo de "María la Sangrienta" y Jacobo II'. La fuerza de la reacción antipuritana se puso de manifiesto, según Trevelyan, en el hecho de que en el reinado de la reina Ana 'La visión caballeresca y anglicana de la Guerra Civil se impuso; los whigs se burlaban de ella en privado, pero sólo ocasionalmente se atrevían a contradecirla en público'.<sup>1</sup> Es cierto que tories y whigs siguieron discutiendo sobre la "revolución", pero los acontecimientos a los que se referían eran los de 1688 y 1689, no los de la década de 1640. Tuvieron que pasar dos siglos antes de que los ingleses empezaran a cambiar su visión de la "Gran Rebelión" y a hablar de ella con más respeto como una revolución; y aún tuvo que pasar más tiempo antes de que la estatua de Cromwell pudiera ser colocada frente a la Cámara de los Comunes.

Los rusos siguen acudiendo diariamente, en un clima de veneración casi religiosa, a la tumba de Lenin en la Plaza Roja. Cuando repudiaron a Stalin y lo expulsaron del Mausoleo, no despedazaron su cuerpo como los ingleses habían despedazado los restos de Cromwell y los franceses los de Marat; lo volvieron a enterrar tranquilamente bajo el Muro de los Héroes en el Kremlin. Y cuando sus sucesores decidieron repudiar parte de su legado, afirmaron que volvían a la fuente espiritual de la revolución, a los principios e ideas de Lenin. Sin duda todo esto forma parte de un extraño ritualismo oriental, pero por debajo corre una poderosa corriente de continuidad. La herencia de la revolución sobrevive de una forma u otra en la estructura de la sociedad y en la mente de la nación.

El tiempo es, por supuesto, relativo incluso en la historia; medio siglo puede significar mucho o puede significar poco. La continuidad también es relativa. Puede ser -de hecho, lo es- mitad real y mitad ilusoria. Tiene una base sólida, pero es frágil. Tiene sus grandes ventajas, pero también sus inconvenientes. En cualquier caso, en el marco de la continuidad de la revolución se han producido fuertes rupturas, que espero examinar más adelante. Pero el marco es suficientemente amplio, y ningún historiador serio puede pasarlo por alto o permanecer ajeno a él en su aproximación a la revolución. No puede considerar los acontecimientos de este medio siglo como

---

<sup>1</sup> G. M. Trevelyan, *Inglaterra bajo la Reina Ana, Blenheim*, Capítulo III.

una de las aberraciones de la historia o como el producto del siniestro designio de unos pocos hombres malvados. Lo que tenemos ante nosotros es una enorme y palpitante pieza de realidad histórica objetiva, un crecimiento orgánico de la experiencia social del hombre, una vasta ampliación de los horizontes de nuestra época. Por supuesto, me refiero principalmente a la obra creadora de la revolución de octubre, y no me disculpo por ello. La revolución de febrero de 1917 sólo ocupa un lugar en la historia como preludio de la de octubre. La gente de mi generación ha visto varias "revoluciones de febrero" de este tipo; las vimos, en 1918, en países distintos de Rusia: en Alemania, Austria y Polonia, cuando los Hohenzollern y los Habsburgo perdieron sus tronos. Pero, ¿quién hablará hoy de la revolución alemana de 1918 como un acontecimiento formativo importante de este siglo? Dejó intacto el viejo orden social y sólo fue un preludio del ascenso del nazismo. Si Rusia se hubiera detenido de forma similar en la revolución de febrero y hubiera producido, en 1917 o 1918, una variedad rusa de la República de Weimar, ¿qué razón hay para suponer que hoy deberíamos recordar la revolución rusa?

7

Sin embargo, no son pocos los teóricos e historiadores que siguen considerando la revolución de octubre como un acontecimiento casi fortuito. Algunos argumentan que Rusia podría haberse librado de la revolución si el zar hubiera insistido menos en sus prerrogativas absolutas y si hubiera llegado a un acuerdo con la leal oposición liberal. Otros dicen que los bolcheviques nunca habrían tenido su oportunidad si Rusia no se hubiera involucrado en la Primera Guerra Mundial o si se hubiera retirado de ella a tiempo, antes de que la derrota la redujera al caos y la ruina. Los bolcheviques, según este punto de vista, triunfaron debido a los errores y errores de cálculo cometidos por el zar y sus consejeros o por los hombres que asumieron el cargo inmediatamente después de la caída del zar; y se nos pide que creamos que estos errores y errores de cálculo fueron casualidades, accidentes de juicio o decisión individual. Que el zar y sus "consejeros cometieron muchos errores tontos es, por supuesto, cierto. Pero los cometieron bajo la presión de la burocracia zarista y de los elementos de las clases poseedoras que tenían intereses en la monarquía. Tampoco los gobiernos del régimen de febrero, los gobiernos del príncipe Lvov y de Kerensky, fueron agentes libres. Mantuvieron a Rusia en la guerra porque, al igual que los gobiernos zaristas, dependían de esos poderosos centros de capital financiero rusos y extranjeros que estaban decididos a que Rusia siguiera siendo hasta el final un miembro beligerante de la Entente. Los "errores y errores de cálculo" estaban socialmente condicionados. También es cierto que la guerra expuso y agravó drásticamente la fatal debilidad del *ancien régime*. Pero no fue la causa decisiva de esa debilidad. Rusia había sido sacudida por los temblores de la revolución justo antes de la guerra; las calles de San Petersburgo estaban cubiertas de barricadas en el verano de 1914. De hecho, el estallido de las hostilidades y la movilización empantanaron la incipiente revolución y la retrasaron dos años y medio, sólo para cargarla finalmente con mayor fuerza explosiva. Incluso si el gobierno del príncipe

## I. Perspectiva histórica

Lvov o de Kerensky se hubiera retirado de la guerra, lo habría hecho en condiciones de una crisis social tan profunda y severa que el Partido Bolchevique probablemente habría ganado, si no en 1917, algún tiempo después. Esto es, por supuesto, sólo una hipótesis; pero su plausibilidad se ve ahora reforzada por el hecho de que en China el partido de Mao Tse-tung tomó el poder en 1949, cuatro años después del final de la Segunda Guerra Mundial. Esta circunstancia quizás arroje una luz retrospectiva sobre la conexión entre la Primera Guerra Mundial y la revolución rusa, sugiriendo que esta conexión podría no haber sido tan clara como parecía en aquel momento.

No tenemos por qué suponer que el curso de la revolución rusa estuviera predeterminado en todas sus características o en la secuencia de todas sus fases e incidentes principales. Pero su dirección general no había sido fijada por los acontecimientos de unos pocos años o meses; había sido preparada por los desarrollos de muchas décadas, de hecho de varias épocas. El historiador que se esfuerza por reducir la montaña de la revolución a unas pocas contingencias, se encuentra tan indefenso ante ella como lo estuvieron en su día los dirigentes políticos que trataron de impedir su ascenso.

9

Después de cada' revolución sus enemigos cuestionan su legitimidad histórica; a veces lo hacen incluso dos o tres siglos después. Permítanme recordar cómo respondió Trevelyan a los historiadores que aún se preguntaban si la Gran Rebelión fue realmente necesaria: "¿Era entonces imposible que el poder parlamentario arraigara en Inglaterra a un coste menor que este cisma nacional y apelación a la fuerza...? Es una pregunta que ninguna investigación o especulación puede resolver. Los hombres eran lo que eran, no influidos por la sabiduría tardía de la posteridad, y así actuaron. Independientemente de que cualquier otro camino mejor hubiera podido conducir al mismo fin, fue mediante la espada como el Parlamento se ganó realmente el derecho a sobrevivir como la fuerza dominante de la Constitución inglesa".<sup>2</sup> Trevelyan, que sigue aquí los pasos de Macaulay, hace precisa justicia a la Gran Rebelión, aunque subraya que dejó a la nación "más pobre y menos noble" durante un tiempo, lo que, por desgracia, en un sentido u otro es también cierto de otras revoluciones, incluida la rusa. Al subrayar que Inglaterra debe su constitución parlamentaria principalmente a la Gran Rebelión, Trevelyan adopta una visión a largo plazo del papel de los puritanos. Fueron Cromwell y los Santos, dice, quienes establecieron el principio de la supremacía del Parlamento; y aunque ellos mismos entraron en conflicto con el principio y parecieron borrarlo, el principio sobrevivió y triunfó. Las "buenas acciones" de la revolución puritana sobrevivieron a sus locuras.

*Mutatis mutandis*, lo mismo puede decirse de la revolución de octubre. Los hombres actuaron como lo hicieron porque no podían actuar de otro modo". No podían copiar sus ideales de los modelos de democracia parlamentaria de Europa

---

<sup>2</sup> G. M. Trevelyan, *Historia abreviada de Inglaterra*, Libro cuarto, Capítulo II.



Occidental. Fue con la espada como ganaron para los Consejos de Diputados Obreros y Campesinos -y para el socialismo- "el derecho a sobrevivir como fuerza dominante" en la constitución soviética. Y aunque luego ellos mismos redujeron los Consejos Obreros a una existencia sombría, esos Consejos, los Soviets y sus aspiraciones socialistas han seguido siendo las partes más significativas del mensaje de la revolución rusa.

10

En cuanto a la revolución francesa, su necesidad fue cuestionada o negada por una larga serie de pensadores e historiadores, desde Burke, temeroso del contagio jacobino, pasando por Tocqueville, desconfiado de cualquier democracia moderna, y Taine, horrorizado por la Comuna de París, hasta Madelin, Bainville y sus discípulos, algunos de los cuales se esforzaron después de 1940, bajo la alentadora mirada del mariscal Petain, por desenterrar el fantasma de la revolución. Curiosamente, de todos esos escritores, Tocqueville es el que ha gozado recientemente de mayor popularidad en los países de habla inglesa. No pocos de nuestros eruditos han intentado modelar su concepción de la Rusia contemporánea a partir de su obra *L'Ancien Régime et la Révolution*. Les atrae su argumento de que la revolución no se apartó radicalmente de la tradición política francesa, sino que se limitó a seguir las tendencias básicas que habían estado vigentes bajo el *ancien régime*, especialmente la tendencia hacia la centralización del Estado y la unificación de la vida nacional. Del mismo modo, se argumenta que la Unión Soviética, en la medida en que tiene algún logro progresista en su haber, se ha limitado a continuar la labor de industrialización y reforma emprendida por el *ancien régime*. Si el zarismo hubiera sobrevivido, o si hubiera sido sustituido por una república democrático-burguesa, ese trabajo habría continuado; y el progreso habría sido más ordenado y racional. Rusia podría haberse convertido en la segunda potencia industrial del mundo sin tener que pagar el terrible precio que han exigido los bolcheviques, sin tener que soportar las expropiaciones, el terror, el bajo nivel de vida y la degradación moral del estalinismo.

11

Me parece que los discípulos de Tocqueville cometen una injusticia con su maestro. Aunque menospreciaba la obra creadora y original de la revolución, no negaba su necesidad ni su legitimidad. Al contrario, al inscribirla en la tradición francesa, intentó "adoptarla", en sus propios términos conservadores, e "incorporarla" al patrimonio nacional. Sus imitadores muestran más celo por menospreciar la obra original y creativa de la revolución rusa que por "adoptarla", en los términos que sea. Pero examinemos más detenidamente el argumento tocquevillesco. Por supuesto, ninguna revolución crea *ex nihilo*. Toda revolución funciona en el entorno social que la ha producido y sobre los materiales que encuentra en ese entorno. Estamos construyendo un nuevo orden", le gustaba decir a Lenin, "con los ladrillos que nos ha dejado el viejo orden". Los "ladrillos" son los métodos tradicionales de gobierno, las aspiraciones nacionales vitales, el estilo de vida, los hábitos de pensamiento y los

## I. Perspectiva histórica

diversos factores acumulados de fuerza y debilidad. El pasado se refracta a través de la obra innovadora de la revolución, por audaces que sean las innovaciones. Los jacobinos y Napoleón continuaron construyendo el Estado unitario y centralizado que el *Antiguo Régimen* había promovido hasta cierto punto. Nadie lo subrayó con más fuerza que Karl Marx en su *18 Brumario*, que apareció algunos años antes que el *Ancien Régime* de Tocqueville. Y es igualmente cierto que Rusia se había iniciado realmente en la industrialización en el reinado de los dos últimos zares, sin lo cual la rápida entrada de su clase obrera industrial en la escena política no habría sido posible. Así pues, ambos países lograron bajo el *ancien régime* algunos progresos en diversas direcciones. Esto no significa que el progreso pudiera continuar de forma "ordenada", sin la gigantesca "perturbación" de la revolución. Al contrario, lo que estaba destruyendo el *ancien régime* era precisamente el progreso alcanzado bajo él. Lejos de hacer superflua la revolución, la hizo aún más necesaria. Las fuerzas del progreso estaban tan constreñidas dentro del viejo orden que tenían que reventarlo. La aspiración francesa al Estado unitario había entrado en conflicto crónico con las barreras que le oponían los particularismos de origen feudal. La creciente economía burguesa francesa necesitaba un mercado nacional único, un campesinado libre, libre circulación de hombres y mercancías; y el *ancien régime* no podía satisfacer estas necesidades, excepto dentro de los límites más estrechos. Como diría un marxista: Las fuerzas productivas de Francia habían superado sus relaciones feudales de propiedad, y ya no podían ser contenidas dentro del caparazón de la monarquía borbónica, que conservaba y protegía esas relaciones.

12

En Rusia" el problema era similar pero más complicado. Los esfuerzos realizados en la época zarista para modernizar el tejido de la vida nacional se vieron bloqueados por el pesado residuo del feudalismo, el subdesarrollo y la debilidad de la burguesía, la rigidez de la autocracia, el arcaico sistema de gobierno y, por último, pero no por ello menos importante, por la dependencia económica de Rusia del capital extranjero. El gran Imperio era, en el reinado de los últimos Romanov, mitad imperio y mitad colonia. Los accionistas occidentales poseían el 90% de las minas rusas, el 50% de su industria química, más del 40% de sus plantas de ingeniería y el 42% de sus acciones bancarias. El capital nacional era escaso. La renta nacional era demasiado pequeña en relación con las necesidades modernas. Más de la mitad procedía de la agricultura, que estaba totalmente atrasada y contribuía poco a la acumulación de capital. Dentro de ciertos límites, el Estado aportó, con cargo a los impuestos, los elementos necesarios para la industrialización: construyó los ferrocarriles, por ejemplo. Pero la expansión industrial dependía principalmente del capital extranjero. Los inversores extranjeros, sin embargo, no tenían un interés continuado en reinvertir sus elevados dividendos en la industria rusa, especialmente cuando los caprichos de una burocracia caprichosa y el malestar social les disuadían. Rusia sólo podía lograr el "despegue" industrial, por utilizar el término del profesor Rostow, recurriendo a los recursos de su agricultura y mediante el extraordinario

esfuerzo de sus propios trabajadores. Ninguno de estos requisitos podía cumplirse bajo el *antiguo régimen*. Los gobiernos zaristas dependían demasiado del capital financiero occidental para hacer valer los intereses nacionales de Rusia frente a él; y eran demasiado feudales en sus antecedentes y conexiones sociales para liberar a la agricultura del dominio paralizante de la aristocracia terrateniente (ide cuyo *entorno* procedía incluso el Primer Ministro del primer gobierno republicano de 1917!). Y ninguno de los gobiernos prebolcheviques tenía la fuerza política y la autoridad moral para obtener de la clase obrera los esfuerzos y sacrificios que la industrialización exigía en cualquier circunstancia. Ninguno tenía la perspectiva, la determinación y la mentalidad moderna que la tarea requería. (El conde Witte, con sus ambiciosos planes de reforma, fue la excepción que confirmó la regla; y él, como primer ministro y ministro de Finanzas, fue casi boicoteado por el zar y la burocracia). Parece inconcebible que un régimen que no sea intrínsecamente revolucionario haya sido capaz de elevar a una nación campesina semianalfabeta a algo que se acerque al nivel actual de desarrollo económico y educación soviéticos. También en este caso, el marxista dirá que las fuerzas productivas de Rusia habían avanzado lo suficiente bajo el antiguo régimen como para reventar la vieja estructura social y su superestructura política.

13

Sin embargo, ningún mecanismo económico automático produce la desintegración final de un viejo orden establecido ni asegura el éxito de una revolución. Un sistema social obsoleto puede estar decayendo en el transcurso de décadas, y el grueso de la nación puede no ser consciente de ello. La conciencia social va por detrás del ser social. Las contradicciones objetivas del *antiguo régimen* tienen que traducirse en términos subjetivos, en las ideas, aspiraciones y pasiones de los hombres en acción. La esencia de la revolución, dice Trotsky, es "la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos". Es debido a esa intervención -un fenómeno tan real y tan poco frecuente en la historia- que el año 1917 fue tan notable y trascendental. La gran masa del pueblo fue presa de la conciencia más intensa y urgente de la decadencia y podredumbre del orden establecido. La convulsión fue repentina. La conciencia saltó hacia adelante para alcanzar al ser y cambiarlo. Pero este salto, este cambio repentino en la psicología de las masas, no se *produjo ex nihilo*. Fueron necesarias muchas, muchas décadas de fermento revolucionario y de lento crecimiento de las ideas -fue necesario el nacimiento y la desaparición de muchos partidos y grupos- para producir el clima político-moral, los líderes, los partidos y los métodos de acción de 1917. En todo esto hubo poco o nada de fortuito. Detrás de este último medio siglo de revolución se vislumbraba todo un siglo de esfuerzos revolucionarios.

14

La crisis social que sufría la Rusia zarista se manifestaba en el marcado contraste entre su estatus e importancia como gran potencia y la debilidad arcaica de su estructura social, entre el esplendor de su imperio y la miseria de sus instituciones.

## I. Perspectiva histórica

Este contraste quedó al descubierto por primera vez con el triunfo de Rusia en las guerras napoleónicas. Sus espíritus más audaces se pusieron en acción. En 1825, los decembristas se levantaron en armas contra el zar. Eran una élite aristocrática e intelectual, pero tenían al grueso de la nobleza en su contra. Ninguna clase social de Rusia era capaz de promover el progreso de la nación. Las ciudades eran pocas y de carácter medieval; las clases medias urbanas, comerciantes y artesanos iletrados, eran políticamente insignificantes. Los campesinos siervos se rebelaban esporádicamente, pero desde la derrota de Pugachev no se había producido ninguna acción a gran escala encaminada a su emancipación. Los decembristas eran revolucionarios] sin ninguna clase revolucionaria detrás. Ésta fue su tragedia; y ésta iba a ser la tragedia de todas las generaciones sucesivas de radicales y revolucionarios rusos casi hasta el final del siglo XIX; en diferentes formas, la tragedia iba a proyectarse también en la época posrevolucionaria;

Permítanme recapitular brevemente sus principales actos y motivos. Antes de mediados del siglo XIX, aparecieron nuevos radicales y revolucionarios, los *Raznotchintsy*. Procedían de las clases medias que crecían lentamente; muchos eran hijos de funcionarios y sacerdotes. También ellos eran revolucionarios en busca de una clase revolucionaria. La burguesía era aún insignificante. Los funcionarios y los curas estaban aterrorizados de sus hijos rebeldes. El campesinado era apático y pasivo. Sólo un sector de la nobleza era partidario de alguna reforma, a saber, los terratenientes que, deseosos de adoptar métodos modernos de explotación agrícola o de dedicarse a la industria y el comercio, deseaban la abolición de la servidumbre y la liberalización de la administración del Estado y la educación. Cuando Alejandro II, cediendo a su persuasión, abolió la servidumbre, aseguró a la dinastía la lealtad inquebrantable del campesinado durante décadas. La Ley de Emancipación de 1861 aisló de nuevo a radicales y revolucionarios y, de hecho, pospuso la revolución más de medio siglo. Sin embargo, el problema de la tierra seguía sin resolverse. Los siervos habían sido liberados, pero no habían recibido tierras; y tuvieron que contraer pesadas deudas y servidumbres, y convertirse en aparceros, para poder cultivar la tierra. El modo de vida de la nación seguía siendo anacrónico. Esta situación y la opresión de la autocracia impulsaron a nuevos intelectuales a rebelarse, a producir nuevas ideas y a experimentar nuevos métodos de lucha política.

15

Cada grupo sucesivo de revolucionarios sacaba su fuerza sólo de sí mismo; a cada uno le esperaba un callejón sin salida al final de su camino. Los *narodniks* o populistas, inspirados por Herzen y Bakunin, Chernyshevsky y Lavrov, eran objetivamente la vanguardia militante del campesinado. Pero cuando apelaron a los *muzhiks* y trataron de abrirles los ojos al fraude de la emancipación y a la nueva forma en que el zar y los terratenientes los mantenían sometidos, los ex siervos se negaron a ceder o incluso a escuchar; no pocas veces entregaron a los *narodniks* en

manos de los gendarmes. Una clase social oprimida, con grandes potencialidades revolucionarias, traicionó así a su propia élite revolucionaria. Los sucesores de los *narodniks*, los *narodnovoltsy*, abandonaron la búsqueda aparentemente desesperada de una fuerza popular revolucionaria en la sociedad. Decidieron actuar en solitario como depositarios de un pueblo oprimido y mudo. Su terrorismo de inspiración política ocupó el lugar del populismo agrario de sus predecesores. El propagandista o agitador de la época anterior, que "salía al pueblo" o incluso intentaba establecerse entre los campesinos, fue sustituido por el conspirador solitario, taciturno y heroico, con la sugestión de un superhombre, que, decidido a vencer o perecer, asumió la tarea que la nación era incapaz de llevar a cabo. El círculo cuyos miembros asesinaron a Alejandro II en 1881 estaba formado por menos de dos veintenas de hombres y mujeres. Seis años más tarde, sólo una docena de jóvenes, entre ellos el hermano mayor de Lenin, formaron el grupo que planeó un atentado contra la vida de Alejandro III. Estos minúsculos cuerpos conspirativos mantuvieron en vilo al inmenso imperio e hicieron historia. Sin embargo, si el fracaso de los populistas de las décadas de 1860 y 1870 había demostrado la irrealidad de la esperanza de que el campesinado se animara a sublevarse, el martirio de *los narodhovoltsy* de la década de 1880 expuso una vez más la impotencia de una vanguardia que actuaba sin el apoyo de ninguna de las clases sociales básicas. Estas experiencias negativas enseñaron lecciones inestimables a los revolucionarios de las décadas siguientes, y en este sentido no fueron infructuosas. La moraleja extraída por Plejánov, Zasúlich, Lenin, Márto y sus camaradas fue que no debían actuar como una vanguardia aislada, sino que debían buscar el apoyo de una clase revolucionaria -y debían mirar más allá del campesinado. A estas alturas, sin embargo, el comienzo de la industrialización de Rusia les estaba resolviendo el problema. Los propagandistas y agitadores marxistas de la generación de Lenin encontraron su público entre los nuevos obreros de las fábricas.

16

Debemos observar la transparente dialéctica de esta prolongada lucha. En primer lugar, la contradicción entre la necesidad social y la conciencia social. Ninguna necesidad o interés social podría haber sido más elemental que el hambre de tierra y libertad de los campesinos; y ninguna conciencia social podría haber sido más falsa que la que les permitió contentarse, durante medio siglo, con una Ley que, aunque les liberaba de la esclavitud, les negaba la tierra y la libertad -una conciencia que indujo a generaciones de *mujiks* a esperar que el *zar-Batiushka* corrigiera sus errores. Esta discrepancia entre necesidad y conciencia fue la causa de las numerosas metamorfosis del movimiento revolucionario. La lógica de la situación produjo estos modelos opuestos de organización: la élite conspirativa autosuficiente, por un lado, y el movimiento orientado a las masas, por otro, los tipos dictatorial y democrático del revolucionario". Debemos señalar también el papel especial, exclusivo e históricamente eficaz que desempeñó la intelectualidad en todo esto -en ningún otro país encontramos nada parecido-. Generación tras generación, asaltaron la

autocracia zarista y se estrellaron contra sus muros, preparando el camino para los que vendrían después. Estaban inspirados por una fe casi mesiánica en su misión revolucionaria y en la de Rusia. Cuando por fin los marxistas pasaron a primer plano, heredaron una gran tradición y una experiencia única; evaluaron ambas críticamente y las utilizaron con eficacia. Pero también heredaron ciertos problemas y dilemas.

17

Los marxistas empezaron, como no podía ser de otra manera, con la negación de las tradiciones populista y terrorista. Rechazaron el "socialismo agrario", la idealización sentimental del campesinado, las versiones radicales del eslavofilismo y la idea casi mesiánica de la misión revolucionaria única de Rusia. Repudiaron el terrorismo, la autoglorificación del intelectual radical y la élite conspirativa autosuficiente. Optaron por la organización de orientación democrática, el partido y los sindicatos, y por formas modernas de acción proletaria de masas. Esta actitud, "estrictamente" o incluso exclusivamente proletaria y desconfiada hacia el campesinado, fue característica de los comienzos de todo el Esta actitud, "estrictamente" o incluso exclusivamente proletaria y desconfiada hacia el campesinado, fue característica de los comienzos de todo el Partido Socialdemócrata Ruso y siguió siendo típica de los mencheviques en su mejor época. Pero el movimiento, al pasar a la acción, no podía descansar en la negación abstracta de las tradiciones revolucionarias autóctonas; tenía que absorber lo que había de vital en ellas y trascenderlas. Fue el bolchevismo el que llevó a cabo esta tarea, y lo hizo mucho antes de 1917. Los bolcheviques heredaron de los populistas su sensibilidad hacia el campesinado, y de los *narodnovoltsy* su agresividad concentrada y su determinación conspirativa. Sin estos elementos, el marxismo en Rusia habría seguido siendo una planta exótica o, en el mejor de los casos, una excrecencia teórica del socialismo europeo occidental, como lo fue en la brillante obra de Plejánov y en algunos de los escritos de juventud de Lenin. La aclimatación rusa del marxismo fue, sobre todo, un logro de Lenin. Él produjo la síntesis de la doctrina con la tradición nativa. Insistió en la necesidad de que los obreros, la fuerza dirigente de la revolución, ganaran aliados en los campesinos; y asignó a los intelectuales y a la élite revolucionaria un papel de peso, educativo y organizador en el movimiento de masas de los obreros. Esta síntesis fue el epítome del siglo de esfuerzo revolucionario ruso.

18

Si me detuviera aquí, podría darles una visión unilateral de los elementos que intervinieron en la realización de la revolución. Aunque en Occidente se acostumbra a considerar el bolchevismo como un fenómeno puramente ruso, no es posible exagerar la contribución que Europa Occidental hizo al mismo. A lo largo de todo el siglo XIX, el pensamiento y la acción revolucionarios de Rusia se vieron decisivamente influidos por las ideas y movimientos occidentales. Los decembristas pertenecían, al igual que los *carbonarios*, a las secuelas europeas de la Revolución

## I. Perspectiva histórica

Francesa. Muchos de ellos habían sido, tras la caída de Napoleón, jóvenes oficiales de las tropas de ocupación rusas en París; e incluso el contacto con la revolución derrotada fue suficiente para incendiar sus mentes. Tire *Petrashkevtsy*, Belinsky y Herzen, Bakunin y Chernyshevsky, y tantos otros se formaron gracias a los acontecimientos de 1830 y 1848, al socialismo francés, a la filosofía alemana, especialmente a Hegel y Feuerbach, y a la economía política británica. Luego el marxismo, que a su vez encarnaba todas estas influencias, hizo su estupenda conquista intelectual de la Rusia radical e incluso de la liberal. No es de extrañar que los apologistas del zarismo denunciaran el socialismo y el marxismo como productos del Occidente "decadente". No sólo Pobedonostsev, el burdo predicador del oscurantismo y el paneslavismo, no sólo Dostoievski, sino incluso Tolstoi repudiaron las ideas del socialismo en tales términos. Y no estaban del todo equivocados: tanto si Occidente quiere recordarlo como si no, ha invertido gran parte de su propia herencia espiritual en la revolución rusa. Trotsky escribió una vez sobre la "paradoja" de que mientras Europa Occidental "exportaba su tecnología más avanzada a Estados Unidos... exportaba su ideología más avanzada a Rusia..." Lenin hace la misma observación, clara y contundentemente: '...en el transcurso de medio siglo, aproximadamente desde la década de 1840 hasta la de 1890, el pensamiento progresista en Rusia buscó ávidamente ... la teoría revolucionaria correcta, y siguió con notable celo y meticulosidad cada "última palabra" que llegaba de Europa y América. En efecto, Rusia ha llegado al marxismo ... a través de sufrimientos, agonías y sacrificios extremos ... a través del aprendizaje, la prueba en la práctica ... y el estudio comparativo de la experiencia de Europa. Debido a que el zarismo nos obligó a llevar una existencia de emigrantes, la Rusia revolucionaria ... tenía a su disposición tal riqueza de contactos internacionales y tan excelente conocimiento de todas las formas y teorías de los movimientos revolucionarios de todo el mundo como nadie más poseía".

19

En 1917 y en los años siguientes, no sólo los dirigentes sino también la gran masa de obreros y campesinos rusos veían la revolución no como un asunto exclusivo de Rusia, sino como parte de un levantamiento social que abarcaba a toda la humanidad. Los bolcheviques se consideraban los campeones de al menos una revolución europea, cuyas batallas libraban en los puestos de avanzada orientales de Europa. Incluso los mencheviques habían mantenido esta convicción y la habían expresado elocuentemente. Y no sólo los rusos se veían a sí mismos bajo esta luz. A principios de siglo, Karl Kautsky, el principal teórico de la Internacional Socialista, trazó esta perspectiva: "El epicentro de la revolución se ha ido desplazando de Occidente a Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se situó en Francia, a veces en Inglaterra. En 1848 Alemania entró en las filas de las naciones revolucionarias..... Ahora los eslavos ... se unen a sus filas, y el centro de gravedad del pensamiento y la acción revolucionarios se desplaza cada vez más ... hacia Rusia". Rusia, que ha arrebatado a Occidente tantas iniciativas revolucionarias, puede convertirse ahora, a

su vez, en una fuente de energía revolucionaria para Occidente", observó Kautsky en contraste con la situación de 1848, cuando la Primavera de los Pueblos en Europa Occidental fue cortada por la "dura helada de Rusia"; ahora la tormenta de Rusia podría ayudar a despejar el aire en Occidente.

20

Kautsky escribió esto en 1902 para *Iskra*, de la que Lenin era coeditor; y sus palabras causaron tal impresión en Lenin que casi veinte años después las citó con irónico deleite contra su autor, ahora indignado por el cumplimiento de su pronóstico. El pronóstico era, de hecho, aún más portentoso de lo que Kautsky o Lenin percibieron. Hemos visto cómo en nuestra época el epicentro de la revolución se ha desplazado aún más hacia el Este, de Rusia a China. Un historiador con aptitudes para la gran generalización podría extrapolar la perspectiva esbozada por Kautsky y trazar una línea más amplia, ilustrando el avance de la revolución hacia el Este en el curso de tres siglos. La línea podría comenzar en la Inglaterra puritana, atravesar toda Europa, llegar hasta China y finalmente tocar los confines sudorientales de Asia.

Sin embargo, un gráfico de este tipo puede inducir a error; puede sugerir un curso de la historia demasiado lineal y fuertemente predeterminado. Pero sea cual sea el grado en que el curso haya estado determinado o no, es evidente que ha tenido su coherencia y su lógica internas. Goethe dijo una vez que la historia del conocimiento es una gran fuga, en la que las voces de las distintas naciones aparecen una tras otra. Se podría decir lo mismo de la historia de la revolución. No es la sinfonía mundial que esperaban algunos de los grandes revolucionarios. Tampoco es el popurrí de solos discordantes, la cacofonía que oyen los filisteos. Es más bien la gran fuga en la que las voces de las diversas naciones, cada una con sus propias esperanzas y desesperanzas, entran una tras otra.



## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

En 1917 Rusia vivió la última de las grandes revoluciones burguesas y la primera revolución proletaria de la historia europea. Las dos revoluciones se fundieron en una. Su coalescencia sin precedentes imprimió una vitalidad y un *vigor* extraordinarios al nuevo régimen, pero también fue fuente de graves tensiones y convulsiones cataclísmicas.

Quizás debería dar aquí, a riesgo de decir lo obvio, una breve definición de revolución burguesa. La opinión tradicional, ampliamente aceptada por marxistas y antimarxistas por igual, es que en tales revoluciones, en Europa Occidental, la burguesía desempeñó el papel principal, se puso a la cabeza del pueblo insurgente y tomó el poder. Este punto de vista subyace en muchas controversias entre historiadores; los recientes intercambios, por ejemplo, entre el profesor Hugh Trevor-Roper y el Sr. Christopher Hill sobre si la revolución Cromwelliana fue o no de carácter burgués. Me parece que esta concepción, sean cuales sean las autoridades a las que se atribuya, es esquemática e históricamente irreal. De ella se puede llegar a la conclusión de que la revolución burguesa es casi un mito, y que casi nunca ha ocurrido, ni siquiera en Occidente. Los empresarios, comerciantes y banqueros capitalistas no figuraban entre los líderes de los puritanos ni entre los comandantes de los Ironsides, ni en el Club Jacobino ni a la cabeza de las multitudes que asaltaron la Bastilla o invadieron las Tullerías. Tampoco tomaron las riendas del gobierno durante la revolución ni durante mucho tiempo después, ni en Inglaterra ni en Francia. Las clases medias bajas, los pobres urbanos, los plebeyos y los *sans culottes* formaron los grandes batallones insurgentes. Los líderes eran en su mayoría "gentlemen farmers" en Inglaterra y abogados, médicos, periodistas y otros intelectuales en Francia. Aquí y allá, las revueltas acabaron en dictadura militar. Sin embargo, el carácter burgués de estas revoluciones no parecerá en absoluto mítico si las abordamos con un criterio más amplio y consideramos su impacto general en la sociedad. Su logro más sustancial y duradero fue barrer las instituciones sociales y políticas que habían obstaculizado el crecimiento de la propiedad burguesa y de las relaciones sociales que la acompañaban. Cuando los puritanos negaron a la Corona el poder de imponer impuestos arbitrarios, cuando Cromwell aseguró a los

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

armadores ingleses una posición monopolística en el comercio de Inglaterra con el extranjero y cuando los jacobinos abolieron las prerrogativas y privilegios feudales, crearon, a menudo sin saberlo, las condiciones en las que los fabricantes, comerciantes y banqueros estaban destinados a obtener el predominio económico y, a largo plazo, la supremacía social e incluso política. La revolución burguesa crea las condiciones en las que puede florecer la propiedad burguesa. En esto, más que en los alineamientos particulares durante la lucha, radica su *diferenciación especificada*.

22

Es en este sentido que podemos caracterizar la revolución de octubre como una combinación de revoluciones burguesa y proletaria, aunque ambas se llevaron a cabo bajo la dirección bolchevique. La historiografía soviética actual describe la revolución de febrero como burguesa y reserva la etiqueta de "proletaria" para la insurrección de octubre. Esta distinción la hacen también muchos historiadores occidentales y se justifica con el argumento de que en febrero, tras la abdicación del zar, la burguesía tomó el poder. En realidad, la combinación de las dos revoluciones ya había aparecido en febrero, pero de forma sombría. El zar y su último gobierno fueron derribados por una huelga general y una insurrección de masas de obreros y soldados que crearon enseguida sus Consejos o Soviets, los órganos potenciales de un nuevo Estado. El príncipe Lvov, Miliukov y Kerensky tomaron el poder de manos de un confuso y tanteante Soviet de Petrogrado, que se lo cedió de buen grado; y lo ejercieron sólo mientras los Soviets los toleraron. Pero sus gobiernos no llevaron a cabo ningún acto importante de revolución burguesa. Sobre todo, no disolvieron los latifundios de la aristocracia ni entregaron tierras a los campesinos. Incluso como revolución burguesa, la revolución de febrero fue *manquéé*.

23

Todo esto subraya la prodigiosa contradicción a la que se enfrentaron los bolcheviques cuando en octubre promovieron y dirigieron la doble revolución. La revolución burguesa que presidieron creó condiciones que favorecieron el crecimiento de las formas burguesas de propiedad. La revolución proletaria que llevaron a cabo tenía como objetivo la abolición de la propiedad. El principal acto de la primera fue el reparto de las tierras de la aristocracia. Esto creó una amplia base potencial para el crecimiento de una nueva burguesía rural. Los campesinos que se habían liberado de rentas y deudas y habían ampliado sus explotaciones estaban interesados en un sistema social que ofreciera seguridad a sus explotaciones. Tampoco se trataba sólo de una cuestión de agricultura capitalista. La Rusia rural era, en palabras de Lenin, el caldo de cultivo del capitalismo en general: muchos de los empresarios industriales y comerciantes rusos eran de origen campesino y, con el tiempo y unas circunstancias favorables, el campesinado podría haber engendrado una clase de empresarios mucho más numerosa y moderna. Tanto más irónico resultaba que en 1917 ninguno de los partidos burgueses, ni siquiera los socialistas moderados, se atreviera a sancionar la revolución agraria que se desarrollaba espontáneamente, con una fuerza elemental, pues los campesinos se apoderaban de

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

las tierras de la aristocracia mucho antes de la insurrección bolchevique. Aterrorizados por los peligros que amenazaban a la propiedad en la ciudad, los partidos burgueses se negaron a socavar la propiedad en el campo. Sólo los bolcheviques (y los socialrevolucionarios de izquierda) se pusieron a la cabeza de las revueltas agrarias. Sabían que sin la agitación en el campo la revolución proletaria quedaría aislada en la ciudad y sería derrotada. Los campesinos, temerosos de una contrarrevolución que pudiera traer de vuelta a los terratenientes, adquirieron así un interés en el régimen bolchevique. Pero desde el principio los aspectos socialistas de la revolución despertaron sus recelos, temores u hostilidad.

24

La revolución socialista fue apoyada incondicionalmente por la clase obrera urbana. Pero ésta era una pequeña minoría de la nación. En total, una sexta parte de la población, unos veintitantos millones de personas, vivía en las ciudades, y de ellas sólo la mitad, más o menos, podía calificarse de proletaria. El núcleo duro de la clase obrera estaba formado como máximo por unos tres millones de hombres y mujeres empleados en la industria moderna. Los marxistas esperaban que los obreros industriales fueran la fuerza más dinámica de la sociedad capitalista, los principales agentes de la revolución socialista. Los obreros rusos justificaron con creces esta expectativa. Ninguna clase de la sociedad rusa, y ninguna clase obrera en ninguna parte del mundo, ha actuado nunca con la energía, la inteligencia política, la capacidad de organización y el heroísmo con que actuaron los obreros rusos en 1917 (y después en la guerra civil). La circunstancia de que la industria moderna de Rusia consistiera en un pequeño número de enormes fábricas, concentradas principalmente en Petrogrado y Moscú, dio a la masa obrera de las dos capitales un extraordinario poder de ataque en los mismos centros neurálgicos del *ancien régime*. Dos décadas de intensa propaganda marxista, el recuerdo fresco de las luchas de 1905, 1912 y 1914, la tradición de un siglo de esfuerzos revolucionarios y la determinación bolchevique habían preparado a los obreros para su papel. Daban por sentado el objetivo socialista de la revolución. No se contentaron con nada que no fuera la abolición de la explotación capitalista, la socialización de la industria y la banca, el control obrero de la producción y el gobierno de los soviets. Dieron la espalda a los mencheviques, a quienes habían seguido al principio, porque los mencheviques les decían que Rusia no estaba "madura para una revolución socialista". Su acción, como la de los campesinos, tenía su propia fuerza espontánea: establecieron su control sobre la producción a nivel de fábrica mucho antes de la insurrección de octubre. Los bolcheviques los apoyaron y convirtieron las rebeliones fabriles en una revolución socialista.

25

Sin embargo, Petrogrado y Moscú, y algunos otros centros industriales dispersos, constituían una base extremadamente estrecha para esta empresa. No sólo la población de toda la inmensidad de la Rusia rural se afanaba por adquirir propiedades mientras los obreros de las dos capitales se esforzaban por abolirlas; no

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

sólo la revolución socialista estaba en conflicto implícito con la burguesa; además, estaba plagada de sus propias contradicciones internas. Rusia estaba y no estaba madura para la revolución socialista. Era más capaz de hacer frente a sus tareas negativas que a las positivas. Guiados por los bolcheviques, los trabajadores expropiaron a los capitalistas y transfirieron el poder a los soviets; pero no pudieron establecer una economía socialista y un modo de vida socialista; y fueron incapaces de mantener su posición política dominante durante algún tiempo.

Al principio, el carácter dual de la revolución fue, como se ha dicho, la fuente de su fuerza. Si se hubiera producido antes una revolución burguesa (o si, en el momento de la Emancipación, en 1861, se hubiera dado tierra en condiciones justas a los siervos liberados), el campesinado se habría convertido en una fuerza conservadora; y se habría opuesto a la revolución proletaria, como hizo en Europa Occidental, particularmente en Francia, a lo largo del siglo XIX. Su conservadurismo podría entonces haber influido incluso en los trabajadores urbanos, muchos de los cuales tenían raíces en el campo. Un orden burgués habría tenido mucho más poder de permanencia que el que poseía el régimen semifeudal y semiburgués. La conjunción de las dos revoluciones hizo posible la alianza de obreros y campesinos por la que luchaba Lenin; y esto permitió a los bolcheviques ganar la guerra civil y resistir la intervención extranjera. Aunque las aspiraciones de los obreros estaban en conflicto implícito con las de los campesinos, ninguna de las dos clases era consciente de ello. Los obreros se alegraban *del* triunfo de *los muzhiks* sobre los terratenientes y no veían contradicción alguna entre su propia lucha por una economía colectivista y el individualismo económico del campesinado. La contradicción se hizo evidente y aguda sólo hacia el final de la guerra civil, cuando el campesinado, que ya no estaba inhibido por el miedo al regreso de los terratenientes, afirmó enérgicamente ese individualismo.<sup>1</sup>

26

A partir de entonces, el conflicto entre la ciudad y el campo y el enfrentamiento entre las dos revoluciones dominaron la escena nacional de la URSS durante al menos dos décadas, a lo largo de los años veinte y treinta, y sus consecuencias ensombrecieron toda la historia soviética. Las vicisitudes del drama son bastante familiares. Lenin, en sus últimos años, intentó resolver el dilema pacíficamente, mediante la Nueva Política Económica y una economía mixta; pero en 1927 o 1928 el intento había fracasado. Stalin trató entonces de resolver el conflicto por la fuerza y se embarcó en la llamada colectivización al por mayor de la agricultura. Separó la revolución socialista de la burguesa aniquilando a esta última.

Karl Marx y sus discípulos esperaban que la revolución proletaria estuviera libre

---

<sup>1</sup> Esta era la actitud predominante, aunque el propio campesinado estaba dividido entre ricos y pobres, y pequeños grupos de campesinos ilustrados formaron, por iniciativa propia, cooperativas y comunas poco después de la revolución y a principios de la década de 1920.

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

de las convulsiones febriles, la falsa conciencia y los ataques de irracionalidad que habían caracterizado el curso de la revolución burguesa. Tenían, por supuesto, en mente la revolución socialista en su "forma pura"; y suponían que tendría lugar en países industriales avanzados, en un alto nivel de desarrollo económico y cultural de la sociedad. Es muy fácil, pero también irrelevante, contrastar estas esperanzas confiadas con el cúmulo de irracionalidad de este medio siglo de historia soviética. Gran parte de la irracionalidad se ha originado en las contradicciones entre las dos revoluciones de Rusia, ya que éstas produjeron una larga serie de crisis que no pudieron ser gestionadas por los métodos normales del arte de gobernar, el acomodamiento político o las maniobras. La combinación de las dos revoluciones se convirtió en la fuente de la debilidad soviética.

27

La irracionalidad de las revoluciones puritana y jacobina surgió en gran medida del choque entre las grandes esperanzas de los pueblos insurgentes y las limitaciones burguesas de esas revoluciones. Para las masas insurgentes ninguna revolución es burguesa. Luchan por la libertad y la igualdad o por la fraternidad de los hombres y la Comunidad. La crisis llega cuando las clases poseedoras se impacientan por beneficiarse plenamente de las conquistas que les ha traído la revolución y por acumular riqueza. A medida que la revolución les constriñe en esto, se contraen fuera de ella, o tratan de detenerla, justo cuando las masas plebeyas, desesperadas por las privaciones o el hambre, presionan para que se produzcan cambios sociales más radicales. Esto fue lo que ocurrió en Francia, en el ocaso del jacobinismo, cuando los *nuevos* ricos clamaron por la abolición del *máximo* y por el libre comercio. Los plebeyos descubrieron entonces que sus conquistas revolucionarias eran una farsa, que *Liberté* no era más que la libertad del obrero para vender su fuerza de trabajo, y que *Egalité* significaba que podía negociar con su patrón en el mercado de trabajo en condiciones nominalmente iguales. En Inglaterra ese fue el momento en que los Diggers y los Levellers descubrieron el poder de la propiedad en la Commonwealth. Se produce una cruel desilusión. Aparecen divisiones en el partido de la revolución. Los líderes están desgarrados por lealtades conflictivas. Y la intensidad de la pasión y la acción, que fue la fuerza creadora de la revolución durante su ascenso, se convierte en una fuerza destructiva en el período de estancamiento y decadencia. Encontramos mucho de esto también en Rusia bastante pronto, inmediatamente después de la guerra civil, cuando el campesinado obligó al gobierno de Lenin a proclamar el respeto a la propiedad privada y a reintroducir el libre comercio, mientras que la Oposición Obrera denunciaba esto como una traición al socialismo y clamaba por la igualdad.

El predicamento de la revolución rusa se hizo aún más grave porque Rusia también estaba atrapada en las contradicciones inherentes a cualquier revolución socialista que se produjera en un país subdesarrollado. Marx habla del embrión del socialismo que crece y madura en el seno de la sociedad burguesa. En Rusia, puede

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

decirse, la revolución socialista intervino en una fase muy temprana del embarazo, mucho antes de que el embrión hubiera tenido tiempo de madurar. El resultado no fue un mortinato, pero tampoco el cuerpo viable del socialismo.

28

Quizá se pregunten qué quieren decir exactamente los marxistas con esta metáfora. La pregunta es ciertamente relevante para nuestro tema y -por casualidad- también para los problemas de la sociedad occidental. Marx describe cómo la industria moderna, al haber sustituido a los artesanos y agricultores independientes por trabajadores contratados, ha cambiado todo el proceso por el que el hombre sustenta su vida, el proceso de producción, transformándolo de una masa de actividades individuales inconexas en la actividad colectiva y agregada de un gran número de productores asociados. Con la división del trabajo y el avance tecnológico, nuestras fuerzas productivas se hacen cada vez más interdependientes y se integran, o tienden a integrarse, socialmente a escala nacional e incluso internacional. Esto es precisamente la "socialización" del proceso productivo, el embrión del socialismo en el seno del capitalismo. Este tipo de proceso productivo exige un control y una planificación sociales; la propiedad o el control privados están reñidos con él. El control privado, incluso tal como lo ejercen las grandes corporaciones modernas, seccionaliza y desorganiza un mecanismo social esencialmente integrado, que necesita ser integrado real y racionalmente.

Los argumentos marxistas contra el capitalismo se basan en gran medida, aunque no exclusivamente, en este argumento. Lo mismo ocurre con sus argumentos a favor del socialismo. Considera que el pleno desarrollo del carácter *social* del proceso productivo es la principal condición histórica previa del socialismo. Sin él, el socialismo sería un castillo en el aire. Tratar de imponer el control social sobre un modo de producción que no es inherentemente social es tan incongruente y anacrónico como mantener el control privado o seccional sobre el proceso productivo que es social.

29

En Rusia faltaba esta condición previa básica del socialismo, como debe faltar en cualquier país subdesarrollado. La agricultura, en la que más de tres cuartas partes de la población se ganaba la vida, estaba atomizada en 23 ó 24 millones de pequeñas explotaciones, controladas por las fuerzas espontáneas del mercado. La industria nacionalizada era un pequeño enclave en esta economía primitiva y anárquica. Esto significaba que Rusia no poseía otro prerrequisito esencial del socialismo: la abundancia de bienes y servicios que la sociedad debe tener si quiere satisfacer -en un alto nivel de civilización- las necesidades de sus miembros de una forma cercana a la igualdad. No hace mucho, la industria rusa ni siquiera podía producir los bienes que cualquier nación moderna necesita para su funcionamiento normal. Sin embargo, el socialismo no puede basarse en la miseria y la pobreza. Frente a ellas, todas sus aspiraciones son impotentes. La escasez engendra inexorablemente la desigualdad. Cuando no hay suficientes alimentos, ropa y vivienda para todos, una

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

minoría se apoderará de lo que pueda, mientras el resto pasa hambre, viste harapos y se hacina en tugurios. Todo esto estaba destinado a suceder en Rusia.

Además, el verdadero punto de partida fue un desastre total. Tras los años de guerra mundial, guerra civil e intervención extranjera, la poca industria que poseía Rusia se hundió en la ruina. La maquinaria y las existencias se agotaron. Económicamente, la nación retrocedió más de medio siglo. Los habitantes de las ciudades quemaron sus muebles para calentar sus viviendas. Decenas de millones de campesinos se vieron afectados por el hambre y vagaron por el país en busca de alimentos. Los pocos millones de trabajadores que habían ocupado las barricadas en 1917 se habían dispersado y, como fuerza social coherente, habían dejado de existir. Los más valientes habían perecido en la guerra civil; muchos habían ocupado puestos en la nueva administración, el ejército y la policía; un gran número había huido de las ciudades hambrientas; y los pocos que se quedaron pasaban más tiempo comerciando que trabajando, se convirtieron en *declasados* y fueron engullidos por los mercados negros. Estas eran las circunstancias formativas en el momento en que los bolcheviques, a principios de la década de 1920, intentaban dar forma a su régimen y consolidarlo. Para ello, no podían apoyarse en la clase de la que se habían considerado vanguardia, la clase que debía ser la maestra en el nuevo Estado, el pilar de la nueva democracia, el agente principal del socialismo. Esa clase se había desvanecido física y políticamente. Así, mientras la revolución burguesa, a pesar de la hambruna en el campo, sobrevivía en las realidades tangibles de la vida rural, la revolución socialista era como un fantasma suspendido en el vacío.

30

Estos fueron los auténticos orígenes de la llamada degeneración burocrática del régimen. En las circunstancias en que se encontraban, "dictadura proletaria", "democracia soviética", "control obrero de la industria" eran consignas casi vacías, en las que nadie podía insuflar contenido alguno. La idea de la democracia soviética, tal como la habían expuesto Lenin, Trotsky y Bujarin, suponía la existencia de una clase obrera activa, eternamente vigilante, que se afirmara no sólo contra el *ancien régime*, sino también contra cualquier nueva burocracia que pudiera abusar o usurpar el poder. Como la clase obrera no existía, los bolcheviques decidieron actuar como sus *locum tenentes* y fideicomisarios hasta que la vida se normalizara y surgiera una nueva clase obrera. Mientras tanto, consideraban su deber ejercer la "dictadura proletaria" en nombre de un proletariado inexistente, o casi inexistente. En ese camino estaba la dictadura burocrática, el poder incontrolado y la corrupción por el poder.

No es que los bolcheviques no fueran conscientes del peligro. Difícilmente se habrían asustado por el dictamen de Lord Acton sobre el poder.<sup>2</sup> Habrían estado de acuerdo con él. Además, comprendieron algo que Lord Acton y sus discípulos no

---

<sup>2</sup> El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente".

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

comprendieron, a saber, que la propiedad es también poder, poder concentrado, y que la propiedad cuasi monopolística de las grandes corporaciones es poder absoluto que actúa con mayor eficacia cuando está envuelto en una democracia parlamentaria. Los bolcheviques de Tíre eran también muy conscientes de los peligros del poder en la sociedad postcapitalista, no en vano soñaban con la desaparición del Estado. Yo, al menos, no conozco ningún libro que profundice más en las raíces de la corrupción por el poder que *El Estado y la Revolución* de Lenin (escrito de forma un tanto escolástica y dogmática). Hubo, pues, un elemento trágico en la suerte de los bolcheviques: toda su profunda y aguda conciencia del peligro no les salvó de él; y todo su aborrecimiento de la corrupción no les impidió sucumbir a ella.

31

Como partido revolucionario, no tenían elección, a menos que abdicaran y se despojaran del poder, cediéndolo de hecho a sus enemigos, a los que acababan de derrotar en la guerra civil. Los santos o los tontos podrían haber hecho esto; pero los bolcheviques no eran ni lo uno ni lo otro. Se encontraron inesperadamente en una posición que, *mutatis mutandis*, era comparable a la de los decembristas, populistas y *narodnovoltsy* en el siglo XIX, la posición de una élite revolucionaria, sin una clase revolucionaria detrás. Pero la élite era ahora el gobierno, sosteniendo una fortaleza asediada que había salvado precariamente pero que aún tenía que ser defendida, reconstruida desde las ruinas y convertida en la base de un nuevo orden social. Las fortalezas asediadas casi nunca se gobiernan de forma democrática. Los vencedores de una guerra civil rara vez pueden permitir la libertad de expresión y organización a los vencidos, especialmente cuando estos últimos están respaldados por poderosos Estados extranjeros. Por regla general, la guerra civil desemboca en el monopolio del poder por parte de los vencedores.<sup>3</sup> El sistema de partido único se convirtió para los bolcheviques en una necesidad ineludible. De él dependía su propia supervivencia y, sin duda, la supervivencia de la revolución. Su objetivo no era premeditado. Lo establecieron con recelo, como un recurso temporal.

32

El sistema de partido único iba en contra de las inclinaciones, la lógica y las ideas de Lenin, Trotsky, Kámenev, Bujarin, Lunacharsky, Rykov y tantos otros. Pero entonces la lógica de la situación se impuso y pasó por encima de sus ideas y escrúpulos. La conveniencia temporal se convirtió en la norma. El sistema de partido único adquirió una permanencia y un impulso propios. Por un proceso similar a la selección natural, la jerarquía del partido encontró a su líder, tras la muerte de Lenin, en Stalin, quien, debido a su extraordinaria capacidad, su carácter despótico y su absoluta falta de escrúpulos, era el más adecuado para ejercer el monopolio del poder. Más adelante examinaremos el uso que hizo de él en la transformación de la

---

<sup>3</sup> La Guerra Civil estadounidense parece ser una excepción. Ésta, sin embargo, fue una guerra civil que no dividió a la nación en su conjunto ni enfrentó a clases en todo Estados Unidos. El Norte estaba prácticamente unido en su determinación de impedir la secesión de los estados del Sur; su superioridad y preponderancia nunca estuvieron en peligro; y no hubo intervención extranjera armada.



## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

estructura social de la Unión Soviética y veremos cómo esta misma transformación, que mantuvo constantemente a la sociedad en un tremendo flujo, ayudó a perpetuar su poder. Sin embargo, incluso Stalin se consideraba el fideicomisario del proletariado y de la revolución. Jruschov, en su denuncia de los crímenes y la inhumanidad de Stalin en 1956, dijo de él: "Stalin estaba convencido de que esto era necesario para la defensa de los intereses de las clases trabajadoras. ... Consideraba todo esto desde el punto de vista ... de los intereses de los trabajadores ... del socialismo y del comunismo. No se puede decir que fueran los actos de un déspota vertiginoso. ... En esto reside toda la tragedia". Sin embargo, si al principio los bolcheviques se sintieron con derecho a actuar como fideicomisarios de la clase obrera sólo durante el ínterin de su dispersión y virtual ausencia, Stalin mantuvo el poder autocrático con todas sus fuerzas mucho tiempo después, frente a una clase obrera reagrupada y en rápido crecimiento; y utilizó todos los recursos del terror y el engaño para impedir que los trabajadores, y el pueblo en general, reclamaran sus derechos y su herencia revolucionaria.

La conciencia del partido estaba en perpetuo conflicto con estas realidades del monopolio del poder. Ya en 1922, Lenin, señalando a Stalin desde su lecho de muerte, advirtió al partido contra el 'Gran Matón', el *dzierzhyorda*, el chovinista Gran Ruso, que regresaba para oprimir a los débiles e indefensos; y confesó que se sentía 'profundamente culpable ante los obreros de Rusia' por no haberles hecho esta advertencia antes. Tres años más tarde, Kámenev intentó en vano recordar el testamento de Lenin en un tormentoso Congreso del Partido. En 1926 Trotsky, en una sesión del Buró Político, señalando también a Stalin, le lanzó a la cara las palabras: 'Sepulturero de la revolución'. Es el nuevo Genghiz Khan" -esta fue la aterrizada premonición de Bujarin en 1928- "nos masacrará a todos... va a ahogar en sangre los levantamientos de los campesinos". Y éstas no eran observaciones hechas al azar por unos pocos dirigentes. Detrás de estos hombres surgieron siempre nuevas oposiciones que intentaban devolver al partido a sus tradiciones democrático-revolucionarias y a sus compromisos socialistas. Esto es lo que intentaron hacer la Oposición Obrera y los Centralistas Democráticos ya en 1921 y 1922, los trotskistas a partir de 1923, los zinovievistas de 1925 a 1927, los bujarinistas en 1928 y 1929, y grupos menos articulados, incluso estalinistas, en otros momentos.

33

No puedo entrar aquí en la historia de estas luchas y purgas -la he relatado en otro lugar-. Es evidente que, a medida que se iban reprimiendo los sucesivos cismas, el monopolio del poder se hacía cada vez más estrecho y rígido. Al principio, el partido único seguía dejando libertad de expresión y de iniciativa política al menos a sus propios miembros. Luego la oligarquía gobernante les privó de esa libertad; y el monopolio del partido único se convirtió de hecho en el monopolio de una sola facción, la facción estalinista. En la segunda década de la revolución tomó forma el

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

monolito totalitario. Finalmente, el gobierno de la facción única se convirtió en el gobierno personal de su jefe. El hecho de que Stalin sólo pudiera establecer su autocracia sobre los cadáveres de la mayoría de los líderes originales de la revolución y sus seguidores, y que tuviera que escalar sobre los cadáveres incluso de los buenos estalinistas de la I, da una medida de la profundidad y fuerza de la resistencia que tuvo que romper.

Las metamorfosis políticas del régimen fueron acompañadas de un envejecimiento de las ideas de 1917. Se enseñó a la gente que el socialismo no sólo requería propiedad y planificación nacional, rápida industrialización, colectivización y educación popular, sino que, de alguna manera, el llamado culto al individuo, el burdo privilegio y el vehemente antiigualitarismo y la omnipotencia de la policía eran parte integrante de la nueva sociedad. El marxismo, la más crítica e irreverente de las doctrinas, fue vaciada de su contenido y reducida a un conjunto de sofismas o cationes casi eclesiásticas, diseñadas para justificar cada uno de los decretos de Stalin y cada uno de sus caprichos pseudoteóricos. Los efectos devastadores que todo esto tuvo sobre la ciencia, el arte, la literatura y el clima moral del país soviéticos son bien conocidos. Y, como el estalinismo fue, durante tres décadas, la doctrina oficial de una organización mundial, este envejecimiento del socialismo y del marxismo tuvo repercusiones trascendentales también en el ámbito internacional, especialmente en el movimiento obrero occidental; y me propongo examinarlas en un contexto diferente.

34

La revolución rusa tuvo algunas vetas de irracionalidad en común con las revoluciones burguesas de las que fue la última. Este es, en cierto sentido, el elemento burgués de su carácter. Como maestro de las purgas, Stalin era descendiente de Cromwell y Robespierre. Su terror fue mucho más cruel y repulsivo que el de ellos, porque ejerció el poder durante un período mucho más largo, en circunstancias más desalentadoras y en un país acostumbrado a lo largo de los siglos a la brutalidad bárbara de sus gobernantes. Stalin, recordémoslo, era también descendiente de Iván el Terrible, Pedro el Grande, Nicolás I y Alejandro III. De hecho, el estalinismo puede describirse como la amalgama del marxismo con el atraso primordial y salvaje de Rusia. En cualquier caso, en Rusia las aspiraciones de la revolución y sus realidades estaban mucho más separadas que en ningún otro lugar; y por ello se necesitó mucha más sangre y mucha más hipocresía para encubrir la terrible discrepancia.

¿En qué reside entonces, se preguntará, la continuidad de la revolución? ¿Qué realidad tiene después de todas estas metamorfosis políticas e ideológicas, después de tantas erupciones de terror y otros cataclismos? Preguntas similares se han planteado con referencia a otras revoluciones. ¿Dónde y cuándo, por ejemplo, concluyó la Revolución Francesa? ¿Fue cuando los jacobinos suprimieron la Comuna y los *Enrages*? ¿O cuando Robespierre subió a la guillotina? ¿En el momento de la

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

coronación de Napoleón? ¿O en el momento de su destronamiento?

35

La mayoría de estos acontecimientos, a pesar de su carácter drástico, están envueltos en la ambigüedad; sólo la caída de Napoleón marca inequívocamente el final del ciclo histórico. En Rusia, una ambigüedad similar rodea acontecimientos como el levantamiento de Kronstadt en 1921, la derrota de Trotsky en 1923, su expulsión en 1927, las purgas de los años treinta, las revelaciones de Jruschov sobre Stalin en 1956, por mencionar sólo éstos. Los sectarios discutirán interminablemente sobre estas rupturas en la continuidad y señalarán en cuál de ellas la revolución fue "finalmente" traicionada y derrotada. (Curiosamente, el propio Trotsky, en los años de su último exilio, intentó persuadir a algunos de sus partidarios demasiado entusiastas de que la revolución no había llegado a su fin con su propia deportación). Estas disputas sectarias tienen su propia importancia, especialmente para los historiadores, que pueden extraer de ellas algunos granos de verdad. Los historiadores franceses, los mejores, se dividen hasta hoy en pro y antijacobinos, dantonistas, robespierristas, hebertistas, defensores de la Comuna, termidorianos y antitermidorianos, bonapartistas y antibonapartistas; y sus controversias han tenido siempre una estrecha relación con las preocupaciones políticas actuales de los franceses. Estoy convencido de que los historiadores soviéticos también estarán divididos durante muchas generaciones, como lo estuvimos los participantes del movimiento comunista en los años veinte y treinta, en trotskistas, estalinistas, bujarinistas, zinovievistas, decemistas, etc.; y espero que algunos de ellos sean capaces de producir, sin miedo ni vergüenza, apologías también para los mencheviques y los socialrevolucionarios.

Pero la cuestión de la continuidad de la revolución no se resuelve en esas disputas, sino que las trasciende. Debe ser, y es, juzgada por otros criterios más amplios. No hace falta ir tan lejos como Clemenceau, que dijo en una ocasión que "la revolución es un bloque único del que no se puede sustraer nada". Pero el enfoque de Clemenceau es válido, aunque el "bloque" sea una aleación con mucho metal común.

36

Una manera de abordar nuestro problema es decir que los contemporáneos de una revolución reconocen su continuidad por las actitudes que adoptan hacia ella, por sus políticas y sus actos. También lo hacen en nuestro tiempo. La gran fractura de 1917 sigue más presente que nunca en la conciencia de la humanidad. Para nuestros estadistas e ideólogos, e incluso para la gente corriente, las cuestiones que plantea siguen sin resolverse. Y el hecho de que los gobernantes y dirigentes de la Unión Soviética nunca hayan dejado de invocar sus orígenes revolucionarios, también ha tenido su lógica y sus consecuencias. Todos ellos, incluidos Stalin, Jruschov y los sucesores de éste, han tenido que cultivar en la mente de su pueblo el sentido de la continuidad de la revolución. Han tenido que reiterar las promesas de 1917, incluso cuando ellos mismos las incumplían; y han tenido que reafirmar, una

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

y otra vez, el compromiso de la Unión Soviética con el socialismo. Estas promesas y compromisos han sido inculcados a cada nueva generación y grupo de edad, en la escuela y en la fábrica. La tradición de la revolución ha dominado el sistema educativo soviético. Esto en sí mismo es un potente factor de continuidad. Es cierto que el modelo educativo está diseñado para ocultar las rupturas en la continuidad, para falsificar la historia y para explicar sus contradicciones e irracionalidades. Sin embargo, a pesar de todo esto, el sistema educativo ha despertado constantemente en la masa del pueblo la conciencia de su herencia revolucionaria.

Detrás de estos fenómenos ideológicos y políticos está la continuidad real de un sistema basado en la abolición de la propiedad privada y la completa nacionalización de la industria y la banca. Todos los cambios de gobierno, de dirección del partido y de política no han afectado a esta "conquista de Octubre" básica e inviolable. Esta es la roca sobre la que descansa la continuidad ideológica. Las relaciones de propiedad o las formas de propiedad no son un factor pasivo o indiferente en el desarrollo de la sociedad. Sabemos cuán profundamente ha alterado el modo de vida y la forma de la sociedad occidental el paso de las formas de propiedad feudales a las burguesas. Ahora, la propiedad nacional integral y plena de los medios de producción implica una transformación a largo plazo aún más polifacética y fundamental. Sería erróneo pensar que sólo hay una diferencia cuantitativa entre la nacionalización de, digamos, el 25% de la industria y el 100% de la propiedad pública. La diferencia es cualitativa. En una sociedad industrial moderna, la propiedad pública integral está destinada a crear un entorno esencialmente nuevo para la actividad productiva y las actividades culturales del hombre. Dado que la Rusia posrevolucionaria no era una sociedad industrial moderna, la propiedad nacional *per se* no podía crear ese entorno cualitativamente nuevo, sino sólo algunos elementos del mismo. Incluso esto bastó para influir decisivamente en la evolución de la Unión Soviética y dar cierta unidad a los procesos de su transformación social.

37

He hablado de la incongruencia del intento de establecer un control social sobre un proceso productivo que no es de carácter social, y también de la imposibilidad de un socialismo basado en la necesidad y la escasez. Toda la historia de la Unión Soviética en estos cincuenta años ha sido una lucha, en parte exitosa y en parte no, para resolver esta incongruencia y superar la necesidad y la escasez. Esto significó, en primer lugar, la industrialización intensiva como un medio hacia un fin, no un fin en sí misma. Las relaciones de propiedad feudales e incluso burguesas pueden ser compatibles con el estancamiento económico o con un ritmo de crecimiento lento. La propiedad nacional no lo es, especialmente cuando se ha establecido en un país subdesarrollado mediante una revolución proletaria. El sistema lleva en sí la compulsión al avance rápido, la necesidad de luchar por la abundancia y la urgencia de desarrollar ese proceso productivo social que exige un control social racional. En el curso del avance, que fue para Rusia mucho más difícil de lo necesario debido a

## II. Rupturas en la continuidad revolucionaria

las guerras, las carreras armamentísticas y el despilfarro burocrático, surgieron contradicciones siempre nuevas; y los medios y los fines se confundieron perpetuamente. A medida que se acumulaba la riqueza nacional, la masa de los consumidores, que son también los productores, se veía expuesta a la necesidad y la pobreza continuas e incluso agravadas; y el control burocrático sobre todos los aspectos de la vida nacional sustituía al control y la responsabilidad sociales. El orden de prioridades estaba como invertido. Las formas del socialismo se habían forjado antes de que estuviera disponible el contenido, la sustancia económica y cultural; y a medida que se producía el contenido, las formas se deterioraban o se distorsionaban. Al principio, las instituciones sociopolíticas creadas por la revolución se elevaban por encima del nivel real de la existencia material y cultural de la nación; luego, a medida que ese nivel subía, el orden sociopolítico se deprimía bajo él por el mero peso de la burocracia y el estalinismo. Incluso el fin fue rebajado al nivel de los medios: la imagen ideal de una sociedad sin clases fue arrastrada a las miserias de este periodo de transición y a las crudas necesidades de una primitiva acumulación de riqueza.

38

Esta inversión de las prioridades sociales, esta confusión de fines y medios, y la desarmonía resultante entre las formas y el contenido de la vida nacional son las fuentes más profundas de las crisis, los fermentos y la agitación de la era post-Stalin. El control burocrático, ese sustituto del control social, se ha convertido en un freno para el progreso; y la nación anhela gestionar su propia riqueza y ser dueña de sus propios destinos. No sabe muy bien cómo expresar sus aspiraciones ni qué hacer al respecto. Décadas de gobierno totalitario y disciplina monolítica han despojado al pueblo de su capacidad de autoexpresión, acción espontánea y autoorganización. Los grupos gobernantes juegan con las reformas económicas, aflojan su control sobre la mente de la nación y, sin embargo, hacen lo que pueden para mantener al pueblo inarticulado y pasivo. Estos son los límites de la desestalinización oficial, detrás de la cual se esconde una desestalinización no oficial, una expectativa generalizada de cambio de raíz. Tanto la política oficial como los ánimos no oficiales se alimentan de recuerdos no susurrados o revividos del primer periodo heroico de la revolución, con su libertad, racionalidad y humanidad mucho mayores. Este aparente retorno al pasado, con la incesante peregrinación a la tumba de Lenin, cubre probablemente una incómoda pausa entre la era de Stalin y algún nuevo comienzo en el pensamiento creativo y la acción histórica de la Unión Soviética. Cualquiera que sea la verdad, el malestar, las búsquedas del corazón y los tanteos de la era post-Stalin atestiguan a su manera la continuidad de la época revolucionaria.

## III. La estructura social

Examinemos ahora en términos generales los cambios que han tenido lugar en la estructura social de la U.R.S.S.-tal estudio puede presentar algo así como un balance sociológico provisional de estos cincuenta años.

Discutiendo anteriormente la cuestión de la continuidad de la revolución, subrayé la importancia de la circunstancia de que el Estado, y no la "empresa privada" o la gran corporación capitalista, ha estado a cargo de la industrialización y modernización de la Unión Soviética. Este hecho ha determinado la dinámica del crecimiento económico soviético y el carácter de la transformación social. No es necesario detenerse aquí en el aspecto estrictamente económico del problema. Todos sabemos que la Unión Soviética ha ascendido desde la posición de la más atrasada de las grandes naciones europeas hasta el rango de segunda potencia industrial del mundo; las consecuencias internacionales de su ascenso han estado con nosotros todo el tiempo durante estas últimas décadas. Sin embargo, debo confesar, como uno de los que presenciaron de cerca las primeras fases de este ascenso y las terribles dificultades que lo acompañaron, que no me he acostumbrado a dar por sentado el resultado. En 1930, por ejemplo, y ni siquiera en 1940, habría creído que la Unión Soviética progresaría tan rápidamente como lo hizo y que en 1967 produciría -por citar sólo un indicio- 100 millones de toneladas de acero al año. Esto es más de lo que producen Gran Bretaña, la República Federal Alemana, Francia e Italia juntas, y sólo 20 millones de toneladas menos de lo que producen las acerías de Estados Unidos. Por supuesto, las industrias de consumo van muy a la zaga. Pero dejando a un lado las estadísticas económicas, voy a considerar aquí los acompañamientos sociológicos y las consecuencias del avance económico.

Antes de seguir adelante, quizá debamos recordar que estos cincuenta años no han sido un período ininterrumpido de crecimiento y desarrollo. Siete u ocho de los cincuenta años fueron ocupados por las hostilidades armadas que provocaron graves reveses y una destrucción generalizada, sin parangón en ningún otro país beligerante. Otros doce o trece años se dedicaron a reponer las pérdidas. Los periodos reales de crecimiento abarcan los años de 1928 a 1941 y de 1950 en adelante, unos treinta años en total. Y en estos años una proporción inusualmente alta de los recursos soviéticos, alrededor de una cuarta parte de la renta nacional por término medio, fue absorbida en las carreras armamentísticas que precedieron y

### III. La estructura social

siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Si se pudiera calcular el avance en unidades ideales de años verdaderamente pacíficos, se llegaría a la conclusión de que la Unión Soviética logró su progreso en veinte o, como máximo, veinticinco años. Hay que tener esto en cuenta cuando se trata de evaluar los resultados. Pero, por supuesto, la sociedad soviética actual es el producto de la agitación de este medio siglo, de modo que en su desarrollo la ganancia y la pérdida, la construcción y la destrucción, han sido inseparables; y la combinación de esfuerzo productivo, trabajo improductivo y despilfarro ha afectado tanto a la vida material como al clima espiritual de la U.R.S.S.

43

La primera y más llamativa característica de la escena transformada es la urbanización masiva de la URSS. Desde la revolución, la población de las ciudades ha aumentado en más de 100 millones de personas. También en este caso es necesario corregir la escala temporal. La primera década después de 1917 estuvo marcada por una despoblación de las ciudades y un lento movimiento inverso. El efecto de la Segunda Guerra Mundial fue el mismo, al menos en la Rusia europea. Los periodos de urbanización intensiva fueron entre los años 1930 y 1940 y entre 1950 y 1965. Se construyeron unas 800 ciudades grandes y medianas y más de 2.000 pequeños asentamientos urbanos. En 1926 sólo había 26 millones de habitantes en las ciudades. En 1966 eran unos 125 millones. Sólo en los últimos quince años, la población urbana ha aumentado en 53 ó 54 millones de personas, es decir, tanto como toda la población de las Islas Británicas. En el transcurso *de* una generación, el porcentaje de habitantes de las ciudades con respecto a la población total ha pasado del 15% al 55%, y está aumentando rápidamente hasta el 60%. En los Estados Unidos -para tomar el récord anterior en este campo- se necesitaron más de 160 años para que la población urbana aumentara en 100 millones de personas; o, si se hace la comparación porcentual más pertinente, se necesitó un siglo entero, de 1850 a 1950, para que la proporción de habitantes de las ciudades aumentara del 15% al 60%. A lo largo de esos cien años, el crecimiento fenomenal de las ciudades y pueblos estadounidenses se vio estimulado y facilitado por la inmigración masiva, la afluencia de capital y conocimientos extranjeros, y la inmunidad frente a la invasión extranjera y la destrucción en tiempos de guerra, por no hablar de los alicientes del clima. La urbanización soviética, en ritmo y escala, no tiene parangón en la historia. Semejante cambio en la estructura social, incluso si se hubiera producido en circunstancias más favorables, habría creado enormes y desconcertantes problemas de vivienda, asentamiento, salud y educación; y las circunstancias soviéticas estaban como diseñadas para intensificar y magnificar sin medida la agitación y los choques.

Sólo una pequeña parte de la expansión se debió al crecimiento natural o a la migración de los habitantes de las ciudades. La mayor parte de los nuevos habitantes de las ciudades eran campesinos, trasladados de las aldeas, año tras año, y destinados al trabajo industrial. Al igual que las antiguas naciones avanzadas de

### III. La estructura social

Occidente, la Unión Soviética encontró en el campesinado la principal reserva de mano de obra industrial. En las primeras etapas, el crecimiento de la empresa capitalista en Occidente estuvo a menudo acompañado por la expropiación forzosa de los campesinos -en Gran Bretaña por las "ericrosuras"- y por una legislación laboral draconiana. Más tarde, Occidente confió principalmente en el trabajo espontáneo del mercado de trabajo, con sus leyes de oferta y demanda, para aportar la mano de obra necesaria a la industria. Este eufemismo significa que en el curso de muchas décadas, si no de siglos, la superpoblación rural, y'a veces la hambruna, arrojaron grandes masas de manos redundantes al mercado de trabajo. En la Unión Soviética, el Estado aseguraba la oferta de mano de obra mediante la planificación y la dirección. Su posición económica dominante fue el factor decisivo; sin ella, difícilmente habría sido posible llevar a cabo una transformación tan gigantesca en tan poco tiempo.

44

El traslado de la población rural comenzó en serio a principios de la década de 1930 y estuvo estrechamente relacionado con la colectivización de la agricultura, que permitió a los organismos gubernamentales hacerse con el excedente de mano de obra de las granjas y trasladarlo a la industria. Los comienzos del proceso fueron extremadamente difíciles e implicaron el uso de mucha fuerza y violencia. Los hábitos de la vida industrial sedentaria, regulada por la sirena de la fábrica, que en otros países habían sido inculcados a los trabajadores, de generación en generación, por la necesidad económica y la legislación, faltaban en Rusia. Los campesinos habían estado acostumbrados a trabajar en sus campos al ritmo de la severa naturaleza rusa, a trabajar de sol a sol en verano y a dormir en lo alto de sus estufas la mayor parte del invierno. Ahora tenían que ser forzados y condicionados a una rutina de trabajo completamente nueva. Se resistían, trabajaban con pereza, rompían o estropeaban las herramientas y se desplazaban sin descanso de una fábrica a otra y de una mina a otra. El gobierno impuso la disciplina mediante severos códigos laborales, amenazas de deportación y deportación real a campos de trabajos forzados. La falta de vivienda y la aguda escasez de bienes de consumo, debida en gran medida a actos deliberados de una política anticonsumista -el gobierno estaba empeñado en obtener la máxima producción de bienes de producción y municiones-, agravaron las penurias y las turbulencias. En las ciudades era frecuente, incluso hace poco, que varias familias compartieran una sola habitación y una cocina; y en los asentamientos industriales, las masas de trabajadores fueron hacinadas en banacks durante muchos años. La delincuencia era rampante. Sin embargo, al mismo tiempo, muchos millones de hombres y mujeres recibían educación primaria e incluso secundaria, se formaban en oficios industriales y se adaptaban al nuevo modo de vida.

45

Con el paso del tiempo, disminuyeron las fricciones sociales y los conflictos engendrados por la agitación. Desde la Segunda Guerra Mundial, las hazañas de la



### III. La estructura social

industria y el armamento soviéticos parecen justificar retrospectivamente incluso la violencia, el sufrimiento, la sangre y las lágrimas. Pero se puede sostener, como yo he sostenido a lo largo de todas estas décadas, que sin la violencia, la sangre y las lágrimas, la gran obra de construcción podría haberse realizado de forma mucho más eficiente y con secuelas sociales, políticas y morales más saludables. Cualquiera que sea la verdad del asunto, la transformación de la estructura social continúa; y continúa sin tal estímulo forzoso. Año tras año, la población urbana se expande en la misma escala que antes; y el proceso, aunque planificado y regulado, obedece a su propio ritmo. En la década de 1930, el gobierno tuvo que arrastrar a una masa hosca de campesinos a las ciudades; en esta última década, más o menos, se ha enfrentado a una afluencia espontánea de gente del campo a las ciudades; y ha tenido que esforzarse y hacer la vida rural un poco más atractiva para mantener la mano de obra joven en las granjas. Pero es probable que la tendencia demográfica actual continúe y que, dentro de diez o quince años, tres cuartas partes de la población vivan en ciudades.

Los obreros industriales, la pequeña minoría de 1917, forman ahora la clase social más numerosa. El Estado emplea a cerca de 78 millones de personas en talleres y oficinas; empleaba a 27 millones tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Más de 50 millones de personas trabajan en las industrias primarias y manufactureras, en la construcción, el transporte, las comunicaciones y en las explotaciones agrícolas estatales. El resto se gana la vida en diversos servicios: 13 millones en sanidad, educación e investigación científica. No es fácil distinguir con precisión el número de trabajadores manuales y técnicos del de oficinistas, ya que las estadísticas soviéticas los agrupan; el significado sociológico de este hecho se analizará más adelante. El número de trabajadores propiamente dichos puede estimarse entre 50 y 55 millones.

46

La clase obrera está muy estratificada. La política laboral de Stalin se centró en escalas salariales diferenciadas y elevó a la aristocracia obrera por encima de la masa de trabajadores poco o nada cualificados y mal pagados. Hasta cierto punto, esto se justificaba por la necesidad de ofrecer incentivos a la cualificación y la eficacia; pero las discrepancias salariales iban mucho más allá. Su alcance real estaba y sigue estando rodeado de un extraordinario secretismo. Desde la década de 1930, el gobierno no ha publicado los datos relevantes sobre la estructura salarial nacional, y los estudiantes han tenido que contentarse con información fragmentaria. Durante toda la época de Stalin se llevó a cabo una feroz caza de brujas contra los niveladores -o los "pequeños burgueses igualitarios"-, pero fue menos eficaz de lo que parecía, y desde luego menos que la caza de brujas política.

La supresión de datos sobre la estructura de sueldos y salarios indica con qué conciencia culpable los grupos gobernantes, bajo Stalin y después de él, han llevado a cabo su política antiigualitaria. Ninguna conciencia culpable de este tipo impide a

### III. La estructura social

nuestros capitanes de la industria hacer publicidad de sus beneficios o inhibe a nuestros gobiernos de revelar los datos sobre nuestras escalas de sueldos y salarios. Por supuesto, en la Unión Soviética no existe nada parecido a nuestra desigualdad "normal" entre ingresos ganados y no ganados. La desigualdad del neumático está en los ingresos ganados. Sin embargo, exponer toda su magnitud sería evidentemente una empresa demasiado arriesgada y peligrosa para cualquier gobierno soviético. Las discrepancias en los ingresos de los trabajadores parecen similares a las que pueden encontrarse en la mayoría de los demás países; y se reducen por el mayor valor de los servicios sociales más completos de la Unión Soviética. En los últimos años, la estructura salarial ha sido revisada una y otra vez. El primer periodo de desestalinización trajo consigo una evidente reducción de las desigualdades cuyo alcance es difícil de evaluar. Posteriormente, la "nueva" política salarial ha encontrado una resistencia cada vez mayor por parte de los directivos y de la aristocracia laboral. Sin embargo, en una economía en continua y rápida expansión, la elevada movilidad social no permite que la estratificación se vuelva excesivamente rígida. Grandes masas de trabajadores se forman constantemente para empleos cualificados y pasan de los grupos de ingresos más bajos a los más altos.

47

La estratificación social y cultural de la clase obrera es a veces incluso más importante que la económica. Se trata de un tema que no se presta a una descripción o un análisis sociológico tajante; todo lo que puedo hacer aquí es intentar transmitir una idea general del mismo e indicar su complejidad. El prodigioso crecimiento de la clase obrera ha dado lugar a numerosas discrepancias e incongruencias sociales y culturales, reflejo de las sucesivas fases de industrialización y de su superposición. Cada fase dio origen a un estrato diferente de la clase obrera y produjo escisiones significativas. El grueso de la clase obrera está fuertemente marcado por sus orígenes campesinos. Son muy pocas las familias obreras asentadas en la ciudad desde antes de la revolución que tienen algún tipo de tradición industrial y recuerdos de la lucha de clases prerrevolucionaria. En efecto, la capa obrera más antigua es la que se formó durante el periodo de reconstrucción de los años veinte. Su adaptación al ritmo de la vida industrial fue relativamente fácil: estos trabajadores acudían a la fábrica por voluntad propia y aún no estaban sometidos a una estricta regimentación. Sus hijos son el elemento más asentado y más marcadamente urbano de la población industrial. De sus filas salieron los *vydvizhentsy*, los elementos directivos y la aristocracia obrera de los años treinta y cuarenta. Los que permanecieron en sus filas fueron los últimos trabajadores soviéticos que, bajo la Nueva Política Económica, pudieron participar libremente en actividades sindicales, incluso en huelgas, y gozar de cierta libertad de expresión política.

48

El contraste entre esta capa y la siguiente es extremadamente agudo. Veinte millones de campesinos fueron trasladados a las ciudades durante la década de 1930.

### III. La estructura social

Su adaptación fue dolorosa y brusca. Durante mucho tiempo siguieron siendo aldeanos desarraigados, habitantes de la ciudad contra su voluntad, desesperados, anárquicos e indefensos. Se les sometió a los hábitos del trabajo en las fábricas y se les mantuvo bajo control mediante una disciplina despiadada. Fueron ellos quienes dieron a las ciudades soviéticas el aspecto gris, miserable y semibárbaro que tan a menudo asombraba a los visitantes extranjeros. Introdujeron en la industria *el* crudo individualismo *de los muzhiks*. La política oficial jugó con él, incitando a los reclutas industriales a competir entre sí por primas, primas y tarifas múltiples por pieza. De este modo, el obrero se volvió contra el obrero en el banco de la fábrica, y se utilizaron pretextos de "competencia socialista" para impedir la formación y manifestación de cualquier solidaridad de clase. El terror de los años 30 dejó una huella indeleble en los hombres de esta categoría. La mayoría de ellos, ahora en la cincuentena, son probablemente -sin culpa alguna- el elemento más atrasado entre los trabajadores soviéticos: incultos, adquisitivos, serviles. Sólo en su segunda generación pudo esta capa de la clase obrera superar los choques iniciales de la urbanización.

Los campesinos que llegaron a las fábricas tras la Segunda Guerra Mundial seguían padeciendo las duras condiciones de vida, la práctica falta de vivienda, la severa disciplina laboral y el terror. Pero la mayoría habían llegado a la ciudad voluntariamente deseosos de escapar de pueblos devastados y famélicos. Habían sido preparados para la disciplina industrial por años de vida en el ejército y encontraron en sus nuevos lugares un entorno más capaz de absorber y asimilar a los recién llegados que las ciudades y asentamientos fabriles de los años treinta. El proceso de adaptación fue menos doloroso. Fue aún más fácil para las siguientes hornadas de aprendices que llegaron a las fábricas durante los años posteriores a Stalin, cuando se abolieron los antiguos códigos laborales, y que se establecieron en sus ocupaciones relativamente libres de la necesidad y el miedo. Los grupos de edad más jóvenes, los últimos inmigrantes y los hijos criados en la ciudad de los primeros han llegado a los talleres con una confianza en sí mismos de la que carecían sus mayores y han desempeñado un papel importante en la reforma de las rutinas laborales obsoletas y en el cambio del clima de la vida en las fábricas soviéticas. Casi todos ellos tienen estudios secundarios ("completos o incompletos"), y muchos siguen cursos académicos extramuros. A menudo se han enfrentado a sus capataces y gerentes, menos eficientes y civilizados. Este es probablemente el grupo más progresista de la clase obrera soviética, compuesto por los constructores de centrales nucleares, ordenadores y naves espaciales, trabajadores tan productivos como sus homólogos estadounidenses, aunque la productividad media soviética por hora-hombre sigue siendo sólo el 40% de la productividad estadounidense o incluso menos. La baja media se debe, por supuesto, a la gran diversidad de la mano de obra industrial soviética, a los muchos niveles diferentes y desiguales de cultura y eficiencia, que acabo de intentar trazar. Aun así, la productividad media soviética es

algo superior a la europea occidental; y conviene recordar que en los años veinte, cuando la productividad americana era aproximadamente un tercio de la actual, la producción soviética por hora-hombre era sólo una décima parte de la americana.

49

Esta descripción demasiado somera sólo nos da una idea general de la extraordinaria heterogeneidad social y cultural de la clase obrera soviética. El proceso de transplante y expansión fue demasiado rápido y tormentoso para permitir la asimilación mutua de las diversas capas, la formación de una perspectiva común y el crecimiento de la solidaridad de clase. Hemos visto cómo pocos años después de la revolución la contracción y desintegración de la clase obrera había permitido a la burocracia establecerse como la fuerza social dominante. Lo que vino después le permitió consolidar esta posición. La forma en que se reclutó a los nuevos obreros de las fábricas y el furioso ritmo de crecimiento mantuvieron a la clase obrera en un estado de desorganización y fragmentación permanente, incapaz de ganar cohesión, equilibrio, unidad y de encontrar una identidad sociopolítica. Los trabajadores estaban incapacitados por el propio aumento de su número. La burocracia hizo lo que pudo para mantenerlos en este estado. No sólo los enfrentó entre sí en los bancos de la fábrica, sino que avivó todas sus antipatías y antagonismos mutuos. Les negó el derecho a plantear reivindicaciones y a defenderse a través de los sindicatos. Pero estos artificios y el terror no habrían sido tan eficaces si la clase obrera no se hubiera visto desgarrada por sus propias fuerzas centrífugas. Lo que empeoró las cosas fue que la promoción constante de trabajadores brillantes y enérgicos a puestos directivos privó a las bases de portavoces y líderes potenciales. Aunque la educación era escasa entre los trabajadores, esta fuga de cerebros tuvo importantes consecuencias: la movilidad social que benefició a algunos de los trabajadores, condenó al resto a la debilidad social y política.

50

Si este análisis es correcto, las perspectivas de futuro pueden ser más esperanzadoras. Se está produciendo un proceso objetivo de consolidación e integración en la clase obrera, que va acompañado de un crecimiento de la conciencia social. Esto -así como las exigencias del progreso tecnológico- ha obligado al grupo dirigente a barrer la vieja disciplina de fábrica y a conceder a los trabajadores mucho más margen de maniobra del que tenían en la época de Stalin. De ahí a la libertad de expresión y a la participación real de los trabajadores en el control de la industria hay todavía un largo trecho. Sin embargo, a medida que la clase obrera se vuelve más educada, homogénea y segura de sí misma, es probable que sus aspiraciones se centren en estas reivindicaciones. Y si esto ocurre, los trabajadores pueden volver a entrar en la escena política como un factor independiente, dispuestos a desafiar a la burocracia y a reanudar la lucha por la emancipación en la que obtuvieron una victoria tan estupenda en 1917, pero que durante tanto tiempo no han sido capaces de continuar.

El reverso de la expansión de la clase obrera es la contracción del campesinado. Hace cuarenta años, los pequeños propietarios rurales constituían más de las tres cuartas partes de la nación; en la actualidad, los agricultores colectivizados constituyen sólo una cuarta parte. La desesperada resistencia de los campesinos a esta tendencia, la furiosa violencia que se desató contra ellos, la forma en que se vieron obligados a contribuir a la industrialización, y el resentimiento y la lentitud con que han cultivado la tierra bajo la administración colectivista, todo esto es ahora de dominio público. Pero, como dice el profesor Butterfield en un contexto algo diferente: "Los contemporáneos tienden a valorar la revolución demasiado exclusivamente por sus atrocidades, mientras que la posteridad siempre parece equivocarse por su incapacidad para tenerlas en cuenta o apreciarlas vívidamente."<sup>1</sup>

51

Como testigo de la colectivización a principios de la década de 1930 y severo crítico de sus métodos forzosos, me gustaría reflexionar aquí sobre el trágico destino del campesinado ruso. Bajo el *antiguo régimen*, el campo ruso era periódicamente arrasado por el hambre, como lo fue el campo chino y como lo sigue siendo el de la India. En los intervalos entre las hambrunas, incontables (estadísticamente inadvertidos) millones de campesinos y niños campesinos morían de malnutrición y enfermedades, como sigue ocurriendo en tantos países subdesarrollados.<sup>2</sup> El antiguo sistema no era menos cruel con el campesinado que el gobierno de Stalin, sólo que su crueldad parecía formar parte del orden natural de las cosas, que incluso la conciencia sensible del moralista tiende a dar por sentado. Esto no puede excusar ni mitigar los crímenes de la política estalinista; pero puede situar el problema en la perspectiva adecuada. Los que sostienen que todo habría ido bien si se hubiera dejado en paz a *los muzhiks*, los idealizadores de la antigua forma de vida rural y del individualismo del campesinado, están propalando un idilio que es producto de su imaginación. En cualquier caso, el antiguo minifundio primitivo era demasiado arcaico para sobrevivir en la época de la industrialización. No ha sobrevivido ni en este país ni en Estados Unidos; e incluso en Francia, su patria clásica, hemos sido testigos de una dramática reducción del campesinado en los últimos años. En Rusia,

---

<sup>1</sup> H. Butterfield, *Christianity and History* (Londres, 1949), p. 143.

<sup>2</sup> Esto es, por ejemplo, lo que *el* corresponsal de *The Times* en Delhi escribió el 3 de febrero de 1967 bajo el título "Los aldeanos de Bihar ahora mueren lentamente de hambre": "Los informes de los distritos más afectados sugieren que la lenta hambruna ya ha marcado a las comunidades más pobres de las aldeas". En efecto, "quizás 20 millones de jornaleros sin tierra de las zonas afectadas de Uttar Pradesh oriental, así como de Bihar" están amenazados por la hambruna, a menos que sean alimentados por la administración hasta el otoño. El horror se vio agravado por una amenaza simultánea de hambruna de agua: "... una vez que los pozos de los pueblos se sequen, la gente saldrá en busca de agua. El gran número de personas que se desplazan en busca de agua debe complicar enormemente la tarea de darles de comer". Al mismo tiempo, *Le Monde* informaba de que el 50% de los niños de Senegal morían antes de cumplir los cinco años a causa de la malnutrición y las enfermedades. Estos hechos se dieron a conocer, como pequeñas noticias, en un solo día.

el minifundio era un obstáculo formidable para el progreso de la nación: era incapaz de proporcionar alimentos a la creciente población urbana; ni siquiera podía alimentar a los niños del campo superpoblado. La única alternativa razonable a la colectivización forzosa residía en alguna forma de colectivización o cooperación basada en el consentimiento del campesinado. Nadie puede decir ahora con certeza hasta qué punto era realista esta alternativa para la URSS. Lo que es seguro es que la colectivización forzosa ha dejado un legado de ineficacia agrícola y antagonismo entre la ciudad y el campo que la Unión Soviética aún no ha superado.

52

Estas calamidades se han visto agravadas por otro golpe más que ha sufrido el campesinado, un golpe que supera todas las atrocidades de la colectivización. La mayoría de los 20 millones de hombres que la Unión Soviética perdió en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial eran campesinos. Tan grande era el déficit de mano de obra rural que a finales de los años cuarenta y en los cincuenta en la mayoría de los pueblos sólo se veían mujeres, niños, lisiados y ancianos trabajando en el campo. Esto explicaba en cierta medida el estancamiento de la agricultura y muchas otras cosas: las terribles tensiones en las relaciones familiares, la vida sexual y la educación rural, y más apatía e inercia de lo normal en el campo.

Como consecuencia de todos estos acontecimientos, el peso del campesinado en la vida social y política de la nación ha disminuido considerablemente. La situación de la agricultura sigue siendo muy preocupante, pues afecta al nivel de vida y a la moral de la población urbana. Una mala cosecha sigue siendo un acontecimiento crítico desde el punto de vista político, y una sucesión de malas cosechas contribuyó a la caída de Jruschov en 1964. El campesinado tampoco se ha integrado realmente en la nueva estructura industrial de la sociedad: gran parte de la antigua agricultura individualista, del tipo más mezquino y arcaico, sigue existiendo tras la fachada de *los koljoses*. A tiro de piedra de las empresas automatizadas gestionadas por ordenador todavía hay bazares orientales y destartalados abarrotados de comerciantes rurales. Sin embargo, la época en que los bolcheviques temían que el campesinado pudiera ser el agente de una restauración capitalista hace tiempo que pasó. Es cierto que hay *koljoses* ricos y pobres; y aquí y allá un *muzhik* astuto se las arregla para saltarse todas las normas y reglamentos y alquilar tierras, emplear mano de obra contratada subrepticamente y ganar mucho dinero. Sin embargo, estas supervivencias del capitalismo primitivo son apenas un fenómeno marginal. Si continúa la actual tendencia demográfica -la migración del campo a la ciudad-, el campesinado seguirá disminuyendo y probablemente se producirá un desplazamiento masivo de las explotaciones de propiedad colectiva a las de propiedad estatal. Con el tiempo, cabe esperar que la agricultura se "americanice" y que sólo emplee a una pequeña fracción de la mano de obra de la nación.

53

Mientras tanto, aunque el campesinado está disminuyendo, la tradición *muzhik* sigue siendo muy importante en la vida rusa, en las costumbres y los modales, en la

### III. La estructura social

lengua, la literatura y las artes. Aunque la mayoría de los rusos viven ya en la ciudad, la mayoría de las novelas rusas, quizá cuatro de cada cinco, siguen teniendo como tema la vida en las aldeas y al *mujik* como personaje principal. Incluso en su salida proyecta una larga sombra melancólica sobre la nueva Rusia.

Y ahora llegamos a lo que en cualquier descripción sociológica de la U.R.S.S. es el problema más complejo y desconcertante, el de la burocracia, los grupos directivos, los especialistas y la intelectualidad. Su número y peso específico han crecido enormemente. En la economía nacional trabajan entre 11 y 12 millones de especialistas y administradores, frente a sólo medio millón en los años veinte y menos de 200.000 antes de la revolución. A ellos hay que añadir entre dos y tres millones de miembros regulares de las jerarquías políticas y del estamento militar. En números absolutos, todos estos grupos, que suman alrededor de una quinta parte del total de los empleados por el Estado, son casi tan grandes como el campesinado colectivizado (los *koljoses* sólo tienen 17 millones de miembros). Su peso social es, por supuesto, inconmensurablemente mayor. Sin embargo, no debemos meter a todos estos grupos en el mismo saco y etiquetarlos como burocracia o clase dirigente. Hay que distinguir claramente entre los especialistas y administradores con estudios superiores y los que sólo tienen estudios "secundarios". Los elementos directivos propiamente dichos pertenecen a la primera categoría, aunque no son idénticos a ella. Los especialistas con estudios superiores constituyen alrededor del 40% del total, es decir, más de 4,5 millones de personas, o quizás 5,5 si se incluyen los cuadros del partido y el personal militar.

54

¿Es ésta entonces la burocracia privilegiada a la que Trotsky señaló una vez como el nuevo enemigo de los trabajadores? ¿O se trata de la Nueva Clase de Djilas? (Trotsky, como se recordará, no opinaba que la burocracia fuera una nueva clase). Debo admitir que dudo en responder a estas preguntas de forma demasiado categórica. No puedo entrar aquí en la semántica del problema y discutir la definición de clase. Sólo diré esto: Hago una distinción entre desigualdad económica o social y antagonismo de clase. La diferencia entre trabajadores cualificados altamente remunerados y trabajadores no cualificados es un ejemplo de desigualdad que no equivale a antagonismo de clase; es una diferencia dentro de la misma clase social. En mi opinión, la opinión de Djilas sobre la "nueva clase de explotadores" y otras ideas similares sobre la "sociedad de gestión" soviética son simplificaciones que, lejos de aclarar la cuestión, la oscurecen. El estatus de los grupos privilegiados en la sociedad soviética es más ambiguo de lo que sugiere una u otra etiqueta. Son un elemento híbrido; son y no son una clase. Tienen ciertos rasgos en común con las clases explotadoras de otras sociedades; y carecen de algunas de las características esenciales de estas últimas. Disfrutan de ventajas materiales y de otro tipo que defienden con obstinación y brutalidad. También en este caso hay que tener cuidado

con las generalizaciones. Alrededor de un tercio del número total de especialistas son profesores mal pagados -la prensa soviética ha expresado recientemente muchas quejas sobre sus condiciones de vida-. Lo mismo ocurre con la mayoría del medio millón de médicos. Muchos de los dos millones de ingenieros, agrónomos y estadísticos ganan menos que el salario de un obrero altamente cualificado. Su nivel de vida es comparable al de nuestra clase media baja. Es cierto que está muy por encima del nivel de vida de los trabajadores no cualificados y semicualificados. Pero sería una mala sociología, marxista o no, condenar esta modesta prosperidad como basada en la explotación del trabajo. Sólo los estratos superiores de la burocracia, de la jerarquía del partido, los grupos directivos y el personal militar, viven en condiciones comparables a las que disfrutaban los ricos y los *nuevos ricos* en la sociedad capitalista. Es imposible definir el tamaño de estos grupos -permítanme repetir que los datos estadísticos sobre su número y sus ingresos se ocultan cuidadosamente. Lo que estos grupos tienen en común con cualquier clase explotadora -utilizo el término en el sentido marxista- es que sus ingresos proceden, al menos en parte, de la "plusvalía" producida por los trabajadores. Además, dominan la sociedad soviética económica, política y culturalmente.

55

Pero de lo que carece esta supuesta nueva clase es de propiedad. No poseen ni medios de producción ni tierras. Sus privilegios materiales se limitan a la esfera del consumo. A diferencia de los elementos directivos de nuestra sociedad, no pueden convertir ninguna parte de sus ingresos en capital: no pueden ahorrar, invertir ni acumular riqueza en forma duradera y expansiva de existencias industriales o de grandes activos financieros. No pueden legar riqueza a sus descendientes; no pueden, es decir, perpetuarse como clase.<sup>3</sup> Trotsky predijo en una ocasión que la burocracia soviética lucharía por el derecho a legar sus posesiones a sus hijos y que podrían intentar expropiar el Estado y convertirse en los propietarios accionistas de los trusts y las empresas. Esta predicción, hecha hace más de treinta años, no se ha hecho realidad hasta ahora. Los maoístas dicen que el capitalismo ya está siendo restaurado en la Unión Soviética; presumiblemente se refieren a la actual descentralización del control estatal sobre la industria. Hasta ahora, las pruebas de estas afirmaciones han sido menos que escasas. Teóricamente, es posible que la actual reacción contra el control económico excesivamente centralizado de los estalinistas estimule tendencias neocapitalistas entre los gestores industriales. Creo que en Yugoslavia pueden detectarse indicios de este tipo de desarrollo. Sin embargo, es poco probable que tales tendencias se impongan en la U.R.S.S., aunque

---

<sup>3</sup> Sin embargo, pueden depositar dinero en las cajas de ahorros a un tipo de interés muy bajo. En 1963, casi 14 millones de personas tenían cuentas de ahorro y el depósito medio era de 260 rublos. La media oculta discrepancias entre las cantidades de dinero depositadas por diversos individuos. Pero como pocas personas depositan en un banco ahorros inferiores a 260 rublos, no es probable que las discrepancias tengan importancia social. En la URSS, las personas con ingresos elevados prefieren gastar en bienes de consumo duraderos, como coches y *dachas*, en lugar de mantener cuentas en bancos controlados por el gobierno.



sólo sea porque el abandono de la planificación económica central sería un golpe demolidor para los intereses nacionales y la posición de Rusia en el mundo.

56

Especulaciones aparte, el hecho de que la burocracia soviética no haya obtenido hasta ahora para sí la propiedad de los medios de producción explica cierta precariedad y carácter perecedero de su dominación social. La propiedad siempre ha sido la base de cualquier supremacía de clase. De ella depende la cohesión y la unidad de cualquier clase. La propiedad es para la clase que la posee un factor formador del carácter. También es el elemento positivo en cuya defensa se agrupa la clase. El grito de guerra de cualquier clase poseedora es la "inviolabilidad de la propiedad", y no sólo el derecho a explotar a los demás. Los grupos privilegiados de la sociedad soviética no están unidos por ningún vínculo comparable. Están al mando de la industria, como lo están nuestros gerentes de empresas; y ejercen el mando de manera absoluta. Pero detrás de nuestros directivos empresariales están los accionistas, especialmente los grandes. Los gerentes soviéticos no sólo tienen que reconocer que todas las acciones pertenecen a la nación, sino profesar que actúan en nombre de la nación, y especialmente en nombre de la clase obrera. Que sean capaces o no de mantener esta pretensión depende únicamente de las circunstancias políticas. Puede que los trabajadores les permitan mantenerlo o puede que no. Pueden, como un lote de accionistas perezosos, aceptar a los malos gestores; o pueden despedirlos. En otras palabras, la dominación burocrática no se basa en nada más estable que un estado de equilibrio político. Esto es, a largo plazo, una base mucho más frágil para la dominación social que cualquier estructura establecida de relaciones de propiedad santificadas por la ley, la religión y la tradición. Recientemente se ha hablado mucho del antagonismo, en la Unión Soviética y en Europa del Este, entre las jerarquías políticas y los tecnócratas; y algunos jóvenes teóricos tratan a estos dos grupos como clases sociales de pleno derecho y opuestas, y hablan de su "lucha de clases" de forma muy parecida a como solíamos hablar de la lucha entre terratenientes y capitalistas. Se dice que los tecnócratas, con los que pueden aliarse los trabajadores, pretenden derrocar a la "jerarquía política central" que ha usurpado el poder desde la revolución. Sin embargo, si la "nueva clase" que ha gobernado la Unión Soviética durante todas estas décadas ha consistido únicamente en la "jerarquía política central", entonces su identidad es muy elusiva. Su composición ha cambiado repetida y radicalmente en purga tras purga, durante la vida de Stalin y después. De hecho, esta "nueva clase" se parece mucho al gato de Cheshire de un sociólogo.

57

En verdad, la burocracia soviética ha ejercido un poder mayor que el ejercido por cualquier clase poseedora en los tiempos modernos; y, sin embargo, su posición es más débil y vulnerable que la que normalmente ostenta cualquiera de esas clases. Su poder es excepcional porque es económico, político y cultural al mismo tiempo. Sin embargo, paradójicamente, cada uno de estos elementos de poder ha tenido su

origen en un acto de liberación. Las prerrogativas económicas de la burocracia se derivan de la abolición de la propiedad privada en la industria y las finanzas; las políticas, de la victoria total de los obreros y campesinos sobre el *ancien régime*; y las culturales, de la asunción por el Estado de la plena responsabilidad de la educación y el desarrollo cultural del pueblo. Debido a la incapacidad de los trabajadores para mantener la supremacía que tenían en 1917, cada uno de estos actos de liberación se convirtió en su contrario. La burocracia se convirtió en el amo de una economía sin amo; y estableció una tutela política y cultural sobre la nación. Pero el conflicto entre los orígenes del poder y su carácter, entre los usos liberadores para los que fue concebido y los usos a los que ha sido destinado, ha generado perpetuamente altas tensiones políticas y purgas recurrentes, que han demostrado una y otra vez la falta de cohesión social en la burocracia. Los grupos privilegiados no se han solidificado en una nueva clase. No han erradicado de la mente popular los actos de liberación de los que derivan su poder; ni han sido capaces de convencer a las masas -o incluso a sí mismos- de que han utilizado el poder de forma compatible con esos actos. En otras palabras, la "nueva clase" no ha obtenido para sí la sanción de la legitimidad social. Debe ocultar constantemente su propia identidad, cosa que la burguesía y los terratenientes nunca han tenido que hacer. Tiene la sensación de ser el bastardo de la historia.

58

Ya he mencionado la mala conciencia que obliga a los grupos dominantes a agrupar a "obrerros" y "empleados" en un total estadístico y a hacer un secreto de Estado de la estructura salarial y de la distribución de la renta nacional. La "nueva clase" desaparece así en la inmensa masa gris de "obrerros y empleados". Oculta su rostro y esconde su parte en el pastel nacional. Después de tantas cazas de brujas contra los niveladores, no se atreve a desafiar el igualitarismo de las masas. Como dijo claramente un observador occidental: "Mientras que en nuestras clases medias la norma es *estar* a la altura de los Jones, en la Unión Soviética los privilegiados deben recordar siempre estar *a la* altura de los Jones". Esto nos muestra algo del ethos de la sociedad soviética, algo de su moralidad subyacente y, de nuevo, algo de la vitalidad y la fuerza convincente de la tradición revolucionaria.

Además, los Jones soviéticos están subiendo *en masa*. Se están educando *en masa*. Cuando la estratificación social se basa únicamente en los ingresos y la función, y no en la propiedad, el progreso de la educación de masas es una fuerza poderosa y, en última instancia, irresistible para la igualdad. Hemos visto que el número de especialistas soviéticos con educación superior y secundaria ha aumentado, en un período relativamente corto, de medio millón a 12 millones. Y esto continúa. En una sociedad que se expande a tan vasta escala y con tanta rapidez, los grupos privilegiados tienen que estar absorbiendo constantemente nuevos elementos plebeyos y proletarios, a los que les resulta cada vez más difícil asimilar, lo que impide una vez más que la "nueva clase" se consolide social y

políticamente.<sup>4</sup>

59

Me he referido a la fuga de cerebros que, durante un largo período, redujo a la clase obrera soviética a una masa mansa e inerte. Ahora se está produciendo un proceso inverso: la educación de masas se está extendiendo más deprisa de lo que se expanden los grupos privilegiados, más deprisa incluso de lo que exigen las necesidades de la industrialización. De hecho, va por delante de los recursos económicos del país. Según recientes encuestas educativas, el 80% de los alumnos de las escuelas secundarias soviéticas, en su mayoría hijos de obreros, exigen ser admitidos en: las universidades. Las universidades no pueden aceptarlos. La expansión de la enseñanza superior no puede seguir el ritmo de la expansión de la enseñanza secundaria; y la industria necesita manos. Así pues, un gran número de jóvenes son rechazados a las puertas de las universidades en dirección a las fábricas. A pesar de todas las dificultades que crea esta situación, también es única. Su consecuencia inmediata es una relativa sobreproducción de intelectuales que se ven empujados a engrosar las filas de la clase obrera. Los intelectuales obreros son un elemento creativo pero también potencialmente explosivo en el cuerpo político. La fuerza de la tradición revolucionaria ha sido lo suficientemente grande como para obligar a la burocracia a dar a los trabajadores mucha más educación de la que ha sido necesaria por estrechos motivos económicos, y quizás más de la que es segura para los grupos privilegiados. Se puede argumentar que la burocracia está criando así a sus propios sepultureros. Este punto de vista puede exagerar la perspectiva. Pero es evidente que la dinámica de la sociedad soviética se está enriqueciendo con nuevas contradicciones y tensiones que, en mi opinión, no le permitirán estancarse y osificarse bajo el dominio de una "nueva clase".

---

<sup>4</sup> En 1966, 68 millones de alumnos recibían instrucción en escuelas de todos los grados, frente a los 10 u 11 millones de antes de la revolución. Por razones demográficas (la baja tasa de natalidad de los años de guerra), el número de alumnos se mantuvo estacionario en 46-48 millones en las dos décadas de 1940 y 1950. En los últimos siete años, sin embargo, ha crecido en 22 millones. 47 millones estaban en las escuelas primarias y secundarias; 3,6 millones en las universidades; 3,3 millones en las escuelas técnicas superiores; 13 millones recibían instrucción en clases de educación de adultos, entre ellos unos 2 millones de obreros y técnicos que seguían cursos universitarios sin interrumpir su trabajo normal. Desde 1950, el número de estudiantes universitarios se ha triplicado.

## IV. El estancamiento de la lucha de clases

Hasta ahora hemos examinado la escena soviética sólo desde el ángulo interno, sin referirnos a los acontecimientos y presiones internacionales. Pero, por supuesto, la evolución interna de la Unión Soviética no puede aislarse de su contexto mundial, del equilibrio internacional de fuerzas y de la diplomacia de las grandes potencias, ni de la situación del movimiento obrero en Occidente y de las revoluciones coloniales en Oriente. Todos estos factores han tenido un impacto casi continuo en la evolución interna soviética y todos, a su vez, se han visto afectados por esta última.

La revolución de octubre", decía Lenin, "ha roto en Rusia el eslabón más débil de la cadena del imperialismo internacional". Esta sugerente imagen personifica el pensamiento del primer bolchevismo sobre sí mismo y sobre el mundo. La revolución de octubre no se considera aquí un fenómeno puramente ruso: lo que ocurrió en el "eslabón más débil de la cadena" no fue, obviamente, un acto autosuficiente. A pesar del avance ruso, el imperialismo -el capitalismo expansivo de las grandes corporaciones industriales-financieras- seguía siendo la fuerza dominante en la economía y la política mundiales; las clases trabajadoras aún tenían que romper otros eslabones de la cadena. ¿Dónde, cómo y cuánto tardarán en hacerlo? ¿Cederían uno o varios eslabones fuertes en Occidente? ¿O sería otro eslabón débil en Oriente, en China o en la India? Cualquiera que fuese la respuesta, la concepción subyacente era la universalidad de la revolución y el carácter, alcance y destino internacionales del socialismo.

Esta idea estaba profundamente arraigada en el marxismo clásico; y no era sólo un postulado ideológico, sino una conclusión extraída de un análisis exhaustivo de la sociedad burguesa. Por supuesto, incluso en 1789 hombres como Condorcet y Cloots y los cosmopolitas entre los jacobinos soñaban con la República universal de los Pueblos. Pero su sueño estaba reñido con las posibilidades y tareas reales de su tiempo. Lo único que su revolución podía hacer era sacar a Francia de la era de las divisiones feudales y postfeudales y llevarla a la del Estado-nación moderno. No podía ir más allá del Estado-nación. No existían las condiciones materiales para una organización supranacional de la sociedad. El capitalismo industrial no *empezó a* crearlas hasta el siglo XIX. Con su tecnología mecánica y la división internacional del trabajo, creó el mercado mundial y, con él, el potencial económico de una sociedad mundial. Ya en 1847 Marx y Engels escribieron en el *Manifiesto*

##### *Comunista:*

La industria moderna ha establecido el mercado mundial... ha dado un inmenso desarrollo al comercio, a la navegación y a la comunicación por vía terrestre..... La necesidad de un mercado en constante expansión para sus productos persigue a la burguesía por toda la superficie del globo... La burguesía ha dado ... un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países. Para gran disgusto de los reaccionarios, la burguesía ha arrancado de debajo de los pies de la industria el suelo nacional sobre el que se asentaba. ... En lugar de la antigua reclusión y autosuficiencia local y nacional, tenemos ahora la polifacética interacción de las naciones y su interdependencia universal.

63

El socialismo debía comenzar donde terminaba el capitalismo. Basándose en los hechos de la "multiforme relación e interdependencia de las naciones", organizaría sus fuerzas productivas a escala internacional y permitiría a la sociedad reformar su modo de vida en consecuencia. En el capitalismo, el impulso hacia la integración internacional funciona al azar, a ciegas, a trompicones, como una de las muchas tendencias contradictorias; bajo el imperialismo, encuentra una expresión distorsionada en la conquista y la dominación económica de las naciones débiles por parte de las fuertes. El socialismo, aprovechando la posibilidad que el capitalismo había abierto pero no realizado, crearía conscientemente la sociedad internacional. Para Marx, Engels y sus allegados, éstas eran ideas elementales, casi obviedades, sobre las que no necesitaban gastar palabras. Más de cuarenta años después del *Manifiesto Comunista*, en 1890, Engels escribió en un mensaje a los socialistas franceses:

Fue vuestro gran compatriota Saint-Simon quien vio por primera vez que la alianza de las tres grandes naciones occidentales -Francia, Inglaterra, Alemania- es la condición internacional primordial de la emancipación política y social de toda Europa. Espero ver realizada por los proletarios de estas tres naciones esta alianza, núcleo de la alianza europea que pondrá fin de una vez por todas a las guerras de gabinetes y de razas.

Qué reflejo de la lentitud de nuestras mentes oficiales es que hayan tenido que pasar tres cuartos de siglo -de hecho, los ciento veinte años transcurridos desde el Manifiesto Comunista- para que nuestros estadistas y creadores de opinión tuvieran el menor atisbo de una idea semejante y presentaran una tímida versión conservadora -¿o habría que decir una parodia?- de la misma en el llamado Comrnon\_Market.

La coherencia con la que el marxismo clásico repudiaba cualquier pretensión de autosuficiencia nacional en el socialismo puede verse en las siguientes palabras que

#### IV. El estancamiento de la lucha de clases

Engels, poco antes de su muerte, dirigió a Paul Lafargue, el famoso socialista francés. Engels advirtió a Lafargue contra la inclinación a exaltar indebidamente el socialismo francés y atribuirle un papel superior o excepcional.

Pero ni los franceses, ni los alemanes, ni los ingleses tendrán para sí la gloria de haber aplastado el capitalismo. Francia... puede *quizás* dar la señal [para la revolución], pero será en Alemania... donde se decidirá la cuestión; e incluso Francia y Alemania no se asegurarán la victoria definitiva mientras Inglaterra permanezca en manos de la burguesía. La emancipación del proletariado sólo puede ser un acontecimiento internacional; la hacéis imposible si tratáis de convertirla simplemente en un acontecimiento francés. La dirección francesa exclusiva de la revolución burguesa - aunque era inevitable debido a la estupidez y cobardía de otras naciones- condujo - sabéis adónde- a Napoleón, a la conquista y a la invasión de la Santa Alianza. Querer atribuir a Francia el mismo papel en el futuro es pervertir el movimiento proletario internacional e incluso... ridiculizar a Francia, pues fuera de sus fronteras la gente se burla de estas pretensiones.

He citado extensamente estos pasajes, tan característicos del marxismo clásico, porque me parece que proporcionan una clave para la comprensión del bolchevismo y de la relación entre la revolución rusa y el mundo. Los bolcheviques crecieron en la tradición de la que Engels expresaba la quintaesencia; e incluso después de que el "epicentro de la revolución" se hubiera trasladado de Europa occidental a Rusia, seguían pensando en el establecimiento del socialismo como un proceso internacional y no simplemente como un "acontecimiento" ruso. Su propia victoria era, a sus ojos, el preludeo de la revolución mundial o, al menos, de un levantamiento socialista europeo. En retrospectiva, sabemos que se equivocaron en la medida en que esperaban una revolución internacional inminente. Pero la retrospectiva no puede ver los acontecimientos con más claridad que lo que lo hizo una audaz, aunque en parte errónea, previsión histórica. Los bolcheviques partían de la premisa de que la catástrofe de 1914 había inaugurado toda una época de guerras mundiales y revoluciones, la época de la decadencia capitalista. Esta premisa era históricamente correcta. De hecho, las décadas siguientes estuvieron llenas de una gigantesca contienda entre revolución y contrarrevolución. En 1918, la revolución derrocó a los imperios de los Hohenzollern y los Habsburgo y creó, aunque sólo fuera por un breve periodo, consejos de diputados obreros en Berlín, Viena, Munich, Budapest y Varsovia. E incluso después de que la revolución fuera derrotada en Alemania, Austria, Hungría y otros países, el sistema capitalista no recuperó su antigua estabilidad. Se tambaleó de crisis en crisis, hasta que la depresión mundial de 1929 lo llevó al borde de la ruina. Las clases poseedoras salvaron primero su dominio aceptando reformas económicas y políticas por las que generaciones de socialistas habían luchado en vano antes de la revolución rusa. Después, el fascismo y el nazismo se presentaron como los salvadores del capitalismo. Las convulsiones

coloniales y la gran revolución china de 1925-27 dieron a la crisis un nuevo alcance y profundidad. Y en Europa, después de que la sombra del Tercer Reich hubiera caído sobre ella, Austria y España se vieron sacudidas por guerras civiles, y Francia experimentó las tormentosas luchas de clases del periodo del Frente Popular. Todo esto indica cuán vastas eran las potencialidades revolucionarias de las décadas de entreguerras. La Segunda Guerra Mundial reveló de nuevo la crisis y la desintegración del sistema social. En la Europa ocupada por los nazis, la gente luchó no sólo por su independencia nacional, sino que la guerra civil hizo estragos en el interior de muchas naciones ocupadas. Las secuelas revolucionarias de la guerra en Francia, Italia y Grecia son un hecho histórico. Europa del Este fue transformada por la revolución desde arriba. Desde las guerras napoleónicas, Europa no había experimentado una ruptura social comparable.

65

Los bolcheviques comprendieron muy bien la época en la que habían entrado en el escenario de la historia mundial. Era la época de las guerras mundiales y las revoluciones. El hecho de que tantos esfuerzos revolucionarios se hayan visto frustrados o hayan resultado abortados no invalida la premisa sobre la que actuaron. Los hombres que combaten no dan por sentada la derrota antes de comenzar la batalla: es en el combate real donde se decide el resultado de la lucha. Lenin y sus camaradas, por regla general, no provocaban la batalla arbitrariamente; la mayoría de las veces se les imponían pruebas de fuerza. Y los revolucionarios pueden adoptar el punto de vista, tradicionalmente sostenido por los soldados británicos, de que pueden perder todas las batallas excepto la última, y que mientras tanto han

Lenin y sus seguidores defendían la universalidad de la revolución por otra razón. Veían poca o ninguna esperanza de alcanzar el socialismo sólo en Rusia. Aislada de los países industriales avanzados y reducida a sus propios recursos, Rusia no podía, o no durante mucho tiempo, superar la escasez económica, el bajo nivel de su civilización o la debilidad de su clase obrera; no podía impedir el ascenso de la burocracia. Todos los bolcheviques -y esto vale incluso para Stalin- esperaban al principio que Rusia se uniera a una comunidad socialista europea en la que Alemania, Francia o Gran Bretaña se pusieran a la cabeza y ayudaran a Rusia a avanzar hacia el socialismo de forma racional y civilizada, sin nada parecido a los sacrificios, la violencia y la desigualdad social que iban a acompañar a la industrialización de una Unión Soviética aislada. Ya en 1914 la consigna de Lenin era: Los Estados Unidos de la Europa Socialista, aunque más tarde tuvo sus dudas no sobre la idea en sí, sino sobre si se entendería correctamente. Luego, en 1918, argumentó que el socialismo 'ya es una realidad en nuestros días; pero sus dos mitades están como partidas en dos: una mitad, las condiciones políticas para ello - el gobierno del proletariado ejercido a través de los soviets- se ha creado en Rusia; mientras que la otra mitad, los requisitos previos industriales y culturales, existen en Alemania'. Para alcanzar el socialismo había que unir estas "dos mitades". Si Engels argumentó contra Lafargue que ni los franceses ni los alemanes 'podían tener

#### IV. El estancamiento de la lucha de clases

toda para sí la gloria' de acabar con el capitalismo, Lenin no tenía ni una pizca de la ilusión de Lafargue. Él y sus camaradas sabían que la emancipación de los trabajadores sólo podía resultar de los esfuerzos conjuntos de muchas naciones; y que si el Estado-nación proporcionaba un marco demasiado estrecho incluso para el capitalismo moderno, el socialismo era totalmente impensable dentro de ese marco. Esta convicción impregnó todo el pensamiento y la actividad bolcheviques hasta el final de la era de Lenin.



#### IV. El estancamiento de la lucha de clases

Entonces, a mediados de la década de 1920, el hecho del aislamiento de Rusia en el mundo golpeó con fuerza, y Stalin y Bujarin se adelantaron para exponer el socialismo en un solo país. Los bolcheviques tuvieron que tomar conciencia de la amarga necesidad de que Rusia "siguiera sola" todo el tiempo que fuera necesario: ése era el núcleo racional de la nueva doctrina que cautivó a muchos buenos internacionalistas; y ni Trotsky, ni Zinóviev, ni Kámenev tenían nada que objetar contra ella.

Pero el significado especial de la nueva doctrina residía en otra parte, en el hecho de que hacía de la necesidad virtud y representaba una reacción contra la concepción universalista de la revolución. Argumentando desde el aislamiento de la Unión Soviética, Stalin y Bujarin produjeron la consigna de una especie de aislacionismo ideológico. Proclamaron que Rusia, sin ayuda ni apoyo de otras naciones, no sólo podía y debía avanzar hacia el socialismo, lo cual era evidente para todos los bolcheviques, sino que podía alcanzar por sí misma el socialismo pleno, una sociedad sin clases libre de la dominación del hombre por el hombre, lo cual era, en el mejor de los casos, una quimera. En efecto, decían que, salvo guerra, el destino de la nueva sociedad soviética era bastante independiente de lo que ocurriera en el resto del mundo, y que el socialismo podía ser e iba a ser un sistema nacional autosuficiente, cerrado y autárquico. Parafraseando a Engels, hicieron de la "emancipación del proletariado" un acontecimiento puramente ruso, y sólo por eso lo hicieron imposible. Las implicaciones prácticas no tardaron en hacerse evidentes. Durante más de tres décadas, el Socialismo en un solo país fue el canon oficial y el dogma central del estalinismo, impuesto de forma casi eclesiástica al Partido y al Estado. Dudar de su verdad era una blasfemia, y por cometerla, incontables multitudes de miembros del partido y otros ciudadanos fueron castigados con la excomunión, la cárcel y la muerte. Hasta ahora, aunque se supone que entretanto el socialismo se ha extendido a una docena de países, El socialismo en un solo país aún no ha sido despojado de su canonicidad.

Detrás de la idea de un socialismo ruso autosuficiente estaba la aceptación tácita de la opinión de que las perspectivas de revolución en Occidente se habían desvanecido para siempre. Esto reflejaba sin duda el estado de ánimo popular. Después de muchos años de lucha, hambre y frustración, el pueblo estaba desesperadamente cansado y se encogió de hombros ante las habituales promesas del partido de que la revolución internacional, la gran fuerza liberadora del proletariado occidental, acudiría pronto en su rescate. Su nueva doctrina ofrecía una perspectiva diferente: aseguraba al pueblo que, aunque la revolución rusa permaneciera aislada para siempre, cumpliría su promesa del socialismo y establecería la sociedad sin clases dentro de sus propias fronteras. Es una doctrina consoladora", confesaba en privado Eugene Varga, uno de sus eminentes

exponentes. También era, podemos añadir, una doctrina de exacción, pues en nombre del socialismo en un solo país se pedía al pueblo que renunciara a todas las libertades civiles y soportara un sinfín de sacrificios y privaciones. Los hombres del grupo gobernante, y la burocracia en general, tenían, además, sus propios motivos de *Realpolitik* y *raison d'état*. El pensamiento de cualquier burocracia está ligado al Estado-nación, está moldeado por él y está limitado por él. La burocracia bolchevique descendió de las alturas del período heroico de la revolución a las tierras bajas del Estado-nación, y Stalin la dirigió en el descenso. Ansiaban seguridad para sí mismos y para *su* Rusia. Se esforzaban por preservar el statu quo nacional y, sobre todo, el internacional, y por encontrar un *modus vivendi* estable con las grandes potencias capitalistas. Estaban convencidos de que podían encontrarlo en una especie de aislacionismo ideológico, y estaban ansiosos por desvincular a la Unión Soviética de las luchas de clases y los conflictos sociales del mundo exterior. Al proclamar el socialismo en un solo país, Stalin dijo de hecho al Occidente burgués que no estaba vitalmente interesado en el socialismo en otros países. Y el Occidente burgués le entendió bien, aunque se preguntó si debía tomarle confianza. Durante la gran lucha entre Stalin y Trotsky, la mayoría de nuestros estadistas y líderes de opinión sostenían que lo mejor para los intereses de Occidente era que ganara Stalin. Él defendía la moderación y la coexistencia pacífica.

69

Sin embargo, el estalinismo no podía desvincularse fácilmente de las luchas de clases y los conflictos sociales del mundo exterior. Cargaba con una herencia revolucionaria que no podía desechar ni tirar por la borda. La sede de la Internacional Comunista estaba en Moscú, y la Internacional era la encarnación de la anterior lealtad de los bolcheviques a la revolución universal. Durante mucho tiempo, Stalin no pudo permitirse el lujo de disolver la Internacional Comunista; no se atrevió a *dar el golpe* hasta 1943. Mientras tanto, hizo lo que pudo para adaptarla a sus fines. La domesticó. La convirtió en auxiliar de su diplomacia o, como dijo Trotsky en una ocasión, transformó a los partidos comunistas extranjeros, de "vanguardias de la revolución mundial", en guardias fronterizos pacifistas de la Unión Soviética. De hecho, los partidos comunistas consintieron en servir a los intereses diplomáticos y al egoísmo nacional del "primer Estado obrero", porque había sido el primer Estado obrero. No tuvieron el valor de insistir en su propia independencia, aunque si lo hubieran hecho habrían salvado su dignidad política y su eficacia revolucionaria. Se vieron así envueltos en un equívoco suicida: una Internacional que funcionaba como mero agente del socialismo en un solo país era una patética contradicción de términos.

La búsqueda estalinista de la seguridad nacional en el marco del statu quo internacional podría haber tenido algún sentido si el statu quo hubiera sido inherentemente estable. Pero no era el caso. Nada podía ser más precario que el equilibrio social y el equilibrio de poder internacional de las décadas de

entreguerras. El equilibrio social se vio catastróficamente alterado por la gran crisis de 1929. El equilibrio militar y diplomático se vio alterado por la recuperación de Alemania de la derrota de 1918 y su determinación de derrocar el sistema basado en el Tratado de Versalles. Rusia no pudo aislarse de las sacudidas que estos acontecimientos produjeron. Sin embargo, lo que Stalin, su diplomacia y su domada Comintern hicieron fue intentar aislarla, e incluso anticiparse a los choques y aplazar o mitigar los conflictos en el exterior a los que podría verse arrastrada. El gran dictador despiadado, el supuesto maestro de *la Realpolitik*, era de hecho el Rey Canuto de nuestro siglo, ordenando a las olas de la revolución, la contrarrevolución y la guerra que se detuvieran. En vista de la "tremenda" autoridad que Stalin ejercía sobre el comunismo mundial, una autoridad respaldada por todo el poder y el prestigio de la Unión Soviética, su actitud y su política contribuyeron, por supuesto, en gran medida a configurar la historia mundial en una época fatídica. Nadie puede decir qué aspecto habría tenido Occidente, o el mundo en general, si el movimiento obrero fuera de la Unión Soviética hubiera seguido sus propios intereses y tradiciones y no hubiera permitido que la influencia externa, estalinista o de otro tipo, interfiriera en el ritmo y la dirección de su propio desarrollo. Tal vez las naciones avanzadas de Occidente habrían logrado ya su revolución socialista, o se habrían acercado a ella mucho más de lo que están hoy.

70

No creo que las derrotas de la revolución y del socialismo en Occidente fueran tan inevitables como ahora puede parecer. No creo que todas hayan sido causadas por circunstancias objetivas, es decir, por la "solidez" inherente de nuestra sociedad occidental. Al menos algunos de los principales retrocesos del socialismo se han debido a factores subjetivos, a la falta de solidez de las políticas promovidas por hombres y partidos que se suponía eran los paladines del socialismo. Las predicciones marxistas sobre la lucha de clases en el capitalismo no estaban tan erradas como ahora pueden parecer, excepto en la medida en que Marx, Engels y Lenin no contaron con el estalinismo y sus consecuencias internacionales.

Un ejemplo importante, uno de los muchos que podrían aducirse, puede servir de ilustración. A cualquier estudioso de la historia reciente le llamará la atención, y tal vez le desconcertará, la absoluta impasibilidad e indiferencia con que Moscú contempló a principios de los años treinta el ascenso del nazismo. Stalin, sus asesores y sus propagandistas no mostraban entonces la menor conciencia de lo que se avecinaba. No tenían ni idea de la fuerza creciente y el dinamismo destructivo del movimiento nazi. De 1929 a 1933 incitaron al Partido Comunista Alemán a cometer una larga serie de errores fatales, errores que facilitaron en gran medida que Hitler se hiciera con el poder.

71

Ahora bien, ¿era realmente inevitable el triunfo de Hitler en 1933? ¿Lo hicieron así las circunstancias objetivas? ¿O podría haberlo evitado el movimiento obrero alemán? Antes de intentar responder a estas preguntas tenemos que considerar el

hecho de que en 1933 ese movimiento entregó todas sus posiciones a Hitler sin lucha. Esto es cierto para ambos partidos, los socialdemócratas que controlaban los sindicatos y tenían un seguimiento electoral de más de ocho millones de personas, y los comunistas que tenían un seguimiento de más de cinco millones. Los elementos más vigorosos y militantes del movimiento estaban en el Partido Comunista. Por su propio peso político y por la influencia que su conducta ejercía sobre la masa más inerte de los socialdemócratas, su comportamiento en la crisis era de la mayor importancia. Sin embargo, el Partido Comunista minimizó deliberada y sistemáticamente el peligro nazi y dijo a los trabajadores que los socialdemócratas o "socialfascistas", y no los nazis, eran el principal enemigo contra el que debían "concentrar todo el fuego". Los dirigentes de ambos partidos, socialdemócratas y comunistas, se negaron incluso a contemplar la idea de una acción común contra el nazismo. No había ninguna razón objetiva para que se comportaran así. Su rendición no era inevitable. La fácil victoria de Hitler en 1933 no era inevitable. Y Stalin y el partido soviético no tenían ningún interés real en patrocinar la política de rendición y persistir en ella. Su apatía e indiferencia ante el ascenso del nazismo se debían únicamente al carácter aislacionista del estalinismo, a su deseo de mantener a la Unión Soviética al margen de cualquier conflicto importante en el extranjero. Jugando por seguridad, Stalin descartó cualquier Comunista en Alemania que pudiera haber llevado a un enfrentamiento, y posiblemente a una guerra civil, entre la izquierda alemana y el nazismo. Persiguiendo el espejismo de la seguridad dentro del statu quo internacional, el espejismo del socialismo en un solo país, el estalinismo provocó la derrota del socialismo en muchos otros países y expuso a la Unión Soviética a un peligro mortal. Algunos de nosotros sosteníamos en aquellos años, mucho antes de 1933, que un gobierno nazi significaba la guerra mundial y la invasión de la Unión Soviética; que la izquierda alemana tenía el deber de impedir la llegada de Hitler al poder; que tenía bastantes posibilidades de conseguirlo; y que, incluso si fracasaba, debía caer luchando en lugar de aceptar pasivamente la perspectiva de su propia aniquilación por los nazis. En Moscú se nos tachó de propagadores del pánico, de belicistas y de enemigos del proletariado alemán y de la Unión Soviética,

72

La rendición de 1933 fue la derrota más aplastante que jamás haya sufrido el marxismo, una derrota que se vería agravada por los acontecimientos posteriores y las políticas estalinistas posteriores, una derrota de la que los movimientos obreros alemanes y europeos aún no se han recuperado. Si la izquierda alemana, y sobre todo el Partido Comunista Alemán, no se hubiera dejado llevar a la capitulación, si hubiera tenido la sensatez de luchar por su vida, quizá nunca hubiera habido un Tercer Reich ni una Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética podría no haber perdido 20 millones de muertos en los campos de batalla. El humo de las cámaras de gas de Auschwitz podría no haber ennegrecido el historial de nuestra civilización. Y mientras tanto, Alemania podría haberse convertido en un Estado obrero.

Se podrían dar otros ejemplos de cómo la obsesión estalinista por la seguridad condujo a una inseguridad catastrófica, y de cómo el aislacionismo ideológico agravó invariablemente el aislamiento de la Unión Soviética, lo que, por supuesto, llevó a la política soviética a un aislacionismo cada vez más profundo. El círculo vicioso se reproduce en casi todas las etapas de la diplomacia estalinista e incluso post-estalinista, siempre que la *razón de ser* soviética se ha impuesto en la política de un sector importante del movimiento obrero occidental. Este fue el caso del Frente Popular en Francia, de la Guerra Civil española y de las repercusiones del pacto nazi-soviético de 1939-1941. En todos estos casos no fue tanto la fuerza inherente del capitalismo occidental como el egoísmo nacional de la política de Stalin lo que infligió una derrota tras otra a las fuerzas del socialismo en Occidente; y cada una de estas derrotas fue también un revés para la Unión Soviética.

73

La Segunda Guerra Mundial y la invasión nazi sacaron a la Unión Soviética de su aislamiento. Una vez más, la emancipación de los trabajadores -y, por supuesto, la liberación de Europa de la dominación nazi- "sólo podía ser un acontecimiento internacional". No sólo los ejércitos de las grandes potencias libraron la guerra. También lo hicieron las guerrillas, los partisanos y los resistentes de muchas naciones. Dentro de la guerra mundial se desarrolló una guerra civil internacional, con enormes potencialidades sociales revolucionarias. El estalinismo, sin embargo, siguió aferrado a la seguridad convencional, a la *raison d'état* y al sagrado egoísmo nacional. Combatió la guerra como una "Guerra de la Patria", otra 1812, no como una guerra civil europea. No se enfrentaría al nazismo con la idea del socialismo internacional y la revolución. Stalin no creía que esa idea inspirara a sus ejércitos a luchar, ni que pudiera infectar y desintegrar a los ejércitos enemigos, como había hecho durante las guerras de intervención. Además, incitó a los diversos movimientos de resistencia dirigidos por comunistas en Europa a luchar únicamente por la liberación nacional, no por el socialismo. En parte le movía el deseo de preservar la Gran Alianza; supuso correctamente que si la guerra amenazaba con convertirse en una revolución europea, Churchill y Roosevelt se retirarían de la alianza. En parte, sin embargo, él mismo temía la agitación revolucionaria, que podría haber alterado el precario equilibrio sociopolítico dentro de la Unión Soviética sobre el que descansaba su autocracia. Estaba decidido a salir de la gigantesca convulsión con el socialismo en un solo país y con su autocracia intacta. Sin embargo, la lógica de la guerra se volvió contra su ideología aislacionista. Tuvo que enviar a sus ejércitos a una docena de países extranjeros; e incluso mientras marchaban bajo las banderas de la Patria seguían siendo Ejércitos Rojos, que no se convencerían fácilmente de que su victoria, tan cara, debía terminar con la restauración del capitalismo en todas las tierras que liberaron de la ocupación nazi. Las secuelas revolucionarias de la guerra estaban ahí. Cómo mantenerlas bajo control y cómo reducir las al mínimo fue, en Teherán y Yalta, la preocupación común de Stalin, Roosevelt y Churchill. Abordaron los problemas de la alianza con el

espíritu de la diplomacia convencional y se repartieron y delimitaron sus respectivas esferas de influencia.

74

No es necesario entrar aquí en los complicados conflictos que sobrevinieron incluso antes del fin de las hostilidades y dieron paso a la guerra fría. Baste decir que, aun cuando la Unión Soviética estaba implicada como nunca antes en los asuntos de tantos países, y mientras Stalin tenía que asegurar los frutos de la victoria, el predominio de la Unión Soviética en Europa del Este, por métodos cuasi-revolucionarios, el estalinismo se mantuvo fiel a su estrechez de miras nacional. La revolución en Europa del Este no iba a ser el "acontecimiento internacional provocado por los esfuerzos conjuntos del proletariado de muchas naciones". Fue impuesta desde arriba por la potencia ocupante y sus agentes. Y las llamadas democracias populares debían ser simplemente el *glacis* defensivo del socialismo en un solo país. En Europa Occidental el dominio burgués, maltrecho y desacreditado, fue restaurado de acuerdo con los pactos de Yalta y Teherán; y los partidos comunistas de allí ayudaron a la restauración, participando en los gobiernos de posguerra de De Gaulle y Gaspari, ayudando a desarmar a la Resistencia y frenando el radicalismo inquieto de las clases trabajadoras. De este modo, las potencialidades revolucionarias de la posguerra se hicieron realidad, pero distorsionadas en la realización, en toda Europa del Este; y fueron anuladas en Europa Occidental. De este modo, el estalinismo trabajó para producir un estancamiento en la lucha de clases que permitiera a la diplomacia asegurar la "coexistencia pacífica de los sistemas sociales opuestos". Una vez más, Stalin trató de obtener la seguridad nacional sobre la base del statu quo internacional, es decir, de la división de zonas acordada en Teherán y Yalta. Sin embargo, la diplomacia no pudo eliminar todos los grandes huesos de la discordia que los maestros de Teherán y Yalta habían esparcido a lo largo de los límites de sus zonas; tampoco fue capaz de hacer frente a los peligros desconocidos de la era nuclear. Y así, el mundo se quedó temblando en las sombrías ráfagas de la guerra fría, que no era sino una forma depravada de la lucha de clases librada por las grandes potencias. Una vez más se recuerda la advertencia de Engels: "La dirección exclusiva francesa de la revolución burguesa condujo -ya saben adónde- a Napoleón, a la conquista y a la invasión de la Santa Alianza". Más de una vez, la dirección exclusiva rusa de la revolución socialista estuvo ominosamente cerca de producir los mismos resultados.

75

Sin embargo, la época del liderazgo ruso exclusivo estaba llegando a su fin. Después de todo, las secuelas revolucionarias de la guerra no habían sido controladas por completo. Los yugoslavos desafiaron el liderazgo ruso; y la victoriosa revolución china le planteó implícitamente un enorme reto. Sin embargo, ni siquiera la extensión de la revolución curó a la política estalinista de su egoísmo nacional y su aislacionismo; y de estos males sigue siendo heredera la política de los sucesores de Stalin. Aunque el concepto de socialismo en un solo país hace tiempo

que perdió toda relevancia, el estado de ánimo que había detrás de él, y la forma de pensar y el estilo de acción política inspirados en él han sobrevivido.

Otro aspecto del impacto de la Unión Soviética en la vida social y política de Occidente puede examinarse ahora brevemente. En los primeros años posteriores a 1917, el mensaje de la Revolución de Octubre suscitó una profunda respuesta en el movimiento obrero occidental. En 1920, por ejemplo, los congresos de los partidos socialistas francés e italiano y del Partido Socialista Independiente alemán, entonces el organismo más influyente de la izquierda alemana, votaron por amplia mayoría a favor de unirse a la Internacional Comunista. Incluso en la conservadora Gran Bretaña, los estibadores de Londres, dirigidos por Ernest Bevin, expresaron su simpatía por la nueva Rusia negándose a cargar municiones destinadas a los ejércitos polacos que luchaban contra los soviéticos. Parecía como si el movimiento obrero occidental se hubiera levantado, bajo la inspiración de la revolución rusa, del lodazal en el que se había hundido en 1914. También durante la Segunda Guerra Mundial, la batalla de Stalingrado sacó a la Europa ocupada por los nazis de las profundidades de la desesperación e inspiró a la Resistencia confianza en la victoria y una nueva esperanza socialista. Pero, en conjunto, durante este medio siglo, el ejemplo de la Unión Soviética, lejos de estimular a los movimientos obreros de Occidente, los ha disuadido de perseguir sus aspiraciones socialistas.

76

Paradójicamente, una de las principales razones fue que los trabajadores consideraron la revolución rusa como la primera gran prueba histórica del socialismo. No eran conscientes de las trágicas desventajas que pesaban sobre la Unión Soviética. No importaba lo que dijeran algunos teóricos marxistas sobre estas desventajas, no importaba lo convincentemente que argumentaran que una sociedad libre y sin clases no podía nacer en un país sumido en la pobreza y en la semibárbara, para la masa de nuestros trabajadores eran sutilezas de teoría abstracta. Para ellos, el socialismo en Rusia no era ahora una cuestión de especulación teórica, sino de experiencia práctica. Evidentemente, a los soviéticos no les interesaba alentar esperanzas exageradas. Los dirigentes soviéticos, conscientes de su responsabilidad, habrían explicado concienzudamente la posición, como solía hacer Lenin; y habrían dejado claro que incluso los grandes logros de la Unión Soviética eran y podían ser sólo preliminares del socialismo, no la verdadera materia del socialismo. Así habrían evitado fomentar las ilusiones y evitar la desilusión posterior; y habrían podido inculcar al movimiento obrero de Occidente su corresponsabilidad en el aislamiento y los apuros de la Unión Soviética. Sin embargo, Stalin y sus colaboradores estaban demasiado preocupados por el orgullo nacional y el prestigio burocrático como para actuar de esta manera. Ofrecieron su "doctrina del consuelo", su mito del socialismo en un solo país, a los trabajadores no sólo de Rusia, sino del mundo entero.

Uno de los efectos de la difusión de este mito fue convertir a los comunistas y

socialistas occidentales en meros espectadores. Como los rusos decían que bien podían alcanzar, o incluso que habían alcanzado, el socialismo por sí mismos, no parecía que a los occidentales les quedara nada más que hacer, salvo observar cómo les iba a los rusos. Durante unos treinta años, la propaganda estalinista habló de los milagros que el socialismo estaba haciendo en la U.R.S.S. Los ardientes y los ingenuos creyeron. La gran mayoría de los trabajadores occidentales se preguntaban, suspendían el juicio o se formaban opiniones negativas.

77

Los relatos sobre la pobreza, el hambre y el terror soviéticos alimentaron el escepticismo. Las Grandes Purgas y el culto a Stalin, celosamente defendidos por todos los partidos comunistas, despertaron repugnancia. Después, multitudes de soldados estadounidenses, británicos y franceses entraron en contacto con sus aliados soviéticos en la Alemania y Austria ocupadas; y sacaron sus conclusiones. Finalmente, en 1956, se produjo la conmoción de las revelaciones de Jruschov. A lo largo de los años, muchos millones de trabajadores occidentales han reflexionado sobre estas experiencias y han llegado a la conclusión de que "el socialismo no funciona" y que "la revolución no lleva a ninguna parte". Muchos se han hundido en la apatía política; y muchos se han reconciliado con el statu quo social en Occidente, que el auge de la posguerra y el Estado del bienestar han hecho algo más tolerable. Los intelectuales, que habían creído en el socialismo soviético, han terminado por denunciar al "Dios que les falló". El mito del Socialismo en Qne País ha engendrado así un mito aún más engañoso -un mito colosal- sobre el fracaso del socialismo. Esta doble mistificación ha llegado a dominar gran parte del pensamiento político occidental y ha contribuido en gran medida al estancamiento ideológico en el que aún vive el mundo medio siglo después de 1917.

Sin embargo, Occidente apenas tiene motivos para contemplar este resultado con arrogancia. Porque cuando un ruso mira el historial de Occidente, en su relación con Rusia, ¿qué encuentra allí? La rapaz Paz de Brest Litovsk, la intervención armada aliada contra los soviéticos, el bloqueo, el *cordón sanitario*, los prolongados boicots económicos y diplomáticos; y luego la invasión de Hitler y los horrores de la ocupación nazi, los largos e inteligentes retrasos con los que los aliados de Rusia pospusieron la apertura de un segundo frente contra Hitler, mientras los ejércitos soviéticos se inmolaban en la batalla; y, después de 1945, la rápida inversión de las alianzas, el chantaje nuclear y el frenesí anticomunista de la guerra fría. ¡Qué récord! ¡Qué récord!

78

Un marxista debe preguntarse por qué las clases trabajadoras de Occidente y sus partidos han permitido tanta libertad de iniciativa y de acción a los gobiernos y establecimientos que entre todos fueron responsables de este récord. El historiador tiene que sondear las circunstancias objetivas que pueden haber impedido al socialismo occidental, en el curso de estos cincuenta años, intervenir radicalmente y hacer que Occidente se enfrente a la revolución rusa de una manera muy diferente.



#### IV. El estancamiento de la lucha de clases

También tiene que tener en cuenta los efectos adversos de la prolongada y exclusiva dirección rusa de la revolución socialista. Pero, habiendo considerado cuidadosamente todas las circunstancias objetivas y habiendo hecho todas las concesiones necesarias, ¿cómo resumirá sus conclusiones? Engels, hablando de la dirección exclusiva francesa de la revolución burguesa y de sus nefastas consecuencias, y habiendo analizado sin duda con cuidado las circunstancias objetivas de la época, resumió su punto de vista en estas pocas palabras llanas y pregnantes: Todo esto, dijo, 'se hizo inevitable a causa de la estupidez y la cobardía de otras naciones.' ¿Tendrá un Engels futuro que emitir el mismo veredicto sobre nuestra época?

## V. La Unión Soviética y la Revolución China

Originalmente planeé tratar en esta conferencia el impacto de la revolución rusa sobre los pueblos coloniales y semicoloniales del Este. Pero al trabajar en este tema, lo encontré tan amplio y polifacético que resultaba casi inabarcable en un espacio tan reducido; así que me limitaré a una sola cuestión, aquella en la que se ha centrado el tema: la relación entre las revoluciones rusa y china.

La revolución china es, en cierto sentido, hija de la rusa. Sé que algunos sinólogos se opondrán vehementemente a esta afirmación; y admito de buen grado que sus objeciones son válidas dentro de ciertos límites. Obviamente, un fenómeno histórico de esta magnitud tiene sus raíces más profundas en su propio país, en las condiciones de la sociedad de la que es producto. Hay que insistir en ello, sobre todo porque hasta hace poco era costumbre en Occidente tratar al comunismo chino como una especie de marioneta rusa. Pero, por otra parte, no debemos tratarlo como un movimiento cerrado en sí mismo, que *sólo* puede entenderse en función de su entorno nacional. No debemos permitir que la Gran Muralla domine nuestro propio pensamiento sobre la revolución china. Antes he intentado trazar las numerosas filiaciones entre la revolución rusa y la historia intelectual y política de Europa Occidental. Les he citado el gran reconocimiento de Lenin de la deuda que la revolución rusa tenía con Occidente, y las palabras de Trotsky sobre la "exportación de su ideología más avanzada a Rusia" por parte de Europa. Ahora bien, el impacto de la revolución rusa sobre China fue incomparablemente más directo y poderoso que el de Europa Occidental sobre la Rusia revolucionaria.

80

La revolución rusa triunfó en un momento en que la revolución china se encontraba en un callejón sin salida. Cuando los chinos derrocaron a la dinastía manchú en 1911, intentaron resolver su problema nacional mediante una revolución puramente burguesa. El intento fracasó. China fue proclamada república, pero sus grandes problemas sociales y políticos siguieron sin resolverse y se agravaron. La nación se hundía cada vez más en la dependencia de las potencias extranjeras; los señores de la guerra y los *compradores* la destrozaban; y el campesinado, indigente y oprimido, no tenía ninguna posibilidad de cambiar o mejorar la condición en que vivía. La revolución puramente burguesa había demostrado su impotencia, y nadie era más consciente de ello que Sun Yat-sen, su líder. Luego, en 1919, vino la gran protesta nacional contra el Tratado de Versalles y el movimiento contra la

perpetuación de la sujeción de China a las grandes potencias. Se trataba de un intento de revivir la revolución "puramente" burguesa, aunque inspirado por Chen Tu-hsiu, el futuro fundador del Partido Comunista Chino. También ese movimiento llegó a un callejón sin salida. Al año siguiente se produjo un acontecimiento crucial: desde Moscú, el II Congreso de la Internacional llamó a los pueblos coloniales y semicoloniales de Oriente a levantarse o a prepararse para la revolución. Comenzó la gran "importación" de la ideología bolchevique a China, a la que pronto seguiría la importación de la técnica y la tecnología militar rusas. Con su ejemplo, Rusia había mostrado a China el camino para salir del estancamiento: China también tenía que ir más allá de la revolución puramente burguesa. El antiimperialismo, la redistribución de la tierra, el papel hegemónico de los obreros industriales en la revolución, la formación de un Partido Comunista y una estrecha alianza con la Unión Soviética eran las nuevas perspectivas que se abrían de repente ante los radicales chinos. Incluso Sun Yat-sen suscribió algunos de estos nuevos objetivos, aunque no sin inquietud.

81

Hasta entonces, el marxismo no había ejercido casi ninguna influencia en China. Algunas ideas inconexas del socialismo fabiano y metodista habían llegado a cuentagotas a la intelectualidad de Shanghai, Cantón y Pekín. Pero hasta 1921, setenta y tres años después de su publicación original, el *Manifiesto Comunista* no apareció por primera vez en chino.<sup>1</sup> El marxismo europeo occidental, centrado en la lucha de clases en los países industrializados avanzados, apenas podía calar en la intelectualidad radical de una nación campesina semicolonial. Fue de los rusos, y en la versión rusa, de donde los chinos tomaron su marxismo. Como señala acertadamente el Sr. E. H. Carr en su gran *Historia de la Unión Soviética*, fue Lenin quien formuló por primera vez un programa de acción marxista que era inmediatamente relevante para los pueblos del Este. Pudo hacerlo gracias a su sensibilidad narodnikista hacia los problemas del campesinado y a su comprensión totalmente original de la importancia de la lucha antiimperialista.

El bolchevismo se enfrentaba tanto a Occidente como a Oriente. Hemos visto que frente a Occidente y considerando las perspectivas del socialismo allí, Lenin insistió en que el Estado-nación constituía una base demasiado estrecha para la transformación socialista. Hasta 1924 todos los grandes manifiestos de la Internacional Comunista culminaron en un llamamiento a los Estados Unidos Socialistas de Europa. En el Este, sin embargo, la situación era diferente. Sus pueblos vivían aún en la época preindustrial e incluso preburguesa, fragmentados por particularismos cuasi feudales, patriarcalismo tribal, sistemas de castas y

---

<sup>1</sup> Un crítico de un ensayo sobre el maoísmo, incluido en mis *Ironías de la Historia*, recuerda, en *The Times Literary Supplement*, que algunos extractos del *Manifiesto* habían sido traducidos al chino, y al parecer publicados en una pequeña revista, en la primera década de este siglo. El hecho es que los lectores chinos de la generación de Mao Tse-tung, y el propio Mao, no pudieron leer el *Manifiesto* in extenso hasta 1921.

caudillismo. Si para Occidente el Estado-nación, la gran conquista del pasado, era ya un obstáculo para el progreso, para los pueblos de Oriente esta conquista estaba aún en el futuro y era una condición esencial del progreso. Pero si en Occidente el Estado-nación moderno era el producto de la revolución burguesa, Oriente tenía que ir más allá de esa revolución para alcanzarlo. Esta fue la nueva gran lección que Moscú difundió a principios de los años veinte. Aun así, Moscú no consideraba la revolución china ni ninguna otra revolución oriental como una lucha puramente nacional, sino como parte de un proceso internacional; y seguía atribuyendo a la revolución socialista proletaria de Occidente el papel principal en la lucha mundial. El bolchevismo proyectó su propia experiencia sobre la escena mundial. En Rusia, la revolución había tenido lugar tanto en la ciudad como en el campo; pero la iniciativa, la inteligencia y la voluntad directivas habían procedido de la ciudad; y esto, pensaban los bolcheviques, se repetiría a escala mundial, donde el Occidente industrial era la "ciudad" en sentido amplio, mientras que el Oriente subdesarrollado era el "campo".

82

La siguiente revolución china, que tuvo lugar en los años 1925-27, pareció confirmar esta expectativa. Gran Bretaña estaba en ese momento sacudida por las mayores luchas de clases de su historia, la huelga de mineros más larga y obstinada que se recuerda y la Huelga General de 1926. En China, el alineamiento de las fuerzas sociales se asemejaba en gran medida al modelo ruso: el país ardía en revueltas agrarias, pero los trabajadores urbanos eran la fuerza motriz de la revolución. Es necesario recordar este hecho importante, pero ahora olvidado o ignorado. Lamentablemente, gran parte de la historia china reciente ha sido reescrita tanto por maoístas como por estalinistas, y no sólo muchas personalidades históricas han sido convertidas en no-personas orwellianas, sino que toda una clase social -el proletariado industrial chino de la década de 1900- ha sido borrada del registro histórico y convertida en una no-clase. A continuación veremos por qué ha sucedido esto.

El destino de la revolución de los años 20 fue bastante trágico. No sólo fue derrotada, sino que antes de su derrota había sido devuelta al callejón sin salida de la revolución puramente burguesa, de la que el leninismo acababa de mostrar la salida. Stalin y sus asociados y agentes en China la hicieron retroceder hasta allí. Nosotros, en Occidente, no tenemos que basarnos en las "reescrituras" estalinistas o maoístas de la historia; así que asumo que estás familiarizado con las líneas generales de los acontecimientos; y sólo recordaré aquí que la política de Stalin se centraba en la idea de que la revolución china debía tener objetivos puramente burgueses y que debía basarse en el llamado "bloque de las cuatro clases". De hecho, Moscú obligó a los reticentes comunistas chinos a someterse incondicionalmente a la dirección y disciplina del Kuomintang; a aceptar al general Chiang Kai-shek como líder y héroe nacional; a abstenerse de alentar revueltas agrarias; y finalmente, en

1927, a desarmar a los obreros insurgentes de las ciudades. De esta manera fue suprimido el primer gran levantamiento proletario victorioso en Asia, la Comuna de Shanghai. A esto siguió una masacre masiva de comunistas y obreros insurgentes y la debacle de la revolución.

83

Se ha argumentado que, independientemente de la política de Stalin, la revolución de 1925-27 estaba condenada de todos modos, debido a su inherente "inmadurez". El historiador no puede desentrañar post mortem las causas objetivas de un acontecimiento como éste de las subjetivas, de las políticas y movimientos de los hombres; no puede decir cuál de estos factores decidió el resultado de la lucha. El hecho es que, fuera o no inevitable la derrota de la revolución en 1927, el estalinismo hizo todo lo posible para que así fuera. Tanto en el Este como en el Oeste, la política estalinista estaba motivada por el miedo a destruir o alterar el statu quo y por el deseo de evitar una profunda implicación en graves conflictos sociales en el extranjero que pudieran dar lugar a "complicaciones internacionales". En el Este, al igual que en el Oeste, el estalinismo trabajó para producir un estancamiento en la lucha de clases.

En China, sin embargo, el estancamiento era imposible. La revolución había sido aplastada en las ciudades, pero la contrarrevolución era incapaz de consolidar su victoria. La estructura social del país estaba destrozada. Las revueltas campesinas continuaron. El régimen del Kuomintang era raquítrico y corrupto. Y luego, en el transcurso de quince años, la invasión japonesa asestó golpe tras golpe a la estructura social y al régimen político. Nada pudo detener el proceso de descomposición.

84

Sin embargo, la derrota de Tse en 1927 y los acontecimientos posteriores prepararon el terreno para una revolución muy diferente de la de los años veinte, y muy diferente también del modelo ruso de 1905 y 1917. A finales de los años veinte, tras la masacre de sus miembros, al Partido Comunista le resultó extremadamente difícil reconstruir sus bastiones urbanos. En la década de 1930, los japoneses, tras conquistar la China costera, emprendieron la desindustrialización forzosa de las ciudades ocupadas, dismantelaron las fábricas y provocaron así la dispersión de los trabajadores urbanos. Sin embargo, incluso antes de eso, Mao instó al Partido Comunista a dar la espalda a las ciudades e invertir todas sus energías en la guerra partisana, que debía librarse en las zonas rurales donde el campesinado estaba alborotado. Su estrategia política se resumió, al cabo de muchos años, en la célebre frase de que en China la revolución no debía llevarse de la ciudad al campo, sino del campo a la ciudad.

¿Fue esta estrategia un golpe de genio político? ¿O tal vez la apuesta desesperada de un aventurero? Su éxito final hace pensar que fue lo primero. Pero, a la luz de las circunstancias de la época, fue una apuesta dudosa. El Moscú estalinista la trató

durante mucho tiempo como una aberración inofensiva que ni siquiera merecía la excomunión por herejía. Por cierto, Mao correspondió a esta indulgencia observando exteriormente todas las devociones del culto a Stalin. En opinión de Stalin, los partisanos de Mao, aunque llegaron a controlar considerables zonas rurales, no tenían ninguna posibilidad de llevar la revolución del campo a la ciudad y de derrocar al Kuomintang. A Stalin le complacía utilizarlos como moneda de cambio en sus tratos con Chiang Kai-shek, por lo que les ofreció un poco de publicidad barata en los periódicos de la Comintern, pero por lo demás no les prestó ninguna ayuda. Consideraba a Mao como un extraño peón en su tablero de ajedrez, colocado en una de sus esquinas menos importantes.

85

Y, en verdad, la estrategia de Mao necesitó para su éxito una extraordinaria combinación o coincidencia de circunstancias, como él ni previó ni podría haber previsto. Hicieron falta quince años de invasión y ocupación japonesas, quince años durante los cuales China fue desmembrada y sumida en el caos; y fue necesaria una guerra mundial y la derrota de Japón para que los partisanos de Mao pudieran sobrevivir y ganar fuerza; y para llevar al Kuomintang a ese punto de colapso en el que un ejército campesino pudiera empujarlo. Normalmente, en nuestra época -y esto había sido así incluso en la China no desarrollada- la ciudad domina el país económica, administrativa y militarmente hasta tal punto que los intentos de llevar la revolución del "campo" a la ciudad están condenados de antemano. Pero en 1948 y 1949, cuando los partisanos entraron en Nankín, Tiensin, Shanghai, Cantón y Pekín, lo hicieron en un vacío virtual. La desintegración del Kuomintang era completa. Esto es lo que Stalin no logró comprender ni siquiera en 1948, cuando en vano instó a Mao a que hiciera las paces con Chiang Kai-shek y aceptara la incorporación de los partisanos al ejército de Chiang. Temeroso una vez más de las "complicaciones" -de la intervención masiva norteamericana en las zonas de Extremo Oriente adyacentes a las fronteras soviéticas- Stalin seguía -ien 1948!- intentando recuperar el statu quo chino de 1928.

Mientras tanto, el carácter de la revolución y las perspectivas del comunismo chino habían cambiado radicalmente. El partido de Mao se parecía poco, en ideología y organización, al partido de Lenin o al de Stalin. El partido de Lenin tenía sus raíces profundamente arraigadas en la clase obrera. El de Mao se basaba casi exclusivamente en el campesinado. Los bolcheviques habían crecido dentro de un sistema multipartidista que había existido, medio sumergido, en la Rusia zarista; y habían estado acostumbrados al toma y daca de intensas controversias con sus oponentes, mencheviques, socialrevolucionarios, liberales y otros. Los maoístas, al vivir durante más de veinte años en completo aislamiento, atrincherados en sus refugios de montaña, cuevas y aldeas, se habían vuelto totalmente introvertidos. No tenían mencheviques ni socialrevolucionarios a los que enfrentarse en un debate directo. Sus polémicas contra el Kuomintang tenían más el carácter de propaganda

de guerra contra un enemigo que el de una controversia ideológica con un adversario serio. Los cuadros del partido formaban el cuerpo de mando de los partisanos. Todo en su vida estaba subordinado a las necesidades imperativas de una contienda armada. La organización, la disciplina, los hábitos de pensamiento y la gestión cotidiana de los asuntos estaban militarizados. Por muy poco convencional y revolucionario que fuera su militarismo, contrastaba notablemente con el carácter predominantemente civil del Partido Bolchevique. Si el bolchevismo se había hecho monolítico a través de una larga serie de dolorosas crisis políticas y morales, tras la supresión de muchas oposiciones internas, el maoísmo tenía poco que suprimir en sus propias filas; su carácter monolítico era un crecimiento natural y sin restricciones. Y así, aunque exteriormente el maoísmo se parecía al estalinismo, la similitud ocultaba profundas diferencias.

86

Los sinólogos comparan a menudo a los partisanos de Mao con los ejércitos campesinos chinos que a lo largo de los siglos se alzaron y derrocaron dinastías para poner en el trono a sus propios líderes. Sin duda, los partisanos son en cierto modo descendientes de esos ejércitos. También en China el pasado se ha reflejado en la revolución, con sus tradiciones del mandarinato y de los levantamientos campesinos. Si el estalinismo fue la amalgama del marxismo con la barbarie salvaje de la vieja Rusia, el maoísmo puede considerarse como una amalgama del leninismo con el patriarcalismo primitivo y los cultos ancestrales de China. En cualquier caso, el maoísmo está mucho más profundamente impregnado de costumbres y hábitos nativos de lo que lo había estado el comunismo urbano de los años veinte. Incluso una comparación literaria de los escritos de Mao y Chen Tu-hsiu, predecesor de Mao en la dirección del partido, revela la diferencia: El lenguaje de Mao es mucho más arcaico que el de Chen Tu-hsiu, cuyo lenguaje era más cercano al de los marxistas europeos, especialmente los rusos, de la era anterior a Stalin. (No en vano, Mao compone sus poemas en el estilo clásico de Mardarin).

Sin embargo, por grande que sea el poder del pasado sobre el presente, no tenemos por qué exagerarlo. Tanto en China como en Rusia, la amalgama de una ideología revolucionaria moderna con la tradición nativa primordial es el fenómeno de una época de transición. Aquí y allá, la sociedad se ha visto inmersa en una transformación que reduce o destruye la fuerza de la costumbre y el hábito. Aquí y allá los gobernantes han utilizado la tradición para fines que desarraigan el modo de vida tradicional. Hemos visto cómo la industrialización, la urbanización y la educación de masas hacen que la amalgama estalinista sea inaceptable para la sociedad soviética; y cabe suponer que en esto, si no en otra cosa, la Unión Soviética prefigura la imagen del futuro no muy remoto de China.

87

En cualquier caso, los partisanos de Mao, a diferencia de los antiguos ejércitos campesinos rebeldes, no dejaron intacta la estructura patriarcal de la sociedad china. Fueron los agentes de una revolución burguesa moderna que no pudo ser contenida

dentro de los límites burgueses; e iniciaron una revolución socialista. Produjeron de hecho el segundo gran acto de la agitación internacional que había comenzado en Rusia en 1917.

¿Cómo pudieron producirla? En Rusia, la doble revolución fue el resultado de una lucha homérica librada principalmente por los obreros industriales, dirigidos por su auténtica vanguardia socialista. El partido de Mao, lo sabemos, no tenía ninguna conexión con ningún proletariado industrial; y este último no desempeñó ningún papel significativo en los acontecimientos de 1948-49. El campesinado defendía la redistribución de la tierra y la propiedad privada. La llamada burguesía nacional, descorazonada y desmoralizada por la corrupción y la desintegración del Kuomintang, abrigaba la esperanza de que el maoísmo no rebasara los límites de la revolución burguesa. En resumen, en 1948-49 ninguna clase social básica de China se esforzó por establecer el socialismo.

Al embarcarse en la revolución socialista, los maoístas desempeñaron el papel que los bolcheviques habían asumido sólo unos años después de 1917, el de fideicomisarios y guardianes de una clase obrera industrial casi inexistente. En la medida en que contaban con el apoyo del campesinado, los maoístas no eran una élite revolucionaria aislada, sin ninguna clase social detrás. Pero el campesinado, con su individualismo centrado en la economía rural, era, en el mejor de los casos, indiferente a lo que ocurría en la ciudad.

88

Al ir mucho más allá del horizonte del campesinado, los maoístas actuaron al menos por tres motivos: (a) los compromisos ideológicos que habían asumido en sus primeros años de formación; (b) consideraciones de interés nacional; y (c) imperativos de seguridad internacional. En sus años de juventud, mientras recibían la influencia de la escuela de pensamiento leninista, habían absorbido las ideas del socialismo proletario. Durante las décadas de su inmersión en la China rural, esas ideas les sirvieron de poco o nada y se identificaron con el individualismo del campesinado. Pero, al volver a las ciudades como gobernantes de China, no podían dejarse guiar sólo por ese individualismo, que, traducido a términos urbanos, significaba "empresa privada en la industria" y el comercio. Luchaban por unificar la nación, por crear un gobierno centralizado, por construir un Estado-nación moderno. No podían basarlo en un capitalismo autóctono atrofiado y vulnerable a las presiones occidentales. La industria y la banca nacionalizadas proporcionaban una base mucho más segura para la independencia nacional y un Estado unitario, para la industrialización y el resurgimiento de China como gran potencia. Aunque en teoría estos objetivos eran compatibles con una revolución puramente burguesa, una nación semicolonial no podía, en este siglo', alcanzarlos por medios burgueses. (Característicamente, Mao no expropió a los capitalistas sin compensación: les ha pagado hasta hoy una indemnización en forma de dividendos a largo plazo y les ha concedido puestos directivos en la economía. Este hecho, sin embargo, no desvirtúa



por sí mismo el carácter socialista de la revolución). Por último, consideraciones de seguridad internacional impulsaron a la nueva China hacia la Unión Soviética. Hasta el momento de la victoria, los maoístas habían luchado contra ejércitos del Kuomintang "asesorados" por generales estadounidenses y equipados con armas de ese país; en ocasiones, también tuvieron que combatir contra marines estadounidenses. Estados Unidos sostenía que Chiang era el pretendiente contrarrevolucionario. La guerra fría alcanzaba su punto álgido y el mundo se dividía en dos bloques. En estas circunstancias, la seguridad de China 'residía' en una estrecha alianza con la Unión Soviética y en la ayuda económica soviética; y esto requería el ajuste de su estructura social y política a la de la Unión Soviética.

89

No fue fácil para la nueva China lograr una estrecha alianza con la URSS. Las relaciones entre las dos potencias comunistas fueron tensas y estuvieron rodeadas de ambigüedad desde el principio. El egoísmo nacional del gobierno de Stalin fue la principal causa de las tensiones. Aunque Mao y sus camaradas estuvieran dispuestos a olvidar cómo les había utilizado Stalin en los años veinte, y cómo había tratado entonces a los partisanos y obstruido su última apuesta por el poder, no podían reconciliarse fácilmente con la posición que los rusos mantenían en Extremo Oriente desde la derrota de Japón. Los rusos habían restablecido su predominio en Manchuria; tenían en su poder el Ferrocarril del Lejano Oriente y Port Arthur; y habían desmantelado y se habían llevado como "botín de guerra" la planta industrial de Manchuria -esa provincia era entonces la única base industrial de China, de la que dependía su desarrollo económico-. Moscú tampoco mostró ningún signo de voluntad de renunciar a su dominio sobre la Mongolia soviética, aunque en el pasado todos los dirigentes soviéticos habían hecho muchas promesas solemnes de que un día, cuando la revolución hubiera triunfado en China, toda Mongolia se uniría en una sola república federada con China. Todo esto hacía presagiar un conflicto mucho más grave que aquel en el que Stalin y Tito acababan de sumergirse, un conflicto tan grave como el que enfrentaría a Jruschov y Mao una década más tarde. Sin embargo, en 1950 ni Stalin ni Mao podían permitirse el lujo de enfrentarse. Stalin desconfiaba de llevar a los maoístas y a los titoístas a un frente común; y Mao estaba tan ansioso por obtener la buena voluntad y la ayuda soviéticas que llegó a un compromiso con Stalin y cerró la alianza. La Unión Soviética actuó como garante de la revolución china y de su carácter socialista.

90

La revolución china estuvo, por supuesto, plagada de todas las contradicciones que preocuparon a la revolución rusa, las existentes entre sus aspectos burgueses y socialistas y las inherentes a cualquier intento de establecer el socialismo en un país subdesarrollado. Circunstancias similares produjeron resultados similares. De ahí, a pesar de sus diferencias, la afinidad entre el maoísmo y el estalinismo. Ambos actuaron dentro del sistema de partido único, como detentadores de un monopolio de poder; y como guardianes y fideicomisarios del interés socialista, aunque Mao, al

no haber tenido experiencia real de un sistema multipartidista ni tradición de marxismo europeo a sus espaldas, desempeñó ese papel con mucha menos culpa y con mucha más facilidad que Stalin. Y el maoísmo, como el estalinismo, reflejaba el atraso de su entorno nativo, que la revolución tardaría mucho tiempo en digerir y superar.

La alianza, a pesar de toda su ambigüedad, aportó beneficios vitales a ambos socios. Stalin había obtenido no sólo la adhesión china al principio del liderazgo soviético exclusivo en el campo socialista; también consiguió, a través de sociedades anónimas especiales soviético-chinas, una influencia directa en la conducción de los asuntos económicos y políticos de China. Estas sociedades mixtas no podían sino herir las susceptibilidades de muchos chinos, a quienes parecían nuevas versiones de las anticuadas concesiones occidentales. Sin embargo, gracias a la ayuda soviética, la nueva China no estaba tan aislada en el mundo como lo había estado la Rusia bolchevique en los años posteriores a 1917. El bloqueo occidental no podía imponerle las penurias que en su día había impuesto a Rusia. China no estaba al principio reducida a sus propios recursos, desesperadamente insuficientes. El asesoramiento soviético en ingeniería y gestión científica y la formación soviética de especialistas y trabajadores chinos facilitaron el inicio de la industrialización de China, aligeraron para ella la carga de la acumulación primitiva y aceleraron su "despegue". Por consiguiente, China no tuvo que pagar el alto precio que Rusia había pagado por ser pionera en el socialismo, a pesar de que los chinos partían de niveles mucho más bajos de desarrollo económico y cultural. El gobierno de Mao no tuvo que recortar tanto los ingresos de los campesinos como lo hizo el de Stalin para proporcionar los nervios de la industrialización, ni tuvo que mantener a los consumidores urbanos con raciones tan cortas. Estas circunstancias (y otras en las que no puedo entrar aquí) explican el hecho de que en la primera década de la revolución, las relaciones sociales y políticas, especialmente las existentes entre la ciudad y el campo, fueran menos tensas en China de lo que lo habían sido en Rusia.

91

Nada parecía impedir una asociación aún más estrecha entre ambas potencias, especialmente cuando, tras la muerte de Stalin, sus sucesores disolvieron las sociedades anónimas, renunciaron al control directo y renunciaron a la mayoría de las humillantes condiciones que Stalin había impuesto a la ayuda. De hecho, el momento parecía propicio para el establecimiento de algo parecido a una mancomunidad socialista que se extendiera desde los mares de China hasta el Elba. En esa mancomunidad, un tercio de la humanidad habría planificado conjuntamente su desarrollo económico y social sobre la base de una amplia división racional del trabajo y de un intenso intercambio de bienes y servicios. El socialismo habría empezado por fin a convertirse en "un acontecimiento internacional".

Una empresa tan ambiciosa habría tropezado, sin duda, con multitud de dificultades, derivadas de las enormes discrepancias entre las estructuras

económicas y los niveles de vida y entre los niveles de civilización y las tradiciones nacionales de las numerosas naciones participantes. La división entre los que tienen y los que no tienen, la parte más pesada del legado que la revolución socialista hereda del pasado, se habría hecho sentir en cualquier caso. Los desposeídos, los chinos en primer lugar, estaban obligados a presionar para igualar los niveles económicos y de vida dentro de la mancomunidad; y sus demandas no podían sino chocar con las crecientes expectativas de los consumidores en la Unión Soviética, Checoslovaquia y Alemania Oriental. Pero éstos no deberían haber sido obstáculos insuperables para un intento socialista serio de trascender económicamente el Estado-nación. Una amplia división del trabajo y un intercambio intensivo supondrían ventajas considerables para todos los miembros de la mancomunidad, economizarían recursos, ahorrarían energías y crearían nuevos márgenes de riqueza y nuevos espacios económicos para todos.

92

Nada se interponía en el camino de tal diseño excepto la inercia de la autosuficiencia nacional y la arrogancia burocrática. Al describir cómo el pensamiento de cualquier burocracia está ligado al Estado-nación, está moldeado por él y está limitado por él, he dicho antes que ni siquiera la extensión de la revolución pudo curar a la política estalinista de su egoísmo nacional y su aislacionismo ideológico; y que de estos males la política de los sucesores de Stalin sigue siendo la heredera. Aunque el concepto de "socialismo en un solo país" hace tiempo que perdió toda relevancia, el estado de ánimo que había detrás de él, así como la forma de pensar y el estilo de acción política inspirados en él, han sobrevivido. En ningún otro lugar se ha manifestado esto de forma más llamativa que en las relaciones ruso-chinas. Me referiré aquí sólo a un acontecimiento en ese ámbito, la repentina cancelación por parte del gobierno de Jruschov, en julio de 1960, de toda la ayuda económica a China y la retirada de China de todos los especialistas, técnicos e ingenieros soviéticos. El golpe que esto supuso para China fue probablemente mucho más cruel que, por ejemplo, el breve y violento impacto de la intervención armada soviética en Hungría. Como a los especialistas e ingenieros se les había ordenado privar a los chinos de todos los planes de construcción, planos y patentes soviéticos, un gran número de empresas industriales chinas quedaron paralizadas de golpe. Los chinos habían realizado grandes inversiones en las fábricas y plantas en construcción; estas inversiones fueron congeladas. Masas de maquinaria a medio instalar y edificios inacabados se dejaron oxidar y pudrir. Para una nación sumida en la pobreza, que apenas empezaba a equiparse, fue una pérdida paralizante. La industrialización de China se interrumpió durante unos cinco años; se ralentizó durante un periodo mucho más largo. Millones de trabajadores se vieron condenados a la ociosidad y las privaciones y tuvieron que regresar a las aldeas en un momento en que éstas sufrían inundaciones, sequías y malas cosechas. No puedo dejar de recordar en este contexto la extraordinaria premonición con la que Lenin, en 1922, en uno de sus últimos escritos, se

preocupaba por el efecto que las acciones de la "*dzerzhymorda* -el gran matón chauvinista y burocrático ruso-" podrían tener algún día "entre esos cientos de millones de pueblos de Asia que en un futuro próximo pasarán al primer plano de la escena histórica".

93

Los maoístas han pagado a los rusos con su propia moneda, la moneda del egoísmo nacional. Lo que hemos oído de China desde entonces ha sido cada vez menos el argumento racional en la controversia sobre los fines y los medios del socialismo, y cada vez más el grito del orgullo nacional ofendido y enfurecido, el grito de los heridos y humillados. El choque traumático de 1960 ha agitado y sacado de los maoístas todos sus resentimientos contra los rusos, reprimidos durante tanto tiempo. También ha sacado de ellos algunos de sus rasgos de carácter negativos, especialmente su inveterado engrimiento oriental y su desprecio por Occidente, como parte del cual han llegado a ver a la Unión Soviética.

En el centro del conflicto se encuentran las diferentes actitudes de las dos potencias hacia el statu quo internacional. Los rusos han continuado todos estos años su vieja búsqueda de la seguridad nacional dentro del statu quo internacional. Confío en que haya quedado suficientemente demostrado que esta política no ha sido una innovación de los sucesores de Stalin; no ha sido esa proeza del "revisionismo jruschovista" que denuncian los maoístas. El revisionismo es de origen estalinista; se remonta a los años veinte y al Socialismo en un solo país. Desde entonces, la política soviética ha tratado de evitar a toda costa cualquier implicación profunda y arriesgada en las luchas de clases y los conflictos sociales y políticos del mundo exterior. Esta ha sido, en medio de todos sus diversos motivos y en medio de todas las circunstancias cambiantes de los tiempos, su única preocupación constante. A ella, durante veinte años, Stalin había subordinado la estrategia y la táctica de la Comintern; y luego, en el período comprendido entre 1943 y 1953, todos los intereses de todos los partidos comunistas. En relación con China, Stalin batió todos los récords del "revisionismo", primero en 1927 y luego en 1948. En su búsqueda de la seguridad, intentó por regla general preservar, e incluso estabilizar, cualquier equilibrio de poder internacional existente. Como operaba en una época de violentos trastornos y cambios, tuvo que ajustar su política a un statu quo siempre nuevo; y lo hizo una y otra vez de "manera" esencialmente conservadora. En la década de 1930 ajustó su política, y la de los Frentes Populares, a la defensa del sistema de Versalles, cuando éste se vio amenazado por el nazismo. Entre 1939 y 1941 se "ajustó" al predominio del Tercer Reich en Europa. Y, por último, orientó su política al mantenimiento del statu quo creado por los pactos de Yalta y Postdam. Es todavía este statu quo, o lo que ha sobrevivido de él, lo que los sucesores de Stalin tratan de apuntalar contra las fuerzas que lo perturban desde dentro.

94

Sin embargo, para la nueva China este statu quo es necesariamente inaceptable. Se remonta a la época anterior a la revolución china y se basa en el reconocimiento

implícito del predominio estadounidense en la zona del Pacífico. No tiene en cuenta la revolución china ni sus consecuencias. Este es el statu quo bajo el cual China sigue siendo la proscrita de la diplomacia internacional; bajo el cual está excluida de las Naciones Unidas, bloqueada por las flotas y fuerzas aéreas estadounidenses, rodeada de bases militares estadounidenses y sometida a un boicót económico. Moscú, invocando los peligros de una guerra nuclear, está ansioso por estabilizar este statu quo, si es necesario imponiendo una paralización tácita de la lucha de clases y de las "guerras de liberación" antiimperialistas. China tiene todos los motivos para alentar, dentro de unos límites, a las fuerzas de Asia y de otros lugares que son hostiles al statu quo. No tiene ningún interés en imponer ningún estancamiento a la lucha de clases y a las guerras de liberación. De ahí la incompatibilidad básica de las políticas rusa y china. De ahí la ruidosa disputa, en parte real pero en parte espuria, sobre el revisionismo. De ahí la acusación de que los rusos, cuando buscan un acomodo con Occidente, se alinean con el imperialismo norteamericano contra la revolución china y contra los pueblos que siguen oprimidos por el imperialismo. De ahí el último desafío chino a la dirección rusa del "campo socialista" y la reivindicación maoísta de la dirección.

95

Sin embargo, en el maoísmo parecen habitar dos almas: una internacionalista, la otra aparentemente llena de engrimiento oriental. Su oposición al statu quo y a la política de poder rusa ha inducido a los maoístas a adoptar una postura radical y a proclamar contra Moscú las consignas y eslóganes del internacionalismo revolucionario-proletario. Pero sus propios antecedentes y experiencia, su profunda inmersión en el atraso de su medio nacional, su fresco -aunque tan antiguo- orgullo exaltado por su Estado-nación, el premio que han ganado en su épica lucha, su falta de raíces profundas en la clase obrera o en cualquier tradición auténticamente marxista -todo esto les dispone hacia una estrechez de miras nacional y un egoísmo sagrado tan intensos como los estalinistas; Por eso también tienden a subordinar los intereses de los movimientos comunistas o revolucionarios extranjeros a su propia *razón de ser* y a su propia política de poder. Incluso su imagen del socialismo lleva la impronta estalinista: es la imagen de un socialismo en un solo país, encerrado por su propia Gran Muralla.<sup>2</sup>

Ahora es evidente hasta qué punto el maoísmo se ha visto desgarrado por sus propias contradicciones y cómo el conflicto con la Unión Soviética ha hecho estallar sus tensiones internas. El "epicentro de la revolución" china está enviando nuevos temblores que sacuden a toda la sociedad china, tocan a la Unión Soviética y afectan

---

<sup>2</sup> Por eso Mao, cultivando una amistad diplomática con el gobierno del general Sokarno durante muchos años, animó al Partido Comunista Indonesio a aceptar la dirección de Sokarno y a renunciar a toda acción revolucionaria independiente en favor de una coalición con la "burguesía nacional". El papel de Mao frente al comunismo indonesio fue, pues, muy similar al de Stalin frente al comunismo chino en los años veinte; y los resultados han sido aún más desastrosos.

## V. La Unión Soviética y la Revolución China

al resto del mundo. ¿Qué van a producir estos temblores? ¿Un régimen que, como prometían los inspiradores de los llamados Guardias Rojos, sería más igualitario, menos burocrático, más directamente controlado por la masa del pueblo, en una palabra, un régimen más socialista que aquel bajo el cual ha vivido la Unión Soviética? ¿Una revolución renaciente y purificada? ¿O la colosal agitación que presenciamos en 1965-66 fue sólo una de esas convulsiones irracionales, típicas de la revolución burguesa, cuando los hombres y los partidos son incapaces de controlar las violentas oscilaciones del péndulo político? ¿Eran los Guardias Rojos, que abarrotaban mes tras mes las plazas y calles de las ciudades chinas, los nuevos *Enrages* o los Cavadores y Niveladores de nuestro siglo? ¿Iban a ganar por fin? ¿O es que, cuando terminó el largo paroxismo de fervor y actividad utópicos, cayeron exhaustos y dejaron el escenario al alto y poderoso salvador de la ley y el orden? ¿O acaso todos nuestros precedentes históricos son irrelevantes para este drama? Sea cual sea la respuesta, el conflicto entre los aspectos burgueses y socialistas de la revolución sigue sin resolverse; es mucho más profundo de lo que fue en Rusia. Por un lado, el elemento burgués es más importante en China, representado por el campesinado, que todavía constituye las cuatro quintas partes de la nación, y por los numerosos e influyentes supervivientes del capitalismo urbano. Por otra parte, el impulso antiburocrático e igualitario de la tendencia socialista también parece ser mayor de lo que ha sido en Rusia durante mucho tiempo. Los antagonismos y los choques, con inmensas masas de personas implicadas, se desarrollaron durante un tiempo con una espontaneidad tormentosa como la Unión Soviética no había conocido desde sus primeros días, una espontaneidad que trae a la memoria las turbulentas multitudes de París en 1794, en el periodo de las luchas intestinas jacobinas. Independientemente de cómo termine este sobrecogedor espectáculo, y hacia qué nuevas encrucijadas pueda impulsar tanto a la Unión Soviética como a China, una lección de estos acontecimientos parece clara: la abolición de la dominación del hombre por el hombre no puede ser un acontecimiento puramente chino como tampoco podría serlo puramente ruso. Sólo puede producirse, si acaso, como un acontecimiento verdaderamente internacional, como un hecho de la historia universal.

## VI. Conclusiones y perspectivas

Llegando al final de este repaso del medio siglo soviético debemos volver a las preguntas con las que empezamos: ¿Ha colmado la revolución rusa las esperanzas que despertó? ¿Cuál es su significado para nuestra época y nuestra generación? Me gustaría poder responder a la primera de estas preguntas con un sí rotundo y claro, y concluir mis observaciones con una nota triunfal. Por desgracia, no puedo hacerlo. Sin embargo, tampoco estaría justificada una conclusión desalentadora y pesimista. En más de un sentido, ésta sigue siendo una revolución inacabada. Su trayectoria es cualquier cosa menos sencilla. Se compone de fracasos y éxitos, de esperanzas frustradas y esperanzas cumplidas, y ¿quién puede medir las esperanzas entre sí? ¿Dónde están las balanzas en las que se puedan pesar los logros y las frustraciones de una época tan grande y establecer sus proporciones mutuas? Lo que es evidente es la inmensidad y el carácter inesperado tanto del éxito como del fracaso, su interdependencia y sus contrastes flagrantes. Uno se acuerda de la sentencia de Hegel, que todavía no tiene fecha, de que "la historia no es el reino de la felicidad"; que "los períodos de felicidad son sus páginas vacías", pues "aunque no faltan satisfacciones en la historia, satisfacciones que provienen de la realización de grandes propósitos que superan cualquier interés particular, esto no es lo mismo que lo que se suele describir como felicidad". Ciertamente, estos cincuenta años no forman parte de las páginas vacías de la historia.

Rusia es un gran barco destinado a una gran navegación", fue la famosa frase del poeta Alexander Blok, en la que se percibe el trasfondo de un intenso orgullo nacional. Un ruso que contemple la historia de este medio siglo con los ojos de un nacionalista, que vea la revolución como un acontecimiento puramente ruso, tendría buenas razones para sentirse aún más orgulloso. Rusia es ahora un barco aún más grande, con un rumbo mucho mayor. En términos de puro poder nacional -y mucha gente en todo el mundo sigue pensando en estos términos- el balance es absolutamente satisfactorio para la Unión Soviética. Nuestros estadistas y políticos no pueden considerarlo de otro modo que con envidia. Sin embargo, me parece que pocos rusos de esta generación lo contemplan con imperturbable exultación. Muchos son conscientes del hecho de que Octubre de 1917 no fue un acontecimiento puramente ruso; e incluso aquellos que no lo son no ven necesariamente el poder nacional como la *ultima ratio* de la historia. La mayoría de los rusos parecen ser conscientes tanto de las miserias como de la grandeza de esta

## VI. Conclusiones y perspectivas

época. Observan el extraordinario ímpetu de su expansión económica, las crecientes pilas de enormes y ultramodernas fábricas, las crecientes redes de escuelas y centros de enseñanza, las proezas de la tecnología soviética, los vuelos espaciales, la impresionante extensión de todos los servicios sociales, etc.; y tienen una idea de la "vitalidad" y *el poderío* de su nación. Pero también saben que, para la mayoría de ellos, la vida cotidiana sigue siendo un trabajo penoso que se burla del esplendor de una de las superpotencias mundiales.

Por poner un ejemplo: A pesar de la inmensa escala de construcción de viviendas, el espacio medio por persona sigue siendo de sólo seis metros cuadrados. En vista de la desigualdad reinante, esto significa que para muchos es de sólo cinco o cuatro metros, o incluso menos. La media sigue siendo la misma que a finales de la era Stalin. Esto no es sorprendente si se recuerda que sólo en los últimos quince años la masa de habitantes de las ciudades ha crecido tanto como toda la población de las Islas Británicas. Sin embargo, tales estadísticas ofrecen poco alivio o consuelo a las personas que sufren la desesperante superpoblación; y aunque la situación está destinada a mejorar gradualmente, la mejoría tardará en llegar. La desproporción entre esfuerzos y resultados ejemplificada por la vivienda es característica de muchos aspectos de la vida soviética. En demasiados campos, la Unión Soviética ha tenido que correr muy deprisa, incluso participar en una carrera sin aliento, sólo para descubrir que sigue parada en el mismo sitio.

99

Los viajeros occidentales, impresionados por la intensa, casi obsesiva, preocupación de los rusos por las cosas materiales y las comodidades de la vida, hablan a menudo de la "americanización" de la mentalidad soviética. Sin embargo, el trasfondo de esta preocupación es obviamente diferente. En Estados Unidos todo el "modo de vida" y la ideología dominante fomentan la preocupación por las posesiones materiales, mientras que la publicidad comercial trabaja furiosamente para excitarla constantemente con el fin de inducir o mantener una demanda artificial de consumo y evitar la sobreproducción. El ansia soviética de bienes materiales refleja décadas de infraproducción e infraconsumo, el hastío por la necesidad y la privación, y un sentimiento popular de que éstas pueden por fin superarse. Este estado de ánimo popular obliga a los gobernantes a prestar más atención de la acostumbrada a las necesidades populares y a satisfacerlas; en este sentido, es un factor progresivo que contribuye a modernizar y civilizar el nivel y el "estilo" de vida nacionales. Pero como el modo de vida soviético no está orientado a la acumulación individual de riqueza, la "americanización" es superficial y, con toda probabilidad, sólo característica de la actual fase de lenta transición de la escasez a la abundancia.

La vida espiritual y política de la Unión Soviética también se ha visto afectada por la grandeza y las miserias de este medio siglo. Comparada con el reino del espanto y el terror que era la Unión Soviética, digamos, hace quince años, ahora es casi una



## VI. Conclusiones y perspectivas

tierra de libertad. Atrás quedaron los campos de concentración de antaño, cuyos reclusos morían como moscas, sin saber por qué habían sido castigados. Atrás ha quedado el miedo omnipresente que había atomizado a la nación, haciendo que cada hombre y mujer temiera comunicarse incluso con un amigo o un pariente, y convirtiendo a la Unión Soviética en un país prácticamente inaccesible para el extranjero.

100

La nación está recuperando su mente y su discurso. El proceso es lento. No es fácil que la gente se desprenda de los hábitos formados durante décadas de "disciplina" monolítica. Sin embargo, el cambio es notable. Las publicaciones periódicas soviéticas se agitan hoy en día con todo tipo de controversias dramáticas, aunque a menudo amortiguadas, y la gente corriente no se inhibe mucho a la hora de expresar sus pensamientos y sentimientos políticos genuinos a completos extraños, incluso a turistas de países hostiles, cuya curiosidad no siempre es inocua. Sin embargo, el ciudadano soviético a menudo se inquieta por la tutela burocrática relativamente suave bajo la que vive, como nunca se inquietó por el despotismo de Stalin. Siente que su libertad espiritual también está restringida a algo parecido a sus miserables seis metros cuadrados. Uno de los rasgos sublimes del carácter humano es que los hombres no están satisfechos con lo que han conseguido, especialmente cuando sus logros son dudosos o consisten en logros a medias. Ese descontento es el motor del progreso. Pero también puede convertirse, como ocurre a veces en la Unión Soviética, en fuente de frustración e incluso de cinismo estéril.

También en su vida política los rusos sienten con demasiada frecuencia que han corrido de prisa para mantenerse en el mismo sitio. La semilibertad que la Unión Soviética ha conquistado desde los tiempos de Stalin puede llegar a ser incluso más insoportable que una tiranía completa y hermética. Recientes escritos soviéticos, algunos publicados en la U.R.S.S., otros en el extranjero, han expresado la mortificación que surge de este estado de cosas, el pesimismo moroso que a veces engendra, e incluso algo así como el estado de ánimo de "Esperando a Godot". Pero, una vez más, las similitudes entre los fenómenos soviéticos y occidentales pueden ser engañosas. La desesperación que impregna bastantes obras literarias soviéticas recientes rara vez se inspira en un sentido metafísico de lo "absurdo de la condición humana". La mayoría de las veces expresa, de forma alusiva o no, una especie de ira desconcertada por las escandalosas anormalidades de la vida política soviética, especialmente por las ambigüedades de la desestalinización oficial. El espíritu de estos escritos es más activo, satírico y militante que el que ha producido las recientes variaciones occidentales sobre el viejo tema de *vanitas vanitatum et vanitas omnia*.

101

El fracaso de la desestalinización oficial está en el corazón de X el malestar. Hace ya más de una década que, en el XX Congreso, Jruschov desenmascaró las fechorías de Stalin. Aquel acto sólo tendría sentido si hubiera sido el prelude de una

## VI. Conclusiones y perspectivas

auténtica aclaración de las muchas cuestiones que planteaba y de un debate abierto a escala nacional sobre el legado de la era de Stalin. No ha sido así. Jruschov y el grupo gobernante en general estaban ansiosos no por abrir el debate, sino por impedirlo. Pretendían que el prólogo fuera también el epílogo de la desestalinización. Las circunstancias les obligaron a iniciar el proceso; éste se había convertido en una necesidad imperiosa de la vida nacional. Como los protagonistas e incluso los seguidores de todas las oposiciones antiestalinistas habían sido exterminados, sólo quedaban hombres del entorno de Stalin para inaugurar la desestalinización. Pero la tarea les resultaba desagradable; iba en contra de sus hábitos mentales y de sus intereses. Sólo podían llevarla a cabo con poco entusiasmo y perfunctoriamente. Levantaron una esquina de la cortina sobre la era de Stalin, pero no pudieron levantar toda la cortina. Y así, la crisis moral abierta por las revelaciones de Jruschov sigue sin resolverse. Sus revelaciones causaron alivio y conmoción, confusión y vergüenza, desconcierto y cinismo. Fue un alivio para la nación liberarse del íncubo del estalinismo; pero fue un shock darse cuenta de lo mucho que el íncubo había lastrado a todo el cuerpo político. Por supuesto, muchas familias habían sufrido el terror estalinista y lo habían conocido en detalle; pero sólo ahora se les permitía vislumbrar por primera vez su verdadera dimensión nacional. Sin embargo, esta fugaz visión en sí misma era confusa. Y era una grave humillación recordar la impotencia con que la nación había sucumbido al terror y la mansedumbre con que lo había soportado. Por último, el hecho de que las sombrías revelaciones hubieran sido hechas por los cómplices y encubridores de Stalin, quienes, una vez revelado el enorme esqueleto que había en su armario, le cerraron la puerta de golpe y no dijeron nada más, no podía ser más que desconcierto y cinismo.

102

La cuestión de los neumáticos ha sido demasiado grave y fatídica para ser tratada así, sobre todo teniendo en cuenta su estrecha relación con la política actual. La desestalinización oficial creó nuevas divisiones y agravó las antiguas. Liberales" y "radicales", comunistas de "derechas" y de "izquierdas", no podían sino presionar para que a escala nacional se ajustaran cuentas con la época de Stalin y se rompiera completamente con ella. Los criptoestalinistas, atrincherados en la burocracia, han estado ansiosos por salvar todo lo posible del método de gobierno estalinista y de la leyenda de Stalin. Fuera de la burocracia, especialmente entre los obreros, bastantes personas se han sentido tan antagonizadas por la hipocresía de la desestalinización oficial, que casi se han reconvertido al culto a Stalin, o no quieren oír hablar más de ello y preferirían que se enterrara todo el asunto de una vez por todas.

En el fondo de las divisiones está el hecho de que la sociedad soviética no se conoce a sí misma y es intensamente consciente de ello. La historia de este medio siglo es un libro cerrado incluso para la intelectualidad soviética. Como alguien que ha sufrido amnesia durante mucho tiempo y sólo empieza a recuperarse, la nación que no conoce su pasado reciente no comprende su presente. Décadas de

## VI. Conclusiones y perspectivas

falsificación estalinista han inducido la amnesia colectiva; y las medias verdades con las que el XX Congreso inició el proceso de recuperación están bloqueando su progreso. Pero tarde o temprano la Unión Soviética debe hacer balance de este medio siglo, si quiere que su conciencia política se desarrolle y cristalice en formas nuevas y positivas.

Se trata de una situación de especial interés para historiadores y teóricos de la política, ya que ofrece un ejemplo poco frecuente, quizá único, de la estrecha interdependencia entre historia, política y conciencia social. Los historiadores discuten a menudo si la conciencia del pasado contribuye en algo a la sabiduría de los estadistas y a la inteligencia política de la gente corriente. Algunos creen que sí; otros adoptan el punto de vista que Heine expresó una vez en el aforismo de que la historia nos enseña que no enseña nada.

103

En la sociedad de clases, el pensamiento político, regido por el interés de clase o de grupo, sólo se beneficia del estudio del pasado dentro de los límites exigidos o permitidos por el interés. Incluso las opiniones del historiador están condicionadas por el trasfondo social y las circunstancias políticas. Normalmente, "las ideas de la clase dominante" tienden a ser "las ideas dominantes de una época". En algunas épocas, esas ideas favorecen un estudio más o menos objetivo de la historia, con lo que el pensamiento político sale ganando; en otras, actúan como poderosos factores inhibidores. Sea como fuere, ningún grupo dirigente ni ninguna sociedad, aunque sea poco más que medianamente civilizada, puede funcionar sin poseer alguna forma de conciencia histórica satisfactoria para sí misma, sin una conciencia que dé a la mayoría de los miembros del grupo dirigente y de la sociedad en general la convicción de que su visión del pasado, especialmente del pasado reciente, no es sólo un tejido de falsedades, sino que corresponde a hechos y acontecimientos reales. Ningún grupo dirigente puede vivir sólo de cinismo. Tanto los estadistas como los dirigentes y los ciudadanos de a pie necesitan tener la sensación subjetiva de que lo que defienden es moralmente correcto; y lo que es moralmente correcto no puede basarse en distorsiones o falsificaciones históricas. Y aunque las distorsiones e incluso las falsificaciones han entrado en el pensamiento de todas las naciones, su eficacia depende de que la nación en cuestión las acepte como verdad.

En la Unión Soviética, la crisis moral de los años posteriores a Stalin consiste en una profunda perturbación de la conciencia histórica y política de la nación. Desde el XX Congreso, la gente es consciente de que gran parte de lo que antes creía estaba hecho de falsificaciones y mitos. Quieren conocer la verdad, pero se les niega el acceso a ella. Sus gobernantes les han dicho que prácticamente todo el historial de la revolución ha sido falsificado, pero no han abierto el verdadero historial. Por citar sólo algunos ejemplos: el último gran escándalo de la época de Stalin, el llamado Complot de los Médicos, ha sido denunciado oficialmente con el argumento de que el complot era una invención.

Pero ¿de quién era el brebaje? ¿Fue Stalin el único responsable? ¿Y qué propósito tenía? Estas preguntas siguen sin respuesta. Jruschov Tas sugirió que la Unión Soviética podría no haber sufrido las enormes pérdidas que se le infligieron en la última guerra de no haber sido por los errores y errores de cálculo de Stalin. Sin embargo, esos "errores" no han sido objeto de un debate abierto. El pacto nazi-soviético de 1939 sigue siendo, oficialmente, tabú. A la gente se le ha hablado de los horrores de los campos de concentración y de los montajes y confesiones forzadas mediante los cuales se organizaron las Grandes Purgas. Pero las víctimas de las Purgas, salvo algunas excepciones, no han sido rehabilitadas. Nadie sabe cuántas personas fueron deportadas a los campos, cuántas murieron, cuántas fueron masacradas y cuántas sobrevivieron. Una conspiración de silencio similar rodea las circunstancias de la colectivización forzosa. Cada una de estas preguntas ha sido planteada; ninguna ha sido respondida. Incluso en este año jubilar, la mayoría de los dirigentes de 1917 siguen siendo "desconocidos"; los nombres de la mayoría de los miembros del Comité Central que dirigieron el levantamiento de octubre siguen siendo innombrables. Se pide a la gente que celebre el gran aniversario, pero no pueden leer ni un solo relato fidedigno de los acontecimientos que están celebrando. (El edificio ideológico del estalinismo ha explotado; pero, con sus cimientos destrozados, su techo volado y sus paredes carbonizadas y amenazando con derrumbarse con estrépito, la estructura sigue en pie; y se exige al pueblo que viva en ella.

Al abrir esta serie de conferencias he aludido a las bendiciones y maldiciones de la continuidad del régimen soviético. Nos hemos detenido en las bendiciones; ahora vemos también las maldiciones. Al abrigo de la continuidad, los aspectos irracionales de la revolución sobreviven y perduran junto con los racionales. ¿Es posible separarlos? Es evidente que a la Unión Soviética le interesa superar los aspectos irracionales y liberar de ellos sus fuerzas creadoras. La actual combinación incongruente engendra una intensa desilusión; y debido a ello las miserias de la revolución pueden, a los ojos del pueblo, llegar a eclipsar su grandeza. Cuando esto ocurrió en revoluciones pasadas, el resultado fue la restauración. Pero aunque la restauración fue un tremendo revés, de hecho una tragedia, para la nación que sucumbió a ella, tuvo su rasgo redentor: demostró a un pueblo desilusionado con la revolución lo inaceptable que era la alternativa reaccionaria. Los Borbones y Estuardo retornados enseñaron al pueblo, mucho mejor de lo que podrían hacerlo los puritanos, jacobinos o bonapartistas, que no había vuelta atrás, que la obra fundamental de la revolución era irreversible y que debía salvarse para el futuro. Sin saberlo, la restauración rehabilitó así la revolución, o al menos sus logros esenciales y racionales.

En la Unión Soviética, lo sabemos, la revolución ha sobrevivido a todos los posibles agentes de la restauración. Sin embargo, parece estar cargada con una masa

## VI. Conclusiones y perspectivas

de desilusión acumulada e incluso desesperación que en otras circunstancias históricas podría haber sido la fuerza motriz de una restauración. En ocasiones, la Unión Soviética parece estar cargada del potencial moral y psicológico de una restauración que no puede convertirse en una realidad política. Gran parte del historial de estos cincuenta años está totalmente desacreditado a los ojos del pueblo, y ningún Romanov que regrese va a rehabilitarlo. La revolución debe rehabilitarse a sí misma, por sus propios esfuerzos.

La "sociedad soviética" no puede conformarse por mucho tiempo con seguir siendo un mero objeto de la historia y depender de los caprichos de los autócratas o de las decisiones arbitrarias de las oligarquías. Necesita recuperar el sentido de ser dueña de sí misma. Necesita obtener el control sobre sus gobiernos y transformar el Estado, que durante tanto tiempo ha estado por encima de la sociedad, en un instrumento de la voluntad y el interés expresados democráticamente por la nación. Necesita, en primer lugar, restablecer la libertad de expresión y de asociación. Esta es una aspiración modesta comparada con el ideal de una sociedad sin clases y sin Estado; y es paradójico que el pueblo soviético tenga que luchar ahora por esas libertades elementales que una vez figuraron en todos los programas liberales burgueses, programas que el marxismo sometió con razón a su crítica despiadada.

106

En una sociedad postcapitalista, sin embargo, la libertad de expresión y de asociación tiene que desempeñar una función radicalmente distinta de la que ha desempeñado en el capitalismo. No es necesario subrayar aquí lo esencial que ha sido esa libertad para el progreso incluso bajo el capitalismo. Sin embargo, en la sociedad burguesa sólo puede ser una libertad formal. Las relaciones de propiedad imperantes la convierten en tal, ya que las clases poseedoras ejercen un control casi monopolístico sobre casi todos los medios de formación de opinión. Las clases trabajadoras y sus portavoces intelectuales consiguen, en el mejor de los casos, instalaciones marginales para la autoexpresión social y política. La sociedad, al estar ella misma controlada por la propiedad, no puede controlar eficazmente al Estado. Tanto más generosamente se le permite entregarse a la ilusión de que lo hace, a menos que mantener la ilusión cause a la burguesía demasiadas vergüenzas y gastos. En una sociedad como la soviética, la libertad de expresión y de asociación no puede tener un carácter tan formal e ilusorio: o es real, o no existe en absoluto. Destruído el poder de la propiedad, sólo el Estado, es decir, la burocracia, domina la sociedad; y su dominación se basa únicamente en la supresión de la libertad del pueblo para criticar y oponerse. El capitalismo podía permitirse el lujo de enfranquecer a las clases trabajadoras, ya que podía confiar en su mecanismo económico para mantenerlas sometidas; la burguesía mantiene su preponderancia social incluso cuando no ejerce ningún poder político. En la sociedad postcapitalista ningún mecanismo económico automático mantiene a las masas sometidas; es la pura fuerza política la que lo hace. Es cierto que la burocracia deriva parte de su fuerza de

## VI. Conclusiones y perspectivas

la posición de mando incontrolada que ocupa en la economía; pero también la ocupa por medio de la fuerza política. Sin esa fuerza no puede mantener su supremacía social; y cualquier forma de control democrático le priva de su fuerza. De ahí el nuevo significado y función de la libertad de expresión y asociación. En otras palabras, el capitalismo ha podido luchar contra sus enemigos de clase desde muchas líneas de defensa económicas, políticas y culturales, con mucho margen para la retirada y la maniobra. Una dictadura burocrática postcapitalista tiene mucho menos margen: su primera línea de defensa, la política, es la última. No es de extrañar que mantenga esa línea con toda la tenacidad de que es capaz.

107

Sin embargo, la relación postcapitalista entre Estado y sociedad es mucho menos sencilla de lo que imaginan algunos críticos ultrarradicales. En mi opinión, no se puede hablar de una supuesta abolición de la burocracia. La burocracia, como el propio Estado, no puede ser simplemente eliminada. La existencia de grupos expertos y profesionales de funcionarios, administradores y gestores es parte integrante de una necesaria división social del trabajo que refleja amplias discrepancias y divisiones entre las diversas cualificaciones y grados de educación, entre mano de obra cualificada y no cualificada y, más fundamentalmente, entre cerebro y músculo. Estas discrepancias y divisiones están disminuyendo, y su reducción presagia un momento en el que podrían llegar a ser socialmente tan insignificantes que el Estado y la burocracia podrían desaparecer. Pero ésta es todavía una perspectiva relativamente remota. Lo que parece posible en un futuro próximo es que la sociedad pueda recuperar sus libertades civiles y establecer un control político sobre el Estado. Al esforzarse por conseguirlo, el pueblo soviético no está simplemente reeditando una de las viejas batallas que el liberalismo burgués había librado contra el absolutismo; más bien está dando continuidad a su propia gran lucha de 1917.

El resultado, por supuesto, dependerá en gran medida de los acontecimientos en el mundo exterior. La tremenda, y para nosotros aún oscura, agitación en China debe afectar también a la Unión Soviética. En la medida en que afloje o trastorne una estructura burocrático-mono-lítica posrevolucionaria y libere fuerzas populares, surgidas de lo más profundo de la sociedad, para la acción política espontánea, el ejemplo chino puede estimular procesos similares al otro lado de la frontera soviética. No cabe duda de que China es, en algunos aspectos, más progresista que la Unión Soviética, aunque sólo sea porque ha podido aprender de la experiencia rusa y evitar algunos de los erráticos desvíos y errores de esta última; además, se ha visto menos afectada por la osificación burocrática. Por otra parte, la estructura económica y social de China es primitiva y atrasada; y el maoísmo lleva, en sus rituales y cultos, el peso muerto de ese atraso. En consecuencia, las lecciones que se propone enseñar al mundo tienen con demasiada frecuencia poca o ninguna relevancia para los problemas de las sociedades más desarrolladas; e incluso cuando

## VI. Conclusiones y perspectivas

el maoísmo tiene algo positivo que ofrecer, suele hacerlo de una manera tan rígidamente ortodoxa y en formas tan arcaicas que el contenido positivo se pasa por alto con demasiada facilidad. Y cuando los maoístas tratan de galvanizar el culto estalinista, lo único que consiguen es escandalizar y enemistarse con todos los elementos progresistas de la URSS. Pero quizá el conflicto ruso-chino pueda enseñarnos una lección importante, a saber, que no se puede esperar que las arrogantes oligarquías burocráticas, incorregibles en su estrechez de miras y egoísmo nacionales, elaboren ninguna solución racional de éste ni de ningún otro conflicto; menos aún pueden sentar bases estables para una mancomunidad socialista de los pueblos.

108

Los acontecimientos en Occidente contribuirán aún más decisivamente, para bien o para mal, a la ulterior evolución interna de la Unión Soviética. Podemos dejar de lado aquí los aspectos diplomáticos y militares del problema, más obvios y discutidos con frecuencia: es suficientemente evidente las severas restricciones que la guerra fría y la carrera armamentística internacional imponen al crecimiento del bienestar y a la ampliación de las libertades en la U.R.S.S. Más fundamental y difícil es la cuestión del estancamiento de la lucha de clases, cuya génesis se ha examinado anteriormente. ¿Este estancamiento va a durar? ¿O es sólo un momento fugaz de equilibrio? La opinión de que va a durar ha ganado mucho terreno recientemente entre los teóricos políticos y los historiadores occidentales; muchos se inclinan a considerarlo como el resultado final de la contienda entre el capitalismo y el socialismo. (Sin duda, esta opinión también tiene sus adeptos en la Unión Soviética y en Europa del Este). El argumento se desarrolla en varios niveles socioeconómicos e históricos.

109

Las estructuras sociales de la U.R.S.S. y de los EE.UU., se señala, han evolucionado desde puntos de partida opuestos y se han acercado tanto la una a la otra que sus diferencias son cada vez más irrelevantes y las similitudes, decisivas. Entre otros, el profesor John Kenneth Galbraith expone esta idea en sus conferencias Reith. Habla con énfasis de la "convergencia de la estructura en los países con una organización industrial avanzada" y examina los principales puntos de la convergencia en la sociedad estadounidense. La supremacía de los elementos de gestión; el divorcio entre la gestión y la propiedad; la continua concentración del poder industrial y la ampliación de las escalas de su funcionamiento; la desaparición *del laissez faire* y del mercado; el creciente papel económico del Estado; y, en consecuencia, la necesidad ineludible de la planificación, que es necesaria no sólo para prevenir las caídas y las depresiones, sino para mantener la eficacia social normal. Hemos visto", dice el profesor Galbraith, "que la tecnología industrial tiene un imperativo que trasciende la ideología". El profesor Galbraith ironiza sobre algunas ideas erróneas de Occidente acerca del "renacimiento de la economía de mercado en la URSS": "No hay ninguna tendencia a la convergencia entre los

## VI. Conclusiones y perspectivas

sistemas soviético y occidental por el retorno del sistema soviético al mercado. Ambos lo han superado. Lo que existe es una convergencia perceptible y muy importante hacia la misma forma de planificación bajo la creciente autoridad de la empresa comercial". En esta presentación, la "convergencia" parece producirse no tanto a medio camino entre los dos sistemas, sino justo dentro de los límites del socialismo, y la imagen no es de estancamiento, sino más bien de una diagonal resultante del paralelogramo de las presiones capitalistas y socialistas.<sup>1</sup>

Los historiadores encuentran un precedente de esta situación en la lucha entre Reforma y Contrarreforma. El profesor Butterfield, uno de los primeros exponentes de esta analogía, señala que al principio de su conflicto tanto el protestantismo como el catolicismo aspiraban a la victoria total; pero que, llegados a un punto muerto, se vieron obligados a buscar un acomodo mutuo, a "coexistir pacíficamente" y a contentarse con sus respectivas "zonas de influencia" en la cristiandad occidental.<sup>2</sup> Mientras tanto, su antagonismo ideológico inicial se había ido reduciendo mediante un proceso de asimilación mutua: la Iglesia de Roma aumentó "su fuerza absorbiendo elementos del protestantismo; mientras que el protestantismo, cada vez más dogmático y sectario, perdió gran parte de su atractivo y llegó a parecerse a su adversario". El estancamiento era así inquebrantable y definitivo; lo mismo ocurre con el callejón sin salida entre las ideologías opuestas de nuestro tiempo: en este punto convergen los argumentos de nuestros historiadores y los de los teóricos de la política o la economía.

110

La analogía histórica, por convincente que sea en algunos puntos, tiene sus fallos y defectos. Como suele ocurrir con este tipo de analogías, pasa por alto diferencias básicas entre épocas históricas. En la época de la Reforma, la sociedad occidental estaba fragmentada en una multitud de principados feudales, semif feudales, posfeudales, precapitalistas y capitalistas tempranos. La conciencia protestante desempeñó un papel destacado en la formación del Estado-nación; pero éste fijó los límites exteriores de sus tendencias unificadoras. La reunificación de la cristiandad occidental bajo la égida de una sola Iglesia era una imposibilidad histórica. Por el contrario, la base tecnológica de la sociedad moderna, su estructura y sus conflictos tienen carácter internacional o incluso universal; tienden a soluciones internacionales o universales. Y están los peligros sin precedentes que amenazan nuestra existencia biológica. Éstos, sobre todo, presionan a favor de la unificación de la humanidad, que no puede lograrse sin un principio integrador de organización social.

---

<sup>1</sup> Las citas proceden de las conferencias Reith del profesor Galbraith, publicadas en *The Listener* (15 de diciembre de 1966).

<sup>2</sup> H. Butterfield, *International Conflict in the Twentieth Century, A Christian View* (Londres 1960), pp. 61-78. Mi crítica a la analogía del profesor Butterfield no resta validez a sus valientes alegatos en favor de una *distensión internacional* que dirigió al público estadounidense en la década de 1950.



111

Protestantismo y catolicismo se enfrentaban sobre todo en el plano ideológico; pero en el trasfondo estaba el gran conflicto entre el capitalismo en ascenso y el feudalismo en declive. El estancamiento ideológico-religioso no detuvo en absoluto este conflicto. La división de esferas entre Reforma y Contrarreforma correspondía, a grandes rasgos, a una división entre los dos sistemas sociales y a un equilibrio temporal entre ellos. A medida que avanzaba la contienda entre el modo de vida feudal y el burgués, asumía nuevas formas ideológicas. La conciencia burguesa más madura del siglo XVIII se expresó no en ideologías religiosas sino secularistas, filosóficas y políticas. El estancamiento entre protestantismo y catolicismo se perpetuó al margen de la historia, por así decirlo; a todos los efectos históricos prácticos, en la acción social y política efectiva, fue trascendido. El conflicto social no sólo no se fusionó con las divisiones religiosas, sino que se combatió hasta el final. Al fin y al cabo, el capitalismo logró la victoria total en Europa. Lo hizo por una amplia variedad de medios y métodos, por revoluciones desde abajo y revoluciones desde arriba, y después de muchos puntos muertos temporales y derrotas parciales. Por lo tanto, incluso en los términos de esta analogía, parece prematuro concluir que el actual estancamiento ideológico entre el Este y el Oeste pone fin a la confrontación histórica entre capitalismo y socialismo. Las formas y expresiones ideológicas del antagonismo pueden y deben variar; pero de ello no se deduce que el ímpetu del conflicto se haya agotado o disminuido. Por cierto, la historia de la Reforma ofrece muchas advertencias contra las conclusiones precipitadas sobre los estancamientos ideológicos. Cuando se nos dice que han pasado ciento veinte años desde el *Manifiesto Comunista* sin que se produjera una revolución socialista victoriosa en Occidente, pensamos en los muchos comienzos "prematuros" de la Reforma y en la forma prolongada en que tomaron forma su ideología y su movimiento. Entre Hus y Lutero medió más de un siglo, y otro siglo más separó a Lutero de la revolución puritana.

112

Pero, ¿no han quedado invalidados el análisis marxista de la sociedad y las aspiraciones universales de la revolución rusa por la asimilación mutua de los sistemas sociales opuestos? Un cierto grado de asimilación es innegable; y se debe al impacto nivelador supra- nacional de la tecnología moderna y a la lógica de toda gran confrontación que impone métodos de acción idénticos o similares a los contendientes. Los cambios en la estructura de la sociedad occidental, especialmente la estadounidense, son realmente sorprendentes. Pero cuando los observamos de cerca, ¿qué es lo que vemos? El divorcio cada vez más profundo entre la gestión y la propiedad, la importancia de los elementos de gestión, la concentración de capital, la división del trabajo cada vez más elaborada dentro de cualquier gran empresa y entre las empresas; la desaparición del mercado y *del laissez faire*; el aumento del peso económico del Estado; y la necesidad tecnológica y económica de la planificación: todo esto son, de hecho, manifestaciones de esa socialización del proceso productivo

## VI. Conclusiones y perspectivas

que, según el marxismo, se desarrolla en el capitalismo. De hecho, la socialización se ha acelerado enormemente. En la descripción del proceso que hizo Marx en *Das Kapital*, prefiguró muy claramente precisamente estos desarrollos y tendencias que parecen tan novedosos y revolucionarios para los analistas occidentales. ¿No nos ha descrito el profesor Galbraith algo con lo que estamos, o deberíamos estar, familiarizados, a saber, el rápido crecimiento del "embrión del socialismo en el seno del capitalismo"? Es evidente que el embrión crece cada vez más. ¿Debemos concluir, por tanto, que ya no es necesario el acto del nacimiento? El marxista reflexionará sobre la paradoja de que, mientras en Rusia la comadrona de la revolución intervino antes de que el embrión hubiera tenido tiempo de madurar, en Occidente el embrión puede haber crecido en exceso; y las consecuencias pueden llegar a ser extremadamente peligrosas para el organismo social.

El hecho es que, independientemente de todas las innovaciones keynesianas, nuestro proceso productivo, tan magníficamente socializado en muchos aspectos, aún no está controlado socialmente. La propiedad, por mucho que se divorcie de la gestión, sigue controlando la economía. El beneficio del accionista sigue siendo su motivo regulador, sujeto únicamente a las necesidades del militarismo y de la lucha mundial contra el comunismo. En cualquier caso, nuestra economía y nuestra existencia social siguen siendo anárquicas e irracionales. Puede que la anarquía no se manifieste en profundas recesiones y depresiones periódicas, aunque, a más largo plazo, ni siquiera esto es seguro. El capitalismo europeo, dentro de su ámbito más reducido, conoció, tras la guerra franco-prusiana de 1870, una prosperidad similar e incluso más prolongada, sin perturbaciones por profundas depresiones; y esto llevó a Edward Bernstein y a sus compañeros revisionistas a concluir que los acontecimientos habían desmentido el análisis y el pronóstico marxistas. Poco después, sin embargo, la economía se vio sacudida por convulsiones más violentas que nunca, y la humanidad entró en la época de las guerras mundiales y las revoluciones.

113

Nada sería más bienvenido, especialmente para el marxista, que el conocimiento de que las relaciones de propiedad capitalistas se han vuelto tan irrelevantes en la sociedad occidental que ya no le impiden organizar racionalmente sus fuerzas productivas y poderes creativos. Sin embargo, la prueba de esto es si nuestra sociedad puede controlar y organizar sus recursos y energías para fines constructivos y para su propio bienestar general; y si puede organizarlos y planificarlos tanto internacional como nacionalmente. Hasta ahora, nuestra sociedad no ha superado esta prueba. Nuestros gobiernos han evitado las crisis y las depresiones planificando la destrucción y la muerte en lugar de la vida y el bienestar. No en vano, nuestros economistas, expertos financieros y trabajadores especulan sombríamente sobre lo que le ocurriría a la economía occidental si, por ejemplo, la Administración estadounidense no gastara casi 80.000 millones de dólares en armamento en un año.

## VI. Conclusiones y perspectivas

Entre todas las oscuras imágenes del capitalismo en decadencia jamás dibujadas por los marxistas, ni una sola era tan negra y apocalíptica como el cuadro que la realidad está produciendo. Hace unos sesenta años Rosa Luxemburgo predijo que un día el militarismo se convertiría en *la* fuerza motriz de la economía capitalista; pero incluso su previsión palidece ante los hechos.

114

Por eso el mensaje de 1917 sigue siendo válido para el mundo entero. El actual punto muerto ideológico y el statu quo social difícilmente pueden servir de base ni para la solución de los problemas de nuestra época ni siquiera para la supervivencia de la humanidad. Por supuesto, sería el desastre definitivo si las superpotencias nucleares trataran el statu quo social como su juguete y si alguna de ellas intentara alterarlo por la fuerza de las armas. En este sentido, la coexistencia pacífica de Oriente y Occidente es una necesidad histórica primordial. Pero el statu quo social no puede perpetuarse. Karl Marx, al hablar de los estancamientos en las luchas de clases del pasado, señala que por lo general terminaban "en la ruina común de las clases contendientes". Un estancamiento prolongado indefinidamente, y garantizado por un equilibrio perpetuo de disuasión nuclear, es seguro que llevará a las clases y naciones contendientes a su ruina común y definitiva. La humanidad necesita la unidad para sobrevivir; ¿dónde puede encontrarla si no es en el socialismo? Y por grandes que sean las revoluciones rusa y china en la perspectiva de nuestro siglo, la iniciativa occidental sigue siendo esencial para el progreso ulterior del socialismo.

Hegel afirmó en una ocasión que "la historia del mundo se mueve de Oriente a Occidente" y que "Europa representa el final de la historia del mundo", mientras que Asia no era más que su principio. Esta arrogante opinión se inspiraba en la creencia de Hegel de que la Reforma y el Estado prusiano eran la culminación del desarrollo espiritual de la humanidad; sin embargo, muchas personas en Occidente, que no adoraban ni al Estado ni a la Iglesia, creían hasta hace poco que la historia mundial había encontrado efectivamente su morada final en Occidente, y que Oriente, al no tener nada significativo que aportar, sólo podía ser su objeto. Nosotros sabemos que no es así. Hemos visto con qué vigor la historia ha retrocedido hacia Oriente. Sin embargo, no tenemos por qué suponer que ahí termina y que Occidente seguirá hablando para siempre con su actual voz conservadora y aportando a los anales del socialismo sólo unas cuantas páginas vacías más. El socialismo aún tiene que realizar algunos actos revolucionarios decisivos tanto en Occidente como en Oriente; y en ninguna parte la historia llegará a su fin. Oriente ha sido el primero en poner en práctica el gran principio de una nueva organización social, principio concebido originalmente en Occidente.

115

Cincuenta años de historia soviética nos hablan del estupendo progreso que una nación atrasada ha logrado aplicando ese principio, incluso en las condiciones más adversas. Sólo por eso, estos años señalan los nuevos horizontes ilimitados que la sociedad occidental puede abrirse a sí misma y al mundo si se libera de sus fetiches

## VI. Conclusiones y perspectivas

conservadores. En este sentido, la revolución rusa sigue planteando a Occidente un grave y desafiante *tua res agitur*.